

HARLEQUIN

Bianca™

Escándalos
en la familia

CAITLIN
CREWS

ESCÁNDALO EN
EL DORMITORIO

_____Bianca™_____

ESCÁNDALO EN
EL DORMITORIO

Caitlin Crews



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Caitlin Crews

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Escándalo en el dormitorio, n.º 162 - marzo 2020

Título original: Untamed Billionaire's Innocent Bride

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1348-183-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

¡No puedo creerme que sea mi libro cincuenta para Harlequin! ¡Ha sido una andadura extraordinaria!

Quiero darle las gracias a Jane Porter porque sus novelas me han inspirado y porque su amistad y tutela incondicionales me han cambiado la vida de un millón de maneras increíbles.

Quiero darles las gracias a Megan Haslam y Flo Nicoll, mis dos maravillosas editoras, porque, sencillamente, no podría hacer nada sin ellas. ¿Qué sería de estas historias sin su orientación, su estímulo, su fantástica edición y su ayuda inagotable? ¡Me dan escalofríos solo de pensarlo!

También quiero darle las gracias a la admirable Jo Grant porque siempre ha sido un ejemplo a seguir para la novela romántica de calidad y quienes la escribimos.

Sin embargo, sobre todo, quiero daros las gracias a vosotros, mis lectores, por dejarme que os cuente mis historias. ¡Brindo por otras cincuenta!

Capítulo 1

LAUREN ISADORA Clarke era una londinense de pura cepa.

El bucólico campo británico le daba igual, le parecía una serie de praderas interminables con setos por todos lados que te impedían llegar a cualquier sitio. Prefería la ciudad y su infinidad de medios de transporte al alcance de la mano. Además, si todos fallaban, podía ir andando a buen paso de un lado a otro. Lauren valoraba la puntualidad y no necesitaba ese calzado rígido e incómodo con suelas como si fuesen neumáticos.

No era una senderista o excursionista o como quisieran llamarse esos individuos rubicundos con bastones, forros polares y zapatones prácticos. No le encontraba la gracia a subir cuestas resoplando para luego tener que bajarlas cubiertos del barro que tenían las verdes colinas de Inglaterra gracias a la lluvia. No le atraía, ni le había atraído nunca, el dudoso placer de ir de un lado al otro para respirar aire fresco.

A ella le gustaba el hormigón, los ladrillos, el incomparable metro y los establecimientos con comida para llevar por todas las esquinas. Le salía urticaria solo de pensar en bosques frondosos y oscuros.

Sin embargo, allí estaba, avanzando por lo que el posadero había llamado un camino y que, en el mejor de los casos, no pasaba de ser un sendero, en medio de un espeso bosque de Hungría.

Todavía no tenía urticaria y debería estar dando saltos de alegría, pero estaba más concentrada en las quejas.

Para empezar, y por encima de todo, sus zapatos no eran, ni habían sido nunca, prácticos. No creía en el culto a los zapatos prácticos. Era muy práctica en su vida; llevaba minuciosamente las cuentas, pagaba puntualmente las facturas y conseguía que su trabajo como secretaria personal del consejero delegado de Industrias Combe, un hombre inmensamente rico y poderoso, alcanzara tal nivel de excelencia que llegaba a pensar que era indispensable.

Sus zapatos eran extravagantes y nada prácticos, pero le recordaban que era una mujer, algo que necesitaba cuando su jefe la trataba como si fuese un electrodoméstico que a él le gustaba que funcionara por su cuenta, sin supervisión ni ayuda.

Hacía unas semanas, Matteo Combe, su jefe, le había contado que su madre se había

desprendido de un hijo antes de casarse con su padre.

Ella, como cualquiera que hubiese visto la primera página de una revista sensacionalista durante los pasados cuarenta años, lo sabía todo sobre los padres de su jefe. Bueno, como llevaba casi toda su vida profesional trabajando para Matteo, sabía más que la mayoría. Alexandrina San Giacomo, hermosa, adorada, aristócrata y consentida, había desafiado al sentido común y a su altivo linaje veneciano cuando se casó con Eddie Combe, muy rico y muy poco refinado, cuyos antepasados se habían abierto camino en la industria del norte de Inglaterra, muchas veces, con sus propias manos. Su historia de amor había sido un escándalo, su tumultuoso matrimonio había sido motivo de infinidad de conjeturas y sus muertes, con unas semanas de diferencia entre una y otra, habían causado más conmoción todavía.

Sin embargo, jamás se había insinuado lo más mínimo sobre un hijo ilegítimo.

No hacía falta que nadie le dijera a Lauren que cuando eso se supiera, y esas cosas acababan sabiéndose, no tendrían que preocuparse por las insinuaciones, que serían los aullidos de los lobos de la prensa sensacionalista.

–Quiero que lo encuentres –le había dicho Matteo como si estuviese pidiéndole que le llevara un café–. No puedo ni imaginarme cuál es su situación, pero necesito que esté preparado contra la prensa y que, si es posible, sea dócil.

–Su hermano perdido, a quien no conoce, quien, por principio, podría odiarles a usted, a su madre y a todo lo que representa San Giacomo... y cree que podría acatar sus deseos...

–Confío en ti –había replicado Matteo.

Ella había disculpado ese disparate casi en ese mismo instante porque su jefe tenía que ocuparse de muchas cosas. Sus padres habían muerto uno detrás del otro. Su hermana pequeña, con la cabeza llena de pájaros, se había quedado embarazada y él había acabado dándole un puñetazo al padre del bebé. Una reacción que a Lauren le parecía completamente natural, aunque, desafortunadamente, Matteo le había dado el puñetazo en el sepelio de su padre.

Los paparazis y más de un invitado habían fotografiado o grabado en vídeo el puñetazo al príncipe Ares de Atilia y el consejo de administración de su empresa lo había tomado como una oportunidad para maniobrar contra él. Matteo había tenido que someterse a la evaluación de una especialista en la gestión de la cólera, que no era una aliada, y era muy posible que lo destituyeran si el informe no era favorable.

Lauren, naturalmente, lo disculpaba.

–¿Ha habido alguna vez que no lo hayas disculpado? –le había preguntado Mary, su compañera de piso, si dejar de mirar el móvil.

–Es un hombre muy ocupado, Mary –había contestado ella la mañana que se marchaba de Londres.

–Como siempre te encargas de recordarnos.

En ese momento, mientras seguía por ese sendero polvoriento hacia Dios sabía dónde, comprendió que no se había metido en esa disputa solo porque era muy difícil encontrar una buena compañera de piso y Mary, con su obsesión por mantenerse en contacto con los treinta mil amigos que tenía en las redes sociales, se pasaba casi todo el tiempo encerrada en su cuarto y ocupada con filtros para fotografías y voces absurdas, lo que le dejaba el piso para ella las pocas veces que tenía para disfrutarlo.

Aparte, le recordó una vocecilla por dentro, tenía toda la razón, ¿no?

Sin embargo, ella estaba allí para llevar a cabo lo que le había pedido Matteo, no para poner en duda su lealtad hacia él.

En ese momento, sus zapatos de tacones con tachuelas y clavos, porque no tenía un par de zapatos apropiados para el barro y los bosques y nunca los tendría, estaban consiguiendo que esa excursión imprevista por un bosque húngaro fuese más desagradable todavía de lo que se había imaginado, y tenía una imaginación muy fértil. Se miró los pies con el ceño fruncido, se cubrió mejor con el chal rojo y pensó algunas cosas sobre su jefe que nunca repetiría en voz alta.

No había sido fácil encontrar al Dominik James correcto.

No había tenido casi información a la que agarrarse, aparte de algunos detalles que la madre de Matteo había dejado en su testamento. Había empezado acudiendo al abogado que había redactado el testamento de Alexandrina, un astuto anciano más acostumbrado a ocuparse de los asuntos de los aristócratas que a contestar las preguntas de las empleadas. La miró por encima de unas gafas que estaba casi convencida de que no necesitaba y le aseguró que si hubiese habido más información pertinente la habría incluido, algo que ella no se creyó del todo.

Mientras Matteo estaba centrado en las sesiones de gestión de la cólera y se jugaba el porvenir de Industrias Combe, ella se había lanzado a una investigación frenética. Los datos eran desalentadoramente sencillos. Alexandrina, heredera de la inmensa fortuna de los San Giacomo y conocida en todo el mundo como otra pobre niña rica, se había quedado embarazada cuando tenía poco más de quince años gracias a un chico mayor, claramente inadecuado y que, para empezar, no debería haber conocido. La familia comprobó que estaba embarazada cuando no pudo disimularlo más y la cambió de colegio, del colegio de religiosas al que iba a otro mucho más draconiano.

El niño había nacido cuando Alexandrina tenía dieciséis años, la iglesia se había... hecho cargo de él y ella había vuelto a la vida social como si no hubiese pasado nada. Que Lauren supiera, no había vuelto a hablar de su primer hijo hasta lo mencionó en el testamento.

A Dominik James, mi primer hijo, el que me arrebataron cuando no era más que una niña, le dejo un tercio de mi fortuna y bienes materiales.

El nombre era una pista. James era la versión inglesa de Giacomo. Lauren siguió la pista de todos los Dominik James que encontró y acabó quedándose con dos posibilidades. Descartó el primero cuando encontró su árbol genealógico en una página web y no tenía nada que ver con los San Giacomo.

El otro Dominik James se había criado en una serie de orfanatos católicos de Italia antes de haberse escapado a España. Había pasado allí su adolescencia, de pueblo en pueblo, de una manera que ella solo podía llamar ambulante. A los veintitantos se alistó en el ejército italiano y desapareció cuando se licenció. Había reaparecido hacía poco para hacer una suplencia en la universidad y después había vuelto a desaparecer.

No había sido fácil, pero, laboriosamente, lo había localizado en ese enmarañado y remoto bosque de Hungría, algo que, después de tanto trabajo, Matteo le había informado que era lo que estaba escrito en la versión en papel del testamento de Alexandrina que se había encontrado entre las pertenencias del padre de Matteo.

–Eso es lo que escribió mi padre en su copia del testamento de mi madre –le había comentado Matteo en tono jocoso.

Jocoso como si no se le hubiese pasado por la cabeza que a ella podría haberle venido muy bien saber que el Dominik James que buscaba estaba en Hungría.

Naturalmente, no se lo dijo y le dio las gracias.

Era posible que el padre de Matteo hubiese hecho anotaciones en el testamento de Alexandrina, pero, evidentemente, no había tenido intención de encontrar el hijo ilegítimo que había tenido su esposa mucho antes de que él la conociera. Por eso, ella no solo tenía que localizar a Dominik James, sino que, seguramente, tendría que comunicarle su ascendencia allí, en esos bosques imponentes que se cernían sobre ella y que parecían sacados de un cuento de hadas.

Afortunadamente, ella no creía en los cuentos de hadas.

Volvió a colocarse el chal rojo para protegerse del frío.

Era primavera, pero allí no había forma de saberlo. Los árboles eran altos y tupidos y no dejaban pasar la luz del sol, las sombras se alargaban por todos lados y hacían que se sintiera... inquieta.

Aunque también era posible que no se sintiera así por las sombras de las ramas, era posible que fuera, sencillamente, porque estaba allí o porque el posadero de ese remoto pueblo se rio cuando le dijo que estaba buscando a Dominik James.

–Buena suerte –le había deseado el hombre, aunque a ella le había parecido algo irónico–. Hay hombres que no quieren que los encuentren, señorita, y no hacerles caso suele ser un mal asunto.

Una vez allí, en el bosque, donde solo había árboles y tenía la inquietante sensación de que estaba completamente sola y de que no lo estaba en absoluto, ese comentario resultaba especialmente amenazador.

Había salido del pueblo hacía más de media hora y aquello fue lo último parecido a la civilización que había visto. Intentó convencerse de que era una suerte que el sendero no subiera hacia las imponentes montañas, pero era complicado considerarse afortunada cuando estaba rodeada de tierra por todos lados. La espesura del bosque, el revuelo de los pájaros sobre su cabeza, los chasquidos que le indicaban que había animales aunque no los viera, que la observaban, que la acechaban...

Se estremeció y se dijo que estaba siendo absurda. Entonces, el sendero hizo una curva y lo vio. Al principio, llegó a creer que era como un espejismo del desierto, pero de madera, aunque no había visto nunca un espejismo y en Londres no había desiertos. Sin embargo, cuanto más se acercaba, más claro tenía que sus ojos no estaban engañándola. Había una especie de construcción rústica en un claro entre los árboles.

Se acercó poco a poco hasta el borde del claro. Lo único que había querido durante toda la caminata había sido salir de ese bosque agobiante, pero una vez en el claro, resultó que le ponía nerviosa. Sin embargo, Lauren no creía en los nervios. Pasó por alto esa sensación y miró la construcción con el ceño fruncido. Era una casa hecha con troncos ordenadamente entrelazados y salía humo por la chimenea... y no había ni el más mínimo motivo para que una urbanita convencida como ella sintiera que se le encogía algo por dentro al verla, como si se hubiese pasado toda la vida medio perdida en bosques de madera y hormigón y buscando una casita acogedora precisamente como esa.

Naturalmente, era ridículo, y se frotó el pecho sin querer, como si así pudiera hacer algo para aliviar esa opresión. No creía en los cuentos de hadas, pero los había leído y las casitas que parecían perfectas en medio de bosques peligrosos... No recordaba la historia, pero, normalmente, una casa de campo encantada llevaba directamente a brujas, hechizos y lobos que enseñaban los dientes...

Entonces, se dio cuenta de que el porche de la casita no estaba vacío como había creído, que una de las sombras era un hombre y que estaba mirándola fijamente. El corazón le dio un vuelco acrobático y le pareció que podía tirarla al suelo allí mismo, donde el bosque pugnaba por hacerse con el claro otra vez.

Sin embargo, no estaba dispuesta a arrugarse fuera quien fuese quien estaba mirándola así.

-¿Don Dominik James?

Lo preguntó con decisión y claridad, como si no estuviese nada alterada... porque no debería estarlo. Aunque estaba completamente quieta, notaba que sus piernas no estaban tan convencidas como ella de que tenían que sujetarla, sobre todo, cuando el corazón seguía dando volatines.

El hombre salió de la sombra del porche a la luz que iluminaba el claro, pero solo consiguió que el corazón enloqueciera más todavía.

Era alto, muy alto, y con ese tipo de hombros anchísimos que hacían que sus manos

quisieran... hacer cosas que se negaba a imaginarse. Tenía el pelo oscuro y tupido, descuidado y demasiado largo para su gusto, pero le resaltaba el mentón firme y prominente. Los labios estaban rectos y apretados, aunque eran lo bastante carnosos como para que algo la atenazara por dentro. Llevaba una camisa de manga larga que se le pegaba al formidable pecho, unos pantalones oscuros que le realzaban los poderosos muslos y unas botas que debía de haber elegido más por prácticas que por bonitas.

Sin embargo, fueron sus ojos los que hicieron que se le dispararan todas las alarmas. Eran grises como unas tormentas, como los de Matteo. El gris de los San Giacomo, como habían sido los de Alexandrina. No hacía falta que él se identificase para que ella supiera con toda certeza que estaba mirando al heredero perdido de los San Giacomo... y no pudo entender por qué se le erizaron todos los pelos como si fuese una premonición, y deseó acercarse lentamente.

–Me llamo Lauren Clarke...

Intentó recordarse que debía ser eficiente y no lo estaba siendo en ese momento por culpa de todas esas sensaciones que la sacudían por dentro.

–Trabajo para Matteo Combe, presidente y consejero delegado de Industrias Combe. Si no conoce al señor Combe es, entre otras cosas, el hijo mayor de la difunta Alexandrina San Giacomo Combe... y tengo motivos para creer que Alexandrina también era su madre.

Lo había practicado, lo había repetido una y otra vez en la cabeza e, incluso, lo había ensayado esa mañana ante el espejo del cuarto de la posada. No tenía sentido andarse por las ramas y marear la perdiz, lo mejor era ir directamente al grano.

Había esperado distintas reacciones por parte de él. Podría negarlo todo, podría ponerse arrogante o podría expulsarla. Había previsto planes alternativos a todas las situaciones, pero el hombre que tenía delante no dijo nada y se dirigió hacia ella obligándola a fijarse en cómo se movía con una elegancia letal para el tamaño que tenía. Tuvo que contener la respiración y, cuanto más se acercaba, mejor podía ver la expresión de su cara y de sus ojos, que le pareció de un sarcasmo burlón.

No tenía ningún plan alternativo para eso.

–La señora Combe, que falleció hace poco, lo incluyó en su testamento –Lauren hizo un esfuerzo para seguir–. Mi empleador quiere que se cumpla el deseo de su madre, señor James, y me ha mandado aquí para que empiece el proceso.

Ese hombre siguió sin hablar. Aminoró el paso cuando estuvo cerca, pero se limitó a mirarla detenidamente. La miró de arriba debajo de una manera que le pareció insoportablemente íntima, y ella notó el acaloramiento que se adueñaba de ella.

Era como si le recorriera todo el cuerpo con las manos, como si estuviese comprobando lo suave que era el pelo que se había recogido en una coleta o lo grueso que era el chal que se había puesto para combatir el frío de los vientos y los bosques húngaros. Le miraba las piernas, hasta esos zapatos tan bonitos como poco prácticos, y volvía a subir.

-El señor Combe es un hombre adinerado e importante.

A Lauren le costaba mantener el tono firme y autoritario que tanto le gustaba cuando ese hombre estaba tan... cerca y cuando la miraba como si fuese un festín, no una emisaria.

-No lo digo porque no quiera cumplir los compromisos que tiene hacia usted, que sí quiere, lo digo porque su importancia exige que actuemos con cierta... sensibilidad.

De repente, de golpe, se dio cuenta de demasiadas cosas. Dominik, estaba segura de que tenía que ser él, se había duchado hacía poco. Podía ver cierta humedad en el pelo que iba de un lado a otro como si tuviese voluntad propia y, peor aún, podía oler la mezcla de jabón y limpieza de un hombre incorregiblemente sano. Hacía que sintiera un ligerísimo vértigo y estuvo convencida de que por eso el corazón le resonaba como un tambor en el pecho.

El bosque esperaba alrededor de ellos. No estaba en silencio, pero tampoco se oía al tranquilizador ruido de la ciudad, las conversaciones, el tráfico y los sonidos de todos esos seres humanos que fingían no estar solos, para que la distrajeran de la mirada curiosa, penetrante e inequívocamente gris de ese hombre.

Si hubiese reparado en los nervios, habría dicho que los suyos estaban... alterados.

-Disculpe -siguió ella cuando estuvo tan alterada que o decía algo o salía corriendo-, ¿Habla inglés? No se me había ocurrido preguntárselo.

Él esbozó una ligerísima sonrisa torcida y extendió una mano mientras ella lo miraba petrificada por algún motivo que no podía llegar e entender.

Creyó que iba a tocarla, a acariciarle la cara, a pasarle la mano por el pelo o a recorrerle el cuello con esos dedos largos y elegantes como había visto que hacían en una disparatada película romántica que ella se negaba a reconocer que había visto, pero no lo hizo. Sintió una decepción lacerante cuando él tomó entre los dedos el borde del chal como si estuviese comprobando la calidad de la lana.

-¿Qué... hace? -preguntó Lauren sin la más mínima esperanza de mantener una actitud profesional.

Las rodillas le flaqueaban y la voz no parecía la suya, era entrecortada, como quebradiza.

Él estaba más cerca de lo que debería haber estado, porque ella estaba segura de que no había podido moverse. Además, tenía la cabeza ladeada de una manera que hacía que todo se le removiera por dentro... hasta que se quedó peligrosamente inmóvil.

-Una preciosa chica rubia se adentra en el bosque con poco más que una resplandeciente capa roja...

Su voz era insinuante, como un hechizo que hacía que volviera a pensar en cuentos de hadas y no tenía consideración con su incredulidad. Era grave, llena de matices y con un ligero acento que hacía que le bullera la sangre, y otros rincones más recónditos.

-¿Qué crees que podría pasar? -añadió él.

Entonces, bajó esa cabeza asombrosamente masculina y la besó.

Capítulo 2

ESTABA BESÁNDOLA. ¡Por el amor de Dios, estaba besándola!

Lo entendía en un aspecto racional, pero no tenía sentido. Sobre todo, porque lo que estaba haciendo con la boca no se parecía nada a los besos que se había imaginado o había oído contar.

Le pasaba la lengua por los labios, la tentaba y seducía a la vez para que se abriera... a él.

Algo que, naturalmente, no pensaba hacer... hasta que lo hizo y dejó escapar un sonido desde lo más profundo de la garganta que la estremeció por todo el cuerpo.

Entonces, esa tentación perversa que era su lengua entró en su boca, entró en ella y todo se desbarató un poco.

Quizá fuera el ángulo, su sabor succulento y desaforado, esa maestría indolente al besarla, al ahondar, al cambiar...

Cuando se apartó, seguía esbozando la sonrisa y era ella la que se había quedado temblando, aunque se aseguró a sí misma que era de rabia, de indignación.

-No puede... ¡ir por ahí besando a la gente!

Él sonrió más abiertamente.

-Lo tendré presente si algún otro personaje de un cuento sale del bosque.

Lauren se sonrojó. Le ardían las mejillas, ardía por dentro y se le derretía el cuerpo, los pezones se le aplastaban y un anhelo húmedo le brotaba entre las piernas... y la abochornaba profundamente.

-No soy un personaje de un cuento.

Lauren se arrepintió en cuanto lo dijo. ¿Por qué iba a participar en ese disparate, fuera el que fuese? Sin embargo, no conseguía evitarlo.

-Los cuentos no son de verdad y tampoco querría tener nada que ver con ellos aunque lo fueran.

-Es una pena. ¿Qué son los cuentos sino un compendio de todas las tentaciones de la humanidad? Fantasías, imaginaciones sombrías...

Lauren pensó que no había ningún motivo para que sintiera ese nudo en la garganta ni para que tuviera que tragar tanta saliva...

-Estoy segura de que el trabajo de algunas personas, o su falta de trabajo, les permite

dedicar el tiempo a pensar en los méritos de los cuentos infantiles –replicó ella en un tono que ella misma sabía que era muy pedante–, pero me temo que mi trabajo es algo más adulto.

–Claro, no hay nada tan adulto como hacer lo que otros te ordenan.

Lauren se sentía descolocada y era algo que no le pasaba nunca. Notaba los labios hinchados, pero no quería tocárselos con los dedos para comprobarlo. No quería darle esa ventaja, le indicaría que era vulnerable y eso era excesivo. En realidad, era intolerable que tuviera alguna vulnerabilidad.

–Nadie puede vivir en una cabaña en un bosque y conservar la cordura.

Si había esperado que él la mirara con furia, tuvo que quedarse con las ganas, porque se limitó a seguir mirándola fijamente con esa media sonrisa y ese brillo plateado en los ojos que la derretía por dentro.

–Tu posadero me avisó de que estabas viniendo.

Él retrocedió un poco y ella lo percibió tanto que se sintió más humillada. Tenía algo en la forma de moverse que hacía que quisiera acercarse, que quisiera extender las manos y...

Naturalmente, no lo hizo. Se cruzó de brazos para contenerlo y contenerse a la vez e intentó mirarlo con el ceño fruncido como si así pudiera expulsar todas esas sensaciones tan incómodas.

–Podrías haberte ahorrado la molestia y el paseo –estaba diciendo él–. Me da igual tu adinerado jefe y, efectivamente, sé quién es. Puedes descansar tranquila. No me interesan ni él ni su madre ni el testamento de personas desmesuradamente ricas a las que, probablemente, habría odiado si las hubiese conocido.

Lauren lo sintió como una traición, cuando no debería haber sentido nada. No era algo personal. Ella no tenía nada que ver con las familias Combe y San Giacomo, solo había sido una empleada, y lo había agradecido muchas veces, porque bastaba el contacto con los muy ricos y conocidos para estar agradecida con lo que tenía, y que lo había conseguido sin haber tenido que soportar la observación de los demás o el peso del pasado.

Sin embargo, le irritaba que ese hombre rechazara lo que le correspondía... y sentía un hormigueo en los labios, casi le ardían y podía recordar tan vívidamente cómo la había besado que podía saborear otra vez su virilidad implacable. Todo ello se mezclaba y formaba un nudo que la atenazaba por dentro.

–Mi adinerado jefe es su hermano –le recordó ella en un tono más cortante del necesario–. No se trata de dinero, se trata de familia.

–Una familia muy rica –añadió Dominik con una mirada más acerada que plateada–, y que, para empezar, no me quiso. Creo que voy a ahorrarme una reunión tan cordial organizada por el capricho de una mujer muerta.

A Lauren se le paró el pulso cuando él le tomó la barbilla con una mano. Debería habérsela apartado con un manotazo, pero todo era meloso, como espeso y lento, y ella

solo sentía cómo la agarraba, cómo le agarraba la barbilla con una especie de certeza que hacía que todo le vibrara por dentro, en contraste con la firmeza de su mano. Se había ablandado, se había derretido...

–Me gusta el sabor –murmuró él en un tono sarcástico, letal e insoportable, aunque ella no se apartó–. No sabía que una rubia tan cortante pudiera tener un sabor tan dulce.

Cuando sus palabras llegaron por completo a su desconocido y palpitante interior, él ya se había dado la vuelta y se dirigía a su cabaña.

Lauren creyó que se odiaría toda la vida por el escozor que notaba en los ojos, porque no recordaba haberse permitido jamás que le brotaran unas lágrimas de furia.

–A ver si lo he entendido bien.

Ella lo dijo a su espalda y, desde luego, no se fijó en su musculatura ni se imaginó que sus manos la recorriesen de arriba abajo para maravillarse de lo bien que estaba hecho...

–El posadero le avisó, y eso significa que sabía que iba a venir. ¿También le dijo cómo iba vestida para que pudiera contarse esa historia de Caperucita Roja? Eso le convertiría en el Lobo Feroz, ¿no?

Se encontró siguiéndolo a través del claro como si no la hubiese alterado, y eso no podía ser prudente. Como si no la hubiese besado hasta que casi había perdido el sentido, pero no estaba pensando en eso porque no podía pensar en eso. Si pensaba en eso, no pensaría en nada más.

–Hay todo tipo de lobos en los bosques de Europa.

Su voz pareció más sombría, sobre todo, cuando se dio la vuelta y volvió a mirarla de arriba abajo... y tuvo el mismo efecto que antes. Mirarlo era como mirar una tormenta.

–Feroz es una descripción como otra cualquiera –añadió él.

Ella se dio cuenta de que él no había contestado la pregunta.

–¿Por qué?

Lauren se paró a medio metro de él, más o menos, y se puso en jarras con el chal abierto. Le fastidió esa parte de sí misma que se emocionó cuando él miró la delicada cadena de oro que le colgaba del cuello y la blusa de seda que llevaba debajo. Los pechos y los pezones se le endurecieron, pero tuvo que ser una reacción al frío repentino, no a él...

Se había pasado años llevando zapatos que le recordaran que era una mujer y con la esperanza de que ese día fuese el día en el que Matteo la viera como a una, para variar. No lo había hecho nunca ni lo haría.

Ese hombre, en cambio, hacía que se sintiera disparatadamente femenina sin intentarlo siquiera.

Intentó convencerse de que lo que sentía era una indignación absoluta, pero ese vértigo le impedía creérselo.

–¿Por qué te besé? –Lauren vio el destello de sus dientes, como si él hubiese ido a sonreír y se hubiese arrepentido en el último momento–. Porque quería, Caperucita. ¿Por qué si

no?

–A lo mejor me besó porque es un cerdo –contestó ella con frialdad–. Algo que suele pasarles a los hombres que pierden el dominio de sí mismos.

El rostro de él reflejó una especie de placer sombrío.

–Me parece que has mezclado los cuentos. Además, en cualquier caso, cuando hay cerdos, también hay resoplidos y, si no me equivoco... soplidos –él inclinó la cabeza como si quisiera recordarle lo indómito que era y lo alejado que estaba de las experiencias de ella–. ¿Estás insinuándote?

Ella notó una llamarada por dentro, pero no se dejó llevar, no se dejó dominar por las imágenes de lo que él podría llamar «soplidos».

–Muy gracioso –contestó ella antes de que pudiera abochornarse más a sí misma–. No me extraña nada que un hombre que vive en una choza en el bosque tenga tiempo de sobra para tergiversar los cuentos a su gusto, pero no estoy aquí por usted, señor James.

–Llámame Dominik –él sonrió, pero ella no se dejó engañar por esa sonrisa–. Me imagino que el señor James era mi padre, pero nunca conocí a ese hombre.

–Me gusta el pulso que está echando –Lauren intentó otra táctica antes de que pensar en el beso y los soplidos la descolocaran otra vez–. Me ha puesto en mi sitio, gracias, y me encantaría largarme y volver con mi jefe para contarle que lo mejor que podría hacer es no reconocer al bárbaro ermitaño que vive en el bosque como su hermano perdido, pero me temo que no puedo.

–¿Por qué?

–Porque da igual por qué está aquí y si es un bárbaro, un ermitaño o un patán que no sabe tratar con las personas –ella agitó una mano como si no supiera con qué adjetivo quedarse–. Si yo he podido localizarle, eso quiere decir que otros también podrán, y no serán tan agradables como yo. Serán periodistas, paparazis, y una vez que hayan empezado a venir, no dejarán de hacerlo. Rodearán la cabaña y convertirán su vida en un infierno –Lauren sonrió de oreja a oreja–. Solo es cuestión de tiempo.

–Me pasé toda la infancia esperando que alguien viniera –replicó él con delicadeza después de un silencio que le puso nerviosa–. Nunca vino nadie. Me perdonarás si no acabo de creerme que ahora, de repente, vaya a interesarle a alguien.

–Cuando era pequeño, era una equivocación ilegítima. Eso fue lo que escribió sobre usted el padre de Alexandrina San Giacomo, no es una descripción mía –se apresuró a aclarar ella–. Ahora, usted es el heredero San Giacomo que debería haber sido siempre. Es un hombre muy adinerado, señor James. Más aún, forma parte de un linaje muy antiguo e ilustre.

–Te equivocas por completo –replicó él con una amabilidad que no engañó a Lauren, quien vio la expresión implacable de su rostro–. Soy un huérfano, un exsoldado y un hombre que prefiere estar consigo mismo. Si yo fuera tú, volvería corriendo con el hombre

que te lleva de la correa y se lo contaría –entonces, los ojos de él dejaron escapar un destello amenazante–. Lo haría ya, como un perro obediente, antes de que me olvide de lo bien que sabes y dé rienda suelta a mi mal genio.

Ella lo haría encantada de la vida. Si ser un perro de la correa de Matteo la libraba de ese hombre, estaría encantada, pero no era la tarea que le habían encomendado.

–Me temo que no puedo hacerlo.

–No hay alternativa, Caperucita. Ya te he dado mi respuesta.

Lauren notaba que lo decía en serio, que estaba dispuesto a volver a su ridícula cabaña dejada de la mano de Dios, a olvidarse de sus orígenes y a fingir que no lo había encontrado nadie. Notó un arrebató de un sentimiento distinto, y que no decía nada bueno de ella.

Ella no desdeñaría la fortuna de los San Giacomo y todo lo que la acompañaba. Ella no se burlaría de la idea de que quizá fuese una heredera desaparecida durante todo ese tiempo. Era mucho mejor que la cruda realidad, que tanto su padre como su madre se habían casado otra vez y que tenían unas maravillosas familias nuevas que les gustaban mucho más que ella, el recordatorio de todas las malas decisiones que habían tomado juntos.

Se la habían ido pasando de mano en mano sin ganas y con muy poco cariño hasta que por fin fue mayor de edad y les comunicó que podían dejar de hacerlo. La triste verdad era que ella había esperado que alguno de ellos hubiese objetado o, al menos, lo hubiese fingido, pero ninguno de los dos se molestó en hacerlo... y no creía que eso le hubiese importado tanto si hubiese tenido sangre azul y una repentina fortuna para amortiguar el golpe.

–Esta noticia habría entusiasmado a la mayoría de las personas –consiguió decir ella sin trastabillarse con sus propios sentimientos–. Es casi como ganar la lotería, ¿no? Sigues con tu vida, pero, de repente, te enteras de que eres una persona completamente distinta a la que creías que eras.

–Yo soy exactamente quien creo que soy –él lo aseguró en un tono tan amenazante como su mirada–. Trabajé mucho para serlo y no pienso renunciar por el remordimiento de una mujer muerta.

–Pero yo no...

–Sé quiénes son los San Giacomo –le interrumpió Dominik–. Me crie en Italia, a su sombra, y no quiero ser uno de ellos. Puedes decírselo a tu jefe.

–Volverá a mandarme aquí y si sigue rechazándome, acabará viniendo él. ¿Es lo que quiere? ¿Quiere tener la oportunidad de decirle a la cara lo poco que le interesa el regalo que está haciéndole?

–¿Es un regalo o es lo que me correspondía por nacimiento y no me permitieron reclamar? –preguntó él mirándola con detenimiento.

–Sea lo que sea, no será nada si se encierra en su cabaña de madera como si no estuviese pasando nada.

Él se rio. No echó la cabeza atrás y soltó una carcajada, solo sonrió. Fue una sonrisa fugaz que hizo que Lauren tuviera ganas de oírle una risa de verdad.

¿Podía saberse qué estaba pasándole?

-Lo que no entiendo es tu empeño.

Su voz fue como un lametón en toda la espina dorsal y no le ayudó imaginárselo haciendo precisamente eso, pasándole la lengua por el cuerpo mientras le acariciaba las caderas y... Tuvo que sacudirse levemente para fruncir el ceño y volver a centrarse en él.

-Sé que has estado buscándome. Has tardado semanas, pero has perseverado. Si en algún momento se te pasó por la cabeza que no quería que me encontraran, eso no te detuvo lo más mínimo... y aquí estás, sin que te haya invitado.

-Si sabía que estaba buscándolo -algo que tenía que pensar bien porque parecía difícil saberlo cuando estaba en esa cabaña rodeada de árboles-, ¿por qué no se puso en contacto usted mismo?

-Nadie se retira a una casita en medio de un bosque de Hungría si quiere que lo visiten, y mucho menos unos visitantes imprevistos -la sonrisa de él fue otra vez como un cuchillo afilado y peligroso-, pero aquí estás...

-Hago muy bien mi trabajo -Lauren levantó la barbilla-. En realidad, lo hago especialmente bien y cuando me encomiendan una tarea, la llevo a cabo.

-Si él dice que saltes, tú llegas a la luna, ¿no?

Ella captó la burla y sintió algo parecido a la vergüenza, aunque no lo entendió. No entendía nada de todo aquello.

-Soy su secretaria personal, señor James, y eso significa que lo ayudo en todo lo que necesite. Es consustancial al puesto, no un defecto de mi personalidad.

-Te diré lo que sé de tu empleador -Dominik lo dijo en un tono indolente, como si fuese un juego, pero ella sabía que no lo era-. Es una deshonra, ¿no? Es un hombre que quiere tanto a esa familia de la que quieres que forme parte que le dio un puñetazo al amante de su hermana en el sepelio de su padre. ¡Menudo ejemplo! No puedo entender que no me interese mezclarme con esa gente.

Ella hacía muy bien su trabajo. Tuvo que recordárselo en ese momento, pero no por eso era menos verdad. Tomó aire y fue soltándolo poco a poco mientras intentaba entender lo que estaba pasando.

Era evidente que ese hombre sentía rencor hacia la gente que lo había dejado en un orfanato e, incluso, era comprensible. Suponía que era posible que no estuviese desdeñando la oferta de Matteo, sino que la oferta llegaba demasiado tarde como para que le importara. También podía entender eso porque se había pasado más horas de las que estaba dispuesta a reconocer imaginándose que sus padres le suplicaban que les dedicara su tiempo y que ella los rechazaba.

Además, suponía que si ella hubiese sido un hombre al que habían mandado para que lo

encontraran, Dominik habría encontrado la manera de sacarlo de sus casillas, como haría con cualquier emisario enviado por quienes lo habían abandonado. Toda la historia del beso y los cuentos de hadas era un juego para despistarla, como las situaciones que ella se planteaba en la cabeza sobre sus padres.

Tenía que dar por supuesto que su rechazo a mezclarse con los San Giacomo se debía a que se sentía herido en los sentimientos, pero si había algo que sabía sobre los hombres, independientemente de lo ricos, poderosos o impenetrables que fueran, era que todos respondían a los sentimientos heridos como si los propios sentimientos fuesen un ataque, y cualquiera que estuviese cerca fuese un cómplice.

–Entiendo su postura –Lauren intentó parecer conciliadora–, lo digo sinceramente, pero, aun así, quiero que vaya con su familia. ¿Qué tengo que hacer para conseguirlo?

–Primero, te paseas por el amenazante bosque con una capa roja. Luego, dejas que el Lobo Feroz te encuentre y averigüe tu sabor. Ahora, ¿haces una oferta... abierta? Qué ojos tan grandes tienes, Caperucita.

No había ningún motivo para que ella se estremeciera por eso, como si él estuviera haciendo una predicción en vez de estar jugando a ese juego al que ella ya le había dedicado demasiado tiempo y atención.

Sin embargo, los rodeaba el bosque, el viento soplaba entre los árboles y el pueblo estaba lejos de allí... y él ya la había besado.

¿Qué estaba ofreciéndole? Se preguntó a sí misma, aunque no se contestó.

Cuando miraba a Dominik James, se sentía como si no se conociera a sí misma. Hacía que se sintiera temblorosa y nerviosa, como si su cuerpo fuese de otra persona. Hacía que la lengua no le funcionara como debería. Todo eso no le gustaba lo más mínimo, él no le gustaba, pero tampoco se dio media vuelta y se marchó.

–Tiene que haber algo que lo convenza para que vaya a Londres y acepte el lugar que le corresponde en la familia San Giacomo –insistió ella intentando parecer tranquila y racional–. Evidentemente, no es el dinero o no habría desperdiciado la ocasión de hacerse con su propia fortuna.

–No puedes tentarme con ese tipo de poder –confirmó él encogiéndose de hombros.

–Porque, naturalmente, prefiere echar pulsos como este. Finge que no le interesa el poder, pero emplea todo el poder que tiene para hacer lo contrario de lo que se le pide.

Él la miró con los ojos entrecerrados y ella tembló por dentro y, presa de cierto pánico, se preguntó si no debería haber dicho eso. Sin embargo, no gritó ni la amenazó, se limitó a mirarla así durante un rato, hasta que sonrió con indolencia. Fue una sonrisa afilada que la dejó sin respiración, aunque no presagiaba nada bueno para ella, para el corazón que se le había desbocado, para todas las cosas que quería fingir que no sentía, como ese calor sofocante que la consumía por dentro.

–Claro que sí, Caperucita –reconoció él en voz baja–. Entra, siéntate junto al fuego y

convénceme si puedes.

Capítulo 3

DOMINIK James se había pasado toda la vida buscando su sitio en el mundo. Le habían dicho que sus padres habían muerto, que era huérfano de verdad, y él lo había creído. Al principio. Eso explicaba sus circunstancias en la vida y a él, cuando era un niño, le habían gustado las explicaciones que daban sentido al orfanato que él llamaba su casa.

Sin embargo, cuando tenía diez años, la más ruin de las monjas le había dicho otra cosa cuando lo había sorprendido haciendo alguna travesura. Le había dicho que su madre no lo quería y que nadie podía reprochárselo porque era un niño desagradable y tramposo, que quién iba a quererlo.

Dominik se había pasado los diez años siguientes demostrando a todo el mundo que su madre, fuera quien fuese, había tenido motivos sobrados para librarse de él. Se había escapado del orfanato y había acabado en España yendo a donde le apetecía y robando lo que necesitaba. Eso le había parecido la felicidad en comparación con los castigos corporales de las monjas mezclados con una devoción depravada.

Luego, volvió a Italia y se alistó en el ejército, más por castigarse a sí mismo que por patriotismo. Había esperado que lo mandaran a alguna guerra espantosa donde podría morir en acto de servicio por Italia y no por su propio nihilismo. No había esperado encontrar disciplina y respeto, un lugar en el mundo y las herramientas para hacerse el hombre que se merecía ese sitio.

Había consagrado a Italia sus veintitantos años. Después, había pasado años haciendo en el sector privado lo que había aprendido en el ejército, hasta que vendió la empresa de seguridad por una buena fortuna.

Ya adulto y con recursos, se había superado considerablemente a sí mismo. Se había sacado un título universitario para ampliar sus conocimientos y para cerciorarse de que podía administrar su fortuna como quería.

No necesitaba la fortuna de su familia perdida hacía tanto tiempo. Tenía una propia. La empresa de seguridad informática que había creado casi por casualidad lo había convertido en un hombre muy rico, venderla lo había convertido en multimillonario y había disfrutado al construir a partir de esos cimientos, al ampliar su horizonte económico a su gusto.

Sin embargo, le gustaba fingir que era un ermitaño en un bosque de Hungría porque podía y porque, la verdad, le gustaba tener un muro, un bosque, mejor dicho, entre él y todo lo que había allá fuera. Le gustaba mantener cierta distancia con el mundo que lo había tratado con tanta indiferencia, el mundo que lo había hecho brillante y afilado por la rabia y la furia, aunque estaba quedándose con él.

En esos tiempos, prefería las sombras frescas y los árboles silenciosos, la tranquilidad de su propia compañía. Nada más brillante que la luz del sol que se filtraba entre las ramas de los árboles y nada de furia.

Las rubias incisivas con ojos como el caramelo que tenían un sabor mágico lo... enardecían con avidez, hacían que se sintiera como una versión muy antigua de sí mismo, una que no había querido ver resucitada.

Debería haberla expulsado nada más verla y, en cambio, la había invitado.

Ella fue por delante de él con esos ridículos y ruidosos zapatos dejando muy claro que no era el tipo de mujer que podría acercarse sigilosamente a alguien, y menos cuando llegaron al suelo de madera del porche. Se arrepintió casi al instante de haber dejado que lo precediera porque si bien el chal que llevaba le cubría casi todo el esbelto y rozagante cuerpo, no podía ocultar el contoneo acompasado de sus caderas. Jamás le había interesado tanto mantener el ritmo, pero no podía apartar la mirada.

Cuando llegó a la puerta, una pesada puerta de madera con toques de hierro que se había hecho él mismo porque quizá siempre se hubiese considerado un lobo feroz, la adelantó, la empujó con una mano y la invitó a entrar.

Sin embargo, también fue un error, porque ya conocía su sabor y tenerla tan cerca... Quería lamerle la nuca, quería tomarle con las manos esos redondeados pechos que había vislumbrado bajo la sencilla blusa que llevaba, quería meter la cara entre sus muslos y dejarse embriagar por su dulce calidez.

Sin embargo, se limitó a sujetarle la puerta como si fuese otro hombre, uno dócil y civilizado, un ermitaño en una cabaña, lo que fingía ser.

La observó mientras entraba y vio lo rígida que estaba, como si temiera que algo pudiera abalanzarse sobre ella. Sin embargo, la cabaña se había hecho siguiendo sus instrucciones para que fuera acogedora, hogareña. Era el retiro que no había tenido cuando era niño y no tenía ni la más remota idea de por qué había dejado que entrara esa mujer, cuando no había entrado nadie. Aunque prefería no analizarlo muy detenidamente.

–Menuda sorpresa... –murmuró ella mientras miraba las mullidas alfombras y las butacas de cuero que había delante de la chimenea–. Si soy sincera, me había esperado algo más parecido a una... choza.

–Una choza.

–No quiero ofender –siguió ella, aunque era mentira–. Nadie se espera que un ermitaño greñudo viva con tanto esplendor, ¿no?

-Ya estoy arrepintiéndome de mi hospitalidad...

Él miró alrededor e intentó ver la cabaña con los ojos de alguien como Lauren, una urbanita refinada con el aire de superioridad de las londinenses. Naturalmente, conocía el modelo, aunque había hecho todo lo posible para alejarse de esas personas. Los zapatos eran una señal muy reveladora. Eran caros y no servían para nada, solo eran una declaración de principios. Quería que todo el mundo que los viera se preguntara cómo podía andar con ellos o cuánto le habían costado... o que se perdieran en el mar de la envidia.

Él solo se preguntó qué indicaba de ella que los zapatos fuesen su principal forma de expresión.

También se preguntó qué conclusión estaría sacando ella de esa cabaña que era su única casa de verdad. No sabía lo que veía ella, solo sabía lo que había pretendido él.

Los techos altos, porque se cansó hacía mucho tiempo de tener que encorvarse para entrar en los sitios; las cálidas alfombras, porque estaba cansado de pasar frío; la sensación de amplitud que hacía que la casa pareciera el doble de grande de lo que era, porque no iba a volver a vivir en chozas.

La sala tenía una chimenea de piedra en un extremo y la funcional cocina en el otro. Además, el dormitorio, casi tan grande, tenía una cama donde cabían dos personas como él porque no se olvidaba de aquellos camastros diminutos del orfanato que había tenido que fingir que agradecía.

-Es preciosa... -comentó ella al cabo de un rato y con cierta sorpresa reflejada en la voz-. Muy... cómoda, pero masculina.

Dominik señaló con la barbilla uno de los butacones que había delante de la chimenea. No sabía por qué había dos si no tenía invitados, pero siempre se había imaginado la cabaña perfecta con una chimenea en el sitio principal y dos confortables butacas de cuero como esas... y ahí estaban.

Tuvo una sensación rarísima cuando Lauren se sentó en una, como si ya hubiese anticipado ese momento, casi, como si la butaca hubiese estado esperándola todo aquel tiempo.

Sacudió la cabeza como si quisiera borrarla de la cabeza. No sabía de dónde había salido una idea tan disparatada, pero sí sabía que no le gustaba nada.

Se sentó enfrente de ella con las piernas estiradas entre los dos. Vio que ella tragaba saliva como si tuviera seca la garganta y podría haberle ofrecido una bebida, pero no lo hizo.

-Creía que pretendías convencerme para que haga lo que tú quieres. Es posible que las cosas se hagan de forma distinta en tu país, pero yo no empezaría insultando a la persona que quiero persuadir para que piense como yo.

Ella parpadeó y fue casi como si se hubiese olvidado de por qué estaban allí. Se quitó el

chal por fin y se puso las manos en el regazo. Dominik la miró con avidez, como si no hubiese visto una mujer en su vida. Era delicada y tenía las curvas que tenía que tener donde tenía que tenerlas. El pelo le brillaba como el oro a la luz del fuego y la coleta le caía por un hombro. Tenía un detalle de oro de verdad en la garganta, justo por donde él quería pasarle los dientes hasta que se estremeciera. Sus pechos pedían a gritos que los acariciaran y no le costaría nada, solo tendría que arrodillarse y tomarla entre las manos.

Se imaginó a sí mismo haciendo precisamente eso y ella complicó un poco más las cosas cuando se mordió el carnosos labio inferior, como quería hacer él.

Sin embargo, Dominik se hundió más en la butaca, apoyó la cabeza en un puño y no hizo caso a lo que le exigía la parte más dura y ávida de su anatomía.

–Estaría encantada de convencerle –a él le pareció captar cierto tono ronco en su voz–. Creía que viviría con un camastro en el suelo, pero, evidentemente, le gustan las comodidades. Eso me indica que si bien le gusta la soledad, no se oculta del mundo, o no completamente. Entonces, ¿qué se necesita para convencerle de que vuelva a ese mundo?

–Todavía tienes que explicarme por qué es algo que debería apetecerme hacer, o siquiera planteármelo.

–Por ejemplo, podría comprarse cien cabañas y repartirlas por todos los bosques de Europa.

–Ya tengo una –replicó él encogiéndose de hombros.

E inmuebles por todo el mundo, pero no se lo dijo.

–Podría equipar esta cabaña con... estilo –propuso ella en tono desenfadado–. Hacerla moderna y accesible. ¡Imagínese las posibilidades!

–Nunca he dicho que viviera desasistido, ¿no? Creo que eres tú la que piensa que esta cabaña es de la edad de piedra. Te aseguro que tengo todo el acceso que necesito al mundo moderno.

Por no decir nada de su otra choza, que no era una choza ni mucho menos, que estaba en la montaña y contaba con la tecnología por satélite más moderna, pero eso también podía seguir siendo un pequeño secreto.

–Podría comprarse todo lo que quisiera.

–Solo me ofreces dinero –replicó él al cabo de un rato–. Ya te he dicho que tengo dinero, pero que insistas en centrarte en ese asunto me dice mucho de ti. ¿Acaso ese hermano que tengo no te paga bien?

Ella se puso rígida y frunció ligeramente el ceño.

–El señor Combe siempre ha sido considerablemente generoso conmigo.

A él le pareció que el rubor de sus mejillas era... interesante.

–Eso no me indica si te paga lo que te mereces o no. ¿Cuál es la tarifa por la lealtad de una mujer a la que, evidentemente, no le gusta nada la naturaleza, que se adentra en un bosque prehistórico y en la mismísima guarida de un peligroso desconocido?

Lauren levantó la barbilla, algo que no le pareció tan fascinante como le pareció a él.

–No sé por qué mi sueldo iba a ser de su incumbencia.

–Has hecho que todo sea de mi incumbencia al presentarte en la puerta de mi casa. ¿Por qué no me dices qué haces aquí de verdad?

Lauren se sonrojó más todavía y frunció aún más el ceño. Además, parecía imposible ponerse más recta en la butaca, pero ella lo consiguió.

–Ya le he dicho por qué estoy aquí, señor James.

–Estoy seguro de que en el pueblo te contaron que voy una vez a la semana, como mínimo, para abastecerme. Podrías haberme esperado allí, entre comodidades y con un servicio de habitaciones. No hacía ninguna falta que cruzaras el bosque para encontrarme, y menos con esos zapatos.

Ella pareció casi ufana, como si él hubiese suspendido un examen o algo así.

–No hace falta que se preocupe por mis zapatos –ella cruzó las piernas para que toda la atención se dirigiera a los zapatos–. En realidad, me siento muy cómoda.

–Que te parezcan cómodos o quieras hacerme creer que lo son no significa que lo sean. Además, tampoco hace que sean prácticos para una caminata por un sendero de tierra.

La mirada de ella era como un postre dulce y pegajoso y quería hartarse de él. Sobre todo, cuando esos ojos lo miraban con un destello que le indicaba que se creía superior a él. Aunque, claro, lo que no sabía era que eso le parecía divertido... y le endurecía más todavía.

–Según mi experiencia, quienes se preocupan por lo prácticos que son mis zapatos intentan encontrar desesperadamente una manera de desestimar lo que tengo que decir. Si nos centramos en mis zapatos, podemos permitirnos todo tipo de generalidades sobre cómo soy, ¿no? Le contaré un pequeño secreto; me gustan los zapatos bonitos... y eso es lo único que indican de mí.

Dominik sonrió sin alterarse e, incluso, disfrutó cuando ella tragó saliva.

–Puedo asegurarte que no estoy nada desesperado y que me encantaría, como nada en el mundo, desestimar lo que dices, pero no has dicho gran cosa. Arguméntalo si puedes, explícame por qué iba a abandonar la comodidad de mi casa para mezclarme con esa familia que no me hizo caso en mi vida. Doy por supuesto que a ellos les viene bien por algún motivo, pero comprenderás que eso no es un argumento convincente para mí.

–Ya se lo he dicho. Los paparazis...

–Creo que los dos sabemos que no me importa que esos periodistas me encuentren aquí, que puedo hacer frente a los intrusos a mi manera –ella apretó los labios y él supo que estaba imaginándose cómo haría frente a los intrusos. Dominik sonrió más–. Sin embargo, me imagino que a ese adinerado jefe tuyo no le importaría el desenmascaramiento. ¿No me has buscado tan diligentemente y has venido hasta aquí por eso? ¿No tienes que convencerme de que esa repentina preocupación por mi intimidad es una muestra sincera de amor fraternal, inédito hasta ahora, y no un interés egoísta?

–Hasta hace poco, el señor Combe no sabía que tenía un hermano –contestó ella con frialdad, o cautela quizá–. Si hay algo que puede convencerlo de sus intenciones, es que se puso a buscarlo en cuanto supo que existía.

–Tengo que acordarme de aplaudirlo.

Ella no suspiró ni puso los ojos en blanco, aunque su sonrisa tensa dio a entender las dos cosas.

–El señor Combe...

–Caperucita, por favor, ¿qué crees que quería decir cuando te pedí que me convencieras? Ya te he besado, ¿de verdad crees que te he invitado a mi casa para que me sueltes un sermón?

Él no sabía qué esperarse. Lo que quería, o eso se dijo a sí mismo, era que se ofendiera, se indignara y saliera de esa cabaña y de su vida porque tenerla ahí dentro era una intromisión. La había invitado para cerciorarse de que no volvería jamás.

Seguro... Le susurró una voz muy sarcástica por dentro.

Lauren, sin embargo, no estaba largándose y dando un portazo, estaba mirándolo fijamente sin dar crédito a lo que había oído. No como si la hubiese ofendido, como si fuese algo que no se le había pasado por la cabeza.

–Discúlpeme, ¿es alguna diferencia cultural que desconozco o es que siempre mete el sexo en la conversación cuando se aburre?

–En cuanto puedo.

Ella se rio y lo que más le sorprendió a él fue que sonó como una risa sincera.

–Está perdiendo el tiempo conmigo –Lauren sonrió con delicadeza... y con un brillo desafiante en los ojos–. Siento decírselo, como se lo he dicho a todos los hombres que creían que podrían llegar a mi jefe a través de mí, pero no tengo impulsos sexuales.

Si ella se hubiese sacado una granada del bolsillo y la hubiese tirado al suelo entre los dos, Dominik no se habría sorprendido tanto. Era imposible que hubiese oído bien.

–¿Qué has dicho?

Allí estaba su Caperucita Roja tan tranquila en la butaca de cuero, algo que también la habría parecido imposible unos minutos antes. Además, cuando sonrió, le pareció un gato muy satisfecho.

–Que no soy una persona con... impulsos sexuales.

Dominik captó claramente el tono de satisfacción, que se contradecía con el brillo de vulnerabilidad de sus ojos y que le recordó cómo se había derretido con su beso.

–Hay de todo, ¿no? –siguió ella–. Hay personas que viven por y para el sexo, pero yo no.

La verdad es que nunca he entendido todo ese jaleo.

Él se quedó boquiabierto mientras Lauren decía esos disparates con una expresión que indicaba que se creía lo que estaba diciendo... o, al menos, que quería creérselo.

–Sabes que besarse es un acto sexual, ¿verdad?

-Ya me he besado antes -contestó ella arrugando la nariz como si él fuese tonto-. Me besé cuando estaba en la universidad para experimentar, como todos, y por eso sé que no va conmigo.

-Te besaste para experimentar...

Él lo repitió como si así fuese a entender lo que ella estaba diciendo con una seguridad pasmosa, aunque, otra vez, había algo que le parecía, casi con toda certeza, una farsa... ¿o eso era lo que quería él?

-Como ya he dicho, hay de todo, y no todo el mundo tiene la necesidad imperiosa de retozar desnudo. No es que me parezca mal, pero algunos tenemos cosas más importantes en las que pensar.

Lauren puso una expresión de orgullo y Dominik estuvo seguro de que si bien ella podía creerse lo que estaba diciendo, él... le había alterado los principios.

-¿Puedo preguntar qué es lo que ocupa tus pensamientos si no es... retozar?

-Ha mencionado varias veces que hago todo lo que me dice el señor Combe, pero me tomo muy en serio mi trabajo. Exige dedicación, entrega y energía. No podría, además, ir todas las noches de bar en bar para...

-Retozar... Desnuda...

-Exactamente.

Dominik supo dos cosas con la misma certeza de que ella estaba mintiendo sobre su sexualidad. Una, que si no estaba entendiendo mal, su rubia cortante de ojos color caramelo y zapatos majestuosos era virgen. Dos, que esa posibilidad lo... endurecía casi hasta la desesperación. Ya conocía su sabor, había oído los sonidos que había hecho cuando la besó y, al margen de lo que ella se dijese a sí misma e intentara contarle a él, no se creía que no la hubiese afectado. En realidad, sabía lo contrario como sabía que se llamaba Dominik.

-Puedo ver cómo me mira...

Lauren seguía tan tranquila en la butaca, como si fuese suya, y estaba convencida de que dominaba la conversación, y a él.

-No entiendo por qué los hombres se lo toman como un reto -añadió ella.

-¿Tú no? -preguntó Dominik esbozando media sonrisa.

-Estoy muy bien como estoy -contestó Lauren encogiéndose de hombros.

-Evidentemente...

Él se dejó caer sobre el respaldo de la butaca, como ella, y la observó detenidamente durante un buen rato, mientras notaba con claridad dónde estaba más duro. Hasta que ella dejó de sonreír y le pareció que estaba mucho menos... convencida.

-Por si te interesa, Caperucita, las personas que están muy bien como están no suelen hablar de su vida sexual, y mucho menos se la arrojan a la cabeza a los demás.

-Ah, ya lo entiendo -ella sonrió con lástima, aunque él captaba la incertidumbre que ella

quería disimular-. Está molesto porque cree que estoy diciendo que no me gustó su beso. No se preocupe, señor James, no me gusta ningún beso, no solo el suyo.

-De los dos que estamos aquí sentados, Lauren -él se deleitó al decir su nombre y con el ligero temblor del labio inferior de ella-, yo soy el que de verdad está bien como está. Sé muy bien cuánto te gustó el beso sin necesidad de que me cuentes todos esos cuentos.

-Me alegro de oírlo -Lauren levantó la barbilla aunque él seguía viendo la sombra de duda en sus ojos-. Ya lo he visto miles de veces antes. Primero, me hará una proposición y luego se pondrá rabioso cuando decline su generosa oferta para que compruebe lo que estoy perdiéndome, con usted de desinteresado... monitor. Siempre es lo mismo.

-¿De verdad? ¿Por qué no me lo cuentas?

-Querrá besarme porque está convencido de que el mero contacto de sus labios despertará en mí un anhelo incontenible -Lauren sacudió una mano como si pareciera aburrida-. No dará resultado, nunca me ha despertado nada, pero usted no me cree. Si no le importa, prefiero pasar de largo este asunto, es tedioso.

-Si te empeñas...

Dominik se pasó los dedos por la barbilla porque sabía que si la tocaba, lo tomaría como una demostración de su teoría, de ese asunto, por mucho que pudiera gustarle.

-¿Y qué quedará cuando hayamos pasado de largo este asunto? -preguntó él.

-El trabajo, claro. ¿Qué si no?

-En este caso, Caperucita, tu trabajo y el mío coinciden. ¿No has venido para tentarme, que salga de esta humilde cabaña y me lance a lo largo y ancho de este mundo?

-Sí, solo tiene que decirme el precio.

Ya no era un hombre impulsivo, había aprendido la lección una y otra vez durante la malgastada juventud.

Sin embargo, esa mujer tenía algo que lo atraía. Seguía sonriéndole con lástima cuando la había paladeado, cuando la había saboreado y sabía la verdad. No sabía si estaba mintiéndose a sí misma, además de a él, pero, por mucho que lo intentara, no se le ocurría ni un solo motivo para negárselo a sí mismo cuando Lauren Clarke era lo más... entretenido desde hacía mucho tiempo.

Además, ya no estaba en el ejército ni dirigía la empresa de seguridad. Si quería hacer cualquier cosa para divertirse, podía hacerlo. Aunque eso significara mezclarse con esa familia que había localizado cuando todavía estaba en el ejército, y con la que nunca había querido ponerse en contacto porque jamás iría mendigando migajas.

-Déjame que te bese cuando quiera -él lo dijo sin alterarse para que ella no viera la avidez que lo dominaba por dentro-. Ese es mi precio. Si aceptas, iré donde quieras que vaya y haré lo que quieras que haga.

-No sea ridículo.

Dominik supo que ella creía que estaba bromeando porque ni siquiera se puso rígida.

Tampoco se sonrojó y seguía sonriéndole como si fuera tonto. Él, efectivamente, se sintió como si fuese tonto, pero no por eso quiso retirar lo que había dicho. Sobre todo, cuando podía ver la verdad, cuando ella no podía disimularla con la sonrisa.

–Me parece que su obsesión con los cuentos de hadas ha llegado un poco lejos –siguió ella–. Volvamos al mundo real, aunque entiendo que es complicado en esta casa encantada en medio del bosque.

–Lo primero que sabrás de mí es que nunca soy ridículo –replicó Dominik en voz baja–. Además, cuando hago una promesa, la cumplo. ¿Y tú? Tienes que dejarme que te bese cuando quiera y como quiera. Es una condición muy sencilla, sobre todo, para una persona como tú, a la que le dan igual los besos.

–Ya se lo he dicho, sé lo que pasa –ella dejó de sonreír y frunció el ceño–. Habla de besos, pero sé lo que quiere decir. Siempre se va más lejos, siempre hay una mano... De una forma u otra, siempre acaba en la misma discusión, que podemos tenerla ahora –Lauren sacudió la cabeza–. No tengo impulsos sexuales. No hay más que decir.

–Fantástico. Según tu definición, yo tampoco –Dominik la miró y esperó no parecer tan voraz como se sentía–. Podemos no tener impulsos sexuales juntos...

Ella parpadeó antes de fruncir el ceño.

–No creo...

–Si quieres, podemos poner reglas –le tocó sonreír a él para embaucarla–. Regla número uno, como ya he dicho, tienes que dejarme que te bese cuando y como quiera. Regla número dos, cuando no quieras que siga besándote, me dirás que pare. Eso es todo, eso es lo único que quiero.

–Pero...

Ella no pudo terminar y él lo tomó como una victoria.

–A cambio, Caperucita, yo iré a Inglaterra y representaré el papel de hermano perdido a satisfacción de tu jefe. ¿Qué crees que implicará eso? ¿Tendré que mostrar mi lealtad en público o bastará con que me corte bien el pelo para que no desentone con la rancia aristocracia?

Lauren pareció quedarse aturdida por un instante y si él hubiese tenido la tentación de imaginarse a sí mismo como un hombre bueno, y no la tenía, se lo pensaría mejor, porque le gustaba verla así, con los labios separados y los ojos fuera de las órbitas, como si no supiera qué hacer consigo misma. Le gustaba mucho.

–No entiendo por qué pide un beso cuando podría conseguir cualquier cosa.

Él notó que su propia sonrisa se afilaba.

–No puedes comprarme, Lauren, pero sí puedes besarme.

Pareció como si ella titubeara, pero luego, al cabo de un momento, pareció como si se lo planteara, lo cual, para Dominik, fue como si sintiera las manos de ella por todo el cuerpo.

–¿Cuánto tiempo cree que durará este acuerdo?

-Hasta que tu querido señor Combe quiera que yo siga en el candelero, supongo.

-Y me da su palabra de que parará cuando se lo diga...

-No sería digno de llamarme un hombre si no lo hiciera -le interrumpió él sin alterarse-.

Hay palabras que describen a quienes no obedecen unas instrucciones tan claras, pero «hombre» no es una de ellas.

-Lo único que quiere a cambio de la noticia de que es uno de los hombres más ricos del mundo es un beso -comentó ella como si eligiera las palabras con mucho cuidado-. Me parece bien si es lo que quiere, supongo que no puede darse muchos besos aquí, dejado de la mano de Dios, pero ¿por qué me elige a mí?

Dominik tuvo que contener su vanidad masculina para no decirle que no tenía ni el más mínimo problema para encontrar mujeres, que esa cabaña era un retiro voluntario, no una sentencia impuesta desde lo más alto.

-¿Qué puedo decir? Siempre he tenido debilidad por Caperucita Roja.

Ella suspiró, pero acabó convirtiéndose en una risa fugaz.

-Muy bien, si eso es lo que quiere, lo besaré, pero saldremos hacia Inglaterra lo antes posible.

-Como quieras, pero antes, el beso prometido.

Capítulo 4

LAUREN ESTABA perpleja. ¿Por qué iba a querer alguien un beso, o una serie de besos, cuando habría podido pedir tantas otras cosas, cuando, gracias a las fortunas de los Combe y los San Giacomo, tenía el mundo a sus pies?

Había conocido a muchos hombres importantes a lo largo de su trabajo y se consideraba una especialista en el comportamiento de los hombres que se consideraban poderosos, pero no había conocido a nadie como Dominik James. Que ella supiera, no tenía ningún poder, pero actuaba como si fuese el rey del mundo, y no tenía sentido.

Sin embargo, daba igual. No había ido para entender a ese hombre, solo tenía que llevarlo a Londres aunque se sintiera mucho menos firme de lo que fingía.

-¿Ahora? -Lauren miró alrededor como si el sentido común estuviese escondido por ahí-. ¿Quiere que lo bese ahora?

Dominik estaba repantingado enfrente de ella con un brillo en los ojos grises, aunque tenía una expresión seria en la cara. Se dio unas palmadas en la rodilla y la línea firme de los labios esbozó lo que a ella le pareció que casi era una sonrisa.

Se levantó sintiendo todavía esa extraña sensación inestable en el cuerpo. Se sentía como cuando se ponía unos zapatos nuevos que le encantaban. Hacían que se sintiera... casi peligrosa. Siempre le había encantado esa sensación porque, seguramente, era lo que tenía que sentir una mujer.

Siempre había pensado que si Matteo la mirase alguna vez como ella miraba sus zapatos, se sentiría así, pero no lo había hecho jamás.

No entendía por qué lo sentía en ese momento, en una cabaña en medio de un bosque, ni por qué estaba tan empeñado Dominik en estropearlo con otro beso.

Efectivamente, el beso que le había dado en el claro había sido muy distinto a los besos poco entusiastas de su juventud, pero ella sabía que eso no duraría porque nunca duraba. Sabía que, antes o después, él iría a más y ella iría perdiendo el interés.

Siempre había pasado lo mismo, siempre había comprobado que pensar en los besos era preferible a la desdichada realidad del beso en sí.

Prefería ese preciso instante, cuando un hombre la miraba y se imaginaba que era una mujer deseable, femenina y capaz de sentir todas esas cosas que sentían las mujeres de

verdad, capaz de desear y que la desearan cuando la verdad era que no era capaz de desear.

Sin embargo, él ya la había besado y sabía lo que había aceptado... y besar a Dominik no había sido tan desagradable como había sido siempre en el pasado. Al contrario...

Dejó de pensar en eso. Se sentía acalorada y desarbolada por la inesperada caminata. No estaba acostumbrada a sentir esas cosas por todo el cuerpo, nada más.

–Es posible que no lo sepas porque te espanta besarte, pero es algo que, normalmente, no se hace de pie y desde extremo opuesto del cuarto.

Ella notó el tono burlón en todos los rincones del cuerpo que la caminata había sensibilizado, y tampoco entendió eso.

–¿Espera que me siente en sus rodillas? –preguntó ella sin disimular el asombro.

–Donde, cuando y como quiera –le recordó él con delicadeza y un destello en los ojos.

Lauren era eficiente por encima de todo. Nunca la habían deseado, eso era verdad, y carecía de lo que había que tener para desear a alguien como hacían los demás tan fácilmente... y por eso había aprendido a que, a cambio, la necesitaran.

Había decidido ser secretaria personal porque la mejor manera de que la necesitaran todo el rato era tomar las riendas de la vida de alguien. Le gustaban los riesgos de la vida empresarial, pero lo que le encantaba era que Matteo la necesitara de verdad. Si ella no hacía su trabajo, él no podía hacer el suyo.

También necesitaba que ella hiciera eso. Quería a su hermano en el redil, dócil y preparado para que hiciera frente a la prensa, y ella podía conseguirlo.

Además, si sentía algo por dentro, una especie de presagio o algo mucho más dulce y peligroso, no le hizo caso.

El fuego de la chimenea le pareció más caliente de repente, como si le quemara el costado del cuerpo y de la cara. Nunca se había sentado en las rodillas de un hombre ni le había apetecido lo más mínimo, y Dominik no facilitaba las cosas. Se limitaba a mirarla y ya no sonreía siquiera, solo quedaba un resto plateado en el gris impenetrable de su mirada.

Se colocó entre sus piernas, que las tenía extendidas como si quisiera que ella se maravillara por su longitud y su fuerza, y fue bajando con una mano apoyada en él para sentarse.

–¿Piensas besarme en esta posición? –Lauren habría jurado que él estaba riéndose de ella, aunque tenía un gesto serio–. Sabrás que los labios tienen que encontrarse para besarse, ¿no?

Él la había besado con mucha naturalidad en el bosque y en ese momento, cuando lo pensaba, se daba cuenta de que ella no había empezado a dar un beso nunca, que siempre había sido la receptora, pero había algo en ella que se negaba a contárselo a él. Era lo mismo que sentía como bochorno, tenía que ser bochorno, entre las piernas.

Estaba sentada sobre sus muslos duros y musculosos, devastadoramente cálidos debajo de ella, y no podía dejar de retorcerse. Además, cuando lo hacía, sentía una vibración tensa,

como eléctrica, entre ellos.

El fuego de la chimenea era abrasador, sentía unas llamas que le subían y bajaban por los brazos, pero, curiosamente, no le dolían. Las quemaduras deberían doler, claro, pero, en ese caso, solo la dejaban sin respiración.

Se acercó al muro de su pecho y se giró para estar a la altura de su cara y lo bastante cerca para besarlo. Al menos, le pareció que era la distancia correcta porque no había experimentado nunca con esa posición.

Él se movió un poco para agarrarla con suavidad de la cintura y Lauren no encontró ni un solo motivo para que eso hiciera que se estremeciera... de arriba abajo.

Tragó saliva cuando percibió demasiadas cosas; esos dedos largos y fuertes que la marcaban a través de la fina protección de la blusa; el hierro forjado de su cuerpo debajo de ella que hacía que palpitará y se derritiera en sitios donde nunca había sentido nada...

Así, tan cerca y sabiendo que iban a besarse enseguida, se fijó en cosas en las que no se había fijado antes. Los rasgos increíbles de su rostro, desde los prominentes pómulos hasta la línea de la nariz, desde la viril firmeza de su barbilla hasta el pelo tupido y desordenado en el que, por algún motivo, anhelaba introducir los dedos.

Los latidos del corazón se hicieron más lentos, pero más ruidosos y más fuertes, como si quisiera escaparse del pecho.

Miró esos ojos grises e implacables, aunque no sabía qué estaba buscando. Todavía ardía por dentro y por fuera, pero el calor le llegaba de todos lados, no solo de la chimenea.

Despacio, con cuidado, fue bajando la boca y pegó los labios a los de él.

Se quedaron así durante un rato. Ella temblaba por dentro y sentía la firmeza de sus labios, y pensó con satisfacción que era más fácil de lo que se había esperado...

Hasta que él ladeó la cabeza y no la besó como había besado ella, con pausas y titubeos. Él sonrió sobre su boca, se abrió paso con la lengua y Lauren... ardió en llamas. Fue como si la cabaña se hubiese incendiado y ella estuviese atrapada en la llamarada.

No podía pegarse más a él, que la agarraba de la espalda para estrecharla con más fuerza todavía. Ella dejó que sus manos fueran adonde quisieran, a sus hombros anchos y poderosos, a su mandíbula deliciosamente áspera, a ese maravilloso pelo oscuro como seda salvaje...

Aun así, él seguía besándola con indolencia y exhaustivamente a la vez, hasta que se encontró respondiendo a cada acometida de la lengua de él, hasta que ella inclinó la cabeza para encontrar la mejor postura, como si fuesen dos elementos que se ensamblaban aunque estaban hechos de fuego, embriagadores y peligrosos a la vez.

En teoría, ella era quien debería estar besándolo y eso solo era un acuerdo... pero se olvidó. Se olvidó de todo menos del sabor de él, de su fuerza y ese fuego que la abrasaba hasta que creyó que podría arder en llamas.

Sintió un anhelo distinto, uno más punzante que la dominó de los pies a la cabeza y la

derritió entre las piernas, allí donde palpitaba con una intensidad que no podía ser bochorno...

Apartó los labios de los de él, estaba perpleja y avergonzada y sentía algo más que la rasgaba por dentro, algo parecido al pesar.

Por un momento, solo existió ese fuego casi insoportable entre ellos. Los ojos de él eran brillantes como la plata y estaban clavados en ella. Su boca era una tentación y un horror, y ella no entendía cómo estaba pasando todo eso. No entendía casi nada, y menos a sí misma.

-Lo prometió -consiguió decir Lauren.

Seguramente, se pasaría el resto de su vida reviviendo lo perdida y pequeña que parecía y lo poco que le parecía que le quedaba para poder arreglarlo... o para volver a ser la mujer eficiente y resolutiva que había sido.

-Lo prometí -reconoció él.

Su voz fue ronca y sombría y ella volvió a estremecerse de los pies a la cabeza.

-Lo prometió y ya ha incumplido la promesa. No ha tardado ni...

Ella no pudo seguir cuando él la agarró con delicadeza de la coleta y tiró de ella.

-¿Qué promesa he incumplido? -le preguntó él.

-Un beso -contestó ella con firmeza.

Ella sintió un escalofrío cuando él sonrió con un brillo muy elocuente en los ojos plateados.

-Tú eras la que tenías que decir que parara, Caperucita. No recuerdo que dijeras nada parecido, ¿tú?

Una vez más, se quedó estupefacta y no pudo reaccionar, solo pudo mirarlo boquiabierta porque tenía razón. No había dicho nada en absoluto.

Entonces, se apartó de él de una manera que podría haberle parecido cómica si no hubiese estado absolutamente desesperada por alejarse de ese hombre con el que había hecho un pacto diabólico.

-Eso fue lo que acordamos, ¿no? -preguntó Dominik en el mismo tono afable y burlón mientras ella se ponía detrás de la butaca que estaba enfrente de él-. Espero que no vayas a decirme que ya te arrepientes de nuestro trato...

Lauren no creía en los cuentos infantiles, pero, al mirar a ese hombre que había conseguido que fuera una desconocida para sí misma y que creyera que podría controlar algo que iba a abrasarla viva, se dio cuenta de que había estado pensando en el tipo de cuento equivocado.

Había cuentos muy bonitos con vestidos largos y ratones que cantaban, en los que todo eran princesas y números musicales, en los que acababan felices y comiendo perdices.

Sin embargo, no eran los cuentos originales, que eran mucho más sombríos, versiones más antiguas con abundante sangre, sacrificios y finales más lúgubres, con bosques que te

tragaban entera, con espinos que te robaban cien años de vida, con brujas a las que había que pagar precios desorbitados, con niños que se iban para pagar las deudas de sus padres de las maneras más terribles...

También había hombres como Dominik, que miraban con un brillo malicioso y penetrante en los ojos, que vivían en casas remotas y que las niñas prudentes no intentaban encontrar.

Ella, sin embargo, había hecho caso omiso de todas las advertencias, de que fuese tan difícil encontrarlo, de la sorpresa del posadero al enterarse de que alguien estaba buscándolo, de ese maldito sendero tan escabroso por el bosque...

Se había empeñado en demostrarle lealtad y eficiencia a Matteo en ese momento tan complicado de su vida. Si él quería encontrar a su hermano mayor perdido desde hacía tanto tiempo, ella le llevaría a ese hermano mayor como fuera y, una vez más, demostraría que ella, y solo ella, podía darle siempre lo que necesitaba... porque a ella le encantaba ser indispensable.

Entendió entonces, con una sacudida por dentro, que Dominik había sido su destino en cuanto Matteo lo mencionó, que se había lanzado de cabeza sin pensar un segundo en su propia seguridad. Ese trato que había hecho y lo que haría de ella...

También supo, con la misma sacudida y una especie de vértigo, que ya era demasiado tarde para escapar de lo que ella misma había empezado.

-No me arrepiento de nada -mintió ella haciendo un esfuerzo para aguantarle la mirada-, pero tenemos que volver ya a Inglaterra, como acordamos.

Él no movió los labios, pero, aun así, ella pudo ver su sonrisa, sus colmillos, como si ya hubiese dado el primer mordisco.

-Claro -dijo él sin inmutarse-. Siempre cumplo mis promesas, Lauren. Harías bien en recordarlo.

Capítulo 5

BAJARON DE la montaña en el todoterreno que Dominik guardaba detrás de la cabaña, llegaron al avión privado que Lauren había dejado en el aeródromo más cercano y comprendió que... se había dejado arrastrar.

Una vez fuera del bosque, la idea de que había dejado que los árboles se le metieran en la cabeza le pareció el colmo de la necedad. Era una mujer pragmática, no era impulsiva. Había sido la mezcla de la caminata con zapatos de tacones y un hombre que consideraba que los besos eran una moneda de curso legal, todas esas rarezas se habían adueñado de ella.

Se lo repitió una y otra vez y cuando subieron al avión ya había recuperado la compostura. Se sentía cómoda en el avión de Industrias Combe, en su elemento. Se dejó caer en su asiento habitual, contestó los correos electrónicos y le comunicó a Matteo que no solo había encontrado a su hermano, sino que muy pronto lo tendría en Inglaterra, como le había pedido.

Era increíble que volviera a sentirse ella misma solo por haber llevado a cabo unas tareas elementales, como si esa criatura desconocida que había sido en las rodillas de un desconocido no existiera en absoluto.

Se enfrascó en el trabajo que la esperaba y le encantó que le diese la oportunidad de seguir fingiendo que no tenía ni idea de quién había sido aquella chica que se dejó llevar por el desenfreno sobre las rodillas de Dominik.

Cuanto más se alejaban del bosque, más lejos se sentía de aquellas sensaciones disparatadas que se habían despertado en ella.

Cuentos de hadas... Por el amor de Dios, ¿en qué había estado pensando?

Decidió que haría todo lo que estuviera en su mano para no volver a caer en semejante despropósito, independientemente del trato que hubiese hecho para montar a Dominik en ese avión.

Sin embargo, durante el vuelo, a pesar de lo mucho que intentó concentrarse en la pantalla de su ordenador y del montón de correos que exigían su atención inmediata, sentía la presencia de Dominik y de su mirada pensativa que la seguía permanentemente... y, lo que era peor, del calor que iba a adueñándose de ella hasta que temió que pudiera

reventar.

Otra sandez de cuentos de hadas. Las personas no reventaban sintieran lo que sintiesen.

Eso era lo que pasaba por ir de un lado a otro por la naturaleza. Demasiado aire puro la había trastornado.

Se sintió más ella misma todavía una vez en Londres. Tranquila, competente, segura de sí misma y felizmente rodeada de asfalto, hormigón y edificios de ladrillo. Sólidos recordatorios del mundo que conocía y que prefería habitar.

–Las verdes colinas de Inglaterra resultan ser montones de barro y charcos grises, qué decepción –comentó Dominik al lado de ella en el asiento trasero del coche que los había recogido en un aeródromo privado de Londres.

Lauren se felicitó a sí misma por no reaccionar en absoluto. Él solo compartía el coche con ella por motivos de trabajo.

–Seguramente sepa que en Inglaterra llueve mucho –replicó ella riéndose ligeramente.

Ella habría jurado que era imposible que algo le desviara la atención del móvil, pero cada célula de su cuerpo se puso en alerta cuando Dominik se giró para ponerse de frente a ella. No pudo fingir que no se daba cuenta de que su cuerpo se apoderaba del espacio del coche, de que sus piernas eran demasiado largas y de que sus botas la fascinaban. Parecían muy prácticas e implacablemente masculinas.

Ni siquiera consiguió llegar a pensar en el resto de él. Esas extremidades largas y musculosas, toda la fuerza que bullía en él y que le sorprendía que pudiera contener...

No se sentaba como un San Giacomo. Quizá se pareciera a uno de ellos, en una versión más asilvestrada, pero era mucho más... elemental. Matteo y Pia, su hermana, tenían esos mismos ojos grises y alguna vez parecían tormentosos, pero no podía evitar pensar que Dominik era una tormenta y su cuerpo reaccionaba en consonancia, con un hormigueo de inquietud, o quizá fuera con una descarga eléctrica... con un rayo, le susurró algo por dentro.

–¿Qué va a pasar ahora?

Dominik lo preguntó con indiferencia, ella creía que le daba igual lo que fuese a pasar en ese momento o en cualquier otro momento, que todo eso era un juego para él, como lo era ella.

Eso la puso nerviosa y no se le pasó aunque se riñó por sentir algo. Intentó serenar los nervios, los nervios en los que no creía, y lo miró con seriedad.

–¿Qué le gustaría que pasara?

Lauren seguía sin saber por qué se sentía frágil como el cristal.

–Doy por supuesto que estás camino de dejarme sano y salvo en manos de mi cariñosa y acogedora familia –él esbozó una sonrisa tan afilada que se le clavó por dentro-. ¿Se sacrificará un ternero para celebrar mi regreso?

–Estoy llevándole a la sede social de Industrias Combe en Londres –le explicó Lauren con

toda la firmeza que pudo cuando solo podía concentrarse en su gesto sarcástico-. Una vez allí, esperaremos las instrucciones del señor Combe.

-Instrucciones -repitió Dominik en tono burlón y sombrío-. Estoy impaciente...

Lauren agarró su móvil con tanta fuerza que tuvo que soltarlo cuando se hizo daño.

-El señor Combe no está en Inglaterra en este momento -ella no supo por qué estaba diciéndoselo en ese momento y no había esperado a que estuviera a salvo en las oficinas-. Está en Perth, Australia. Está visitando personalmente todas y cada una de las oficinas de Industrias Combe.

Si Lauren había esperado que Matteo se hubiese montado en un avión para volver en cuanto ella le comunicó la noticia de que había encontrado a su hermano, no dijo nada cuando Matteo no dio ningún indicio de que fuese a hacer algo así. Le pareció una deslealtad que eso le resultara desalentador, pero lo hizo.

-¿El santo ejemplar no está en Inglaterra? -preguntó él sin abandonar el tono burlón-. Entonces, ¿cómo vamos a cumplir sus deseos si no está aquí para transmitírnoslos?

-Puede transmitir sus deseos cuando quiera -le tranquilizó ella-. En realidad, mi trabajo consiste en que pueda hacerlo esté donde esté. Sabrá exactamente lo que espera de usted.

Fue un error decir eso, pero no se dio cuenta hasta que las palabras ya estaban flotando entre los dos y Dominik la miraba con un brillo plateado en los ojos.

-Entre tú y yo, Caperucita, nunca me ha gustado que esperen algo de mí -replicó él en una voz demasiado baja, demasiado insinuante, para la tranquilidad de espíritu de ella-. Prefiero abrir mi propio camino.

-En la familia San Giacomo no se abren caminos -Lauren lo dijo con demasiada vehemencia, pero intentó permanecer impassible cuando él arqueó las cejas-. Los San Giacomo llevan existiendo desde hace siglos y llegaron a tener un poder económico muy importante durante el imperio veneciano. Si bien es posible que el poder económico haya ido mermando a lo largo de tiempo, el capital social permanece.

-Parece maravilloso -murmuró Dominik-. Además, estoy seguro de que consiguieron todo ello sin una gota de sangre inocente en las manos.

-Naturalmente, no sé lo que hizo la familia San Giacomo en el siglo octavo, pero creo que Matteo Combe le parecerá un hombre bueno e íntegro.

-Y tú eres su mayor defensora. Desde luego, tiene que pagarte muy bien.

-Le gusten o no lo que esperen de usted, me temo que la sangre que lleva en las venas implica que tiene que plegarse.

-¿De verdad?

El brillo burlón de sus ojos plateados contrastó con la lluvia que caía fuera.

-En este momento, hay más miradas que de costumbre sobre los San Giacomo -contestó Lauren, que no estaba nerviosa. ¿Por qué iba a estarlo?

-A mí me parece que esas miradas están más dirigidas hacia la rama de los Combe -

replicó Dominik al cabo de un rato-. Menos poderío veneciano y más camorrista de Yorkshire, si no recuerdo mal.

Lauren no se crispó al instante, algo que le pareció otra deslealtad por su parte.

-No creo que haya un patrón de comportamiento para los hombres en el sepelio de su padre -comentó ella sin inmutarse-. Sobre todo, cuando su madre había muerto solo unas semanas antes.

-No puedo saberlo -la voz de Dominik ya no era indolente ni mucho menos-. Nunca he conocido a nadie que me reconociera como hijo suyo.

Lauren lo recibió como una bofetada. Peor aún, sintió un arrebató de vergüenza, como si se mereciera la bofetada que no le había dado en realidad.

-¿Por qué no esperamos a tener esta discusión...?

-¿Es una discusión? -le interrumpió Dominik entre risas-. Eres muy susceptible, Caperucita. Yo lo habría llamado una conversación, y amigable...

- ...hasta que estemos en la oficina y podamos hablar con el señor Combe -siguió ella-. Él podrá contestar a todas esas preguntas en mi lugar, lo cual, me parece más indicado.

-Fantástico -él hizo una mueca con la boca que ella solo pudo calificar de desafiante-. Bésame.

Ella se había convencido de verdad de que aquel trato había sido una especie de sueño provocado por la caminata, una pesadilla provocada por un bosque húngaro, la altitud y el exceso de naturaleza. Había estado segura.

Aunque una vocecilla por dentro le dijera que era una mentirosa.

-No puede pretender que... ahora... aquí...

-¿Voy a tener que decírtelo todas las veces? -Dominik lo preguntó con delicadeza pero con una expresión intensa en el rostro-. Cuando, donde y como quiera. Vamos, Lauren, ¿eres una mujer de palabra o no?

Era peor allí, en el asiento trasero de un utilitario como otros muchos utilitarios que había utilizado en esa misma autopista, allí, en Inglaterra, a las afueras de Londres, donde se enorgullecía de su profesionalidad, su eficiencia y su competencia, donde se había construido una vida sobre necesidades que podía satisfacer, y las satisfacía.

Todavía no había averiguado quién era la Lauren Isadora Clarke que había besado a ese hombre con tanto desenfreno y voracidad, pero le conmocionaba que el cuento de hadas que se negaba a aceptar se entrometiera en su vida real, y el alma se la cayó a los pies en picado.

Dominik sacudió la cabeza con tristeza y chascó la lengua, como si pudiera leer en su cara lo que estaba pensando.

-Lauren, aceptaste el trato. No sirve de nada que de repente finjas que te parece repugnante. Al fin y al cabo, es como si los besos hicieran que sientas algo.

Eso hizo que se librara del yugo del espanto... porque se dijo que eso tenía que ser, eso

era esa sensación desenfadada y vertiginosa que hacía que se sintiera embriagada, que la espabilaba y no se paraba a preguntarse por qué estaba decidida a que ese hombre no supiera nunca que sus besos eran los únicos que la habían afectado lo más mínimo.

Era una información que él no tenía por qué saber, y que ella tampoco quería reconocerse casi.

Se abalanzó al otro lado del asiento trasero decidida a hacer lo que había prometido que haría, pasara lo que pasase. Así, él no sabría nunca que si no quería hacerlo, no era precisamente porque la aburriera como ella quería que la aburriera.

Dominik la atrapó cuando cayó sobre su pecho y la giró para ponérsela sobre las rodillas, lo cual lo complicó todo. Estaba muy duro. Notaba los muslos como el acero y esa protuberancia pétrea que brotaba entre ellos... y ella se sentía... completamente derretida.

Además, la cautivaba con el brillo plateado de los ojos y las manos en la cintura.

–Ya sé que sabes hacerlo, Caperucita –la voz de él fue una ligera provocación–. ¿O acaso estás intentando jugar conmigo?

–No juego –contestó ella en tono tenso.

Como si así, con un tono gélido y una postura adecuada, pudiera hacer que esa situación imposible se volviera favorable a ella... o que, al menos, no la arrastrara por completo.

–Hay muchas cosas que no haces –murmuró Dominik con un sarcasmo sombrío–, hasta que las haces.

Lauren quería que dejase de hablar y que eso pasara lo antes posible. Entonces, de repente, las dos cosas se mezclaron e hicieron que le pareciera una buena idea levantar las manos y tomarle la cara con ellas.

Él dejó de hablar, pero el problema fue que el cerebro de ella también dejó de funcionar.

Estaba total y absolutamente fascinada con su mentón, maravillada con la sensación áspera de las mejillas sin afeitar.

Algo abrasador fue desplegándose por dentro de ella hasta que llegó al rincón más remoto de su cuerpo.

Miró con detenimiento el arco de sus pómulos y el contorno carnoso de sus labios y sintió un estremecimiento en sitios que ni siquiera sabía que tenía. Entonces, tuvo la disparatada necesidad de... frotarse contra él, pero se limitó a besarlo.

Tenía la vaga intención de darle un beso fugaz y apartarse, pero se olvidó en cuanto volvió a saborearlo. Su boca era una tentación y un pecado a la vez y su sabor y calidez la mareaban.

Él la mareaba, punto.

Ladeó la cabeza para profundizar el beso, como él le había enseñado y, durante un rato, todo se desvaneció en la parte trasera de ese coche que se movía por las calles de Londres, solo quedó el roce de su lengua con la de él, sus respiraciones entremezcladas, esa cosa vibrante que los envolvía, que se filtraba en ella, que la estremecía y que hacía que temiera

que no volvería a ser la misma, que cambiaría para siempre.

Ella lo besó y él la besó, y cuando separó la boca de la de él, esperó que él hiciera lo mismo, pero no lo hizo. Le pasó el pulgar por los labios con un brillo impasible en los ojos.

–Buena chica –ella supo que estaba intentando provocarla–, me gusta saber que cumples tu promesa aunque hayas conseguido lo que quieres.

–Soy una mujer de palabra, señor James –replicó ella con energía, recordándose a sí misma.

Entonces, le resultó insoportable estar sentada encima de él y sentir su anatomía tan íntimamente pegada a ella. Se retiró y sospechó que él había dejado que lo hiciera antes de mirarla como si pudiera ver dentro de ella... y lo malo era que ella creía que podía.

Era inaceptable.

–Lo único que tiene que importarle es que pronto se reunirá por primera vez con su familia –siguió ella con el ceño fruncido–. No sería raro que tuviera algún sentimiento...

–No tengo el más mínimo sentimiento.

–Entiendo que podría querer...

–No entiendes –él la interrumpió sin brusquedad, pero sí con firmeza–. Me crié en un orfanato, Lauren, como un huérfano. Eso significa que me dijeron que mis padres habían muerto. Cuando fui algo mayor, me enteré de que podían estar vivos, pero que no querían saber nada de mí. Me lo creía porque no había ido nadie a buscarme. No sé qué reunión emotiva crees que voy a tener con esa gente.

Lauren se quedó espantada porque una parte de sí misma quiso tocarlo, y era otra cosa que no tenía ningún sentido.

–Tiene razón, no puedo entenderlo, pero sí sé que el señor Combe hará todo lo que pueda para que la transición sea fácil para usted.

–Estás muy segura de tu señor Combe y de lo que piensa...

–He trabajado mucho tiempo para él.

–Y con mucha dedicación. ¿Qué ha hecho él exactamente para merecerse tu apoyo incondicional?

Ella dobló los dedos de los pies dentro de los zapatos y no supo por qué, pero se sintió transparente, como si él pudiera ver hasta lo más mínimo de ella.

Lauren no quería que la conociera así y la mera idea la aterraba.

–Entiendo –siguió Dominik en un tono sombrío, pero distinto–. Me dijiste con mucha seguridad que no tenías impulsos sexuales, pero estás enamorada de tu jefe. ¿Cómo se conjuga eso exactamente?

–Yo no estoy... –Lauren estaba tan aterrada que no pudo terminar la frase–. Nunca...

Quería bajar la ventanilla para que entrara el aire frío y así poder respirar otra vez, pero no podía moverse, era como si el cuerpo no obedeciera sus órdenes.

–Matteo Combe es uno de los mejores hombres que he conocido. Me gusta trabajar para

él, nada más.

Jamás habría dicho que estaba enamorada de él y, desde luego, jamás habría pensado en él de una forma sexual, le parecía como una violación de todos los años que habían trabajado juntos.

Solo quería que la viera como a una mujer, y era lo único que había querido siempre. Que no la viera solo como a su agenda parlante.

-¿Y ese hombre ejemplar no puede volver para conocer al hermano que, según tú, buscaba con tanto entusiasmo? Es posible, Lauren, que no conozcas tan bien como creías al hombre del que estás enamorada.

-Lo conozco todo lo bien que necesito conocerlo.

-Y yo sé que no te ha... saboreado. ¿Verdad? -le preguntó Dominik con toda su falta de misericordia.

Ella quiso gritar, quiso... hacer algo con toda esa inquietud que sentía por dentro. No podía casi respirar, estaba tan sonrojada que le parecía que podría iluminar toda la ciudad.

-Quien calla otorga, Caperucita -murmuró Dominik con lo que a ella le pareció satisfacción.

Lauren sintió un alivio inconmensurable cuando el coche se detuvo delante del edificio de Industrias Combe y no tuvo que buscar alguna réplica, y no lo disimuló cuando abrió la puerta y se bajó apresuradamente para intentar, sin conseguirlo, recuperar la respiración y recuperarse de la tormenta que era Dominik James.

Capítulo 6

NO HABÍA la menor duda de que el hombre de la pantalla era el hermano de Dominik. Era evidente por la forma del mentón y el color gris de los ojos, aunque tenía el pelo más corto y cada detalle dejaba ver lo rico que era y el elevado concepto que tenía de sí mismo. El reloj que llevaba, el corte del traje, su forma de sentarse, como si su trasero hiciera que cualquier sitio donde se posara se convirtiera en un trono...

Ese... aristócrata era el primer familiar que Dominik había conocido, aunque fuese a través de una pantalla, y no podía imaginarse a nadie más diametralmente opuesto a él. Él, quien había tenido que luchar y sufrir por todo lo que había conseguido y un hombre que, por lo que parecía, no había parpadeado siquiera sin el respaldo de algún empleado especializado.

Se miraron el uno al otro durante lo que pareció una eternidad.

Dominik estaba en el despacho de Lauren, un despacho amplio, moderno y amueblado para que cualquiera que entrara supiera que ella era muy importante en sí misma y que lo era más todavía como guardiana del despacho que había a continuación, más imponente todavía.

Nadie tuvo que decirle a Dominik que era el despacho de Matteo Combe, su único hermano, que él supiera, el hombre que había recibido las ventajas de la sangre que compartían mientras él solo había recibido la deshonra.

Matteo Combe, a quien Lauren obedecía con los ojos cerrados.

Decidió al instante que no le gustaba el hombre de la pantalla.

-Te habría reconocido en cualquier sitio -comentó Matteo después de que se hubiesen observado un buen rato.

A Dominik le habría fastidiado admitir que también lo habría reconocido y decidió no admitirlo.

-Hermano -replicó Dominik en un tono casi insultante-, qué placer casi conocerte.

Poco después de esa reunión tan cordial, cuando Lauren lo acompañó fuera del despacho, él se sentó en la sala de espera, más bonita que la más bonita que había visto de un médico, y reflexionó sobre lo poco que había pensado en eso, en que, de repente, tenía una familia de verdad. Solo había pensado en Lauren desde que ella entró en su claro del bosque.

Cuando había buscado a sus padres, enseguida había averiguado que el joven que tuvo la osadía de dejar embarazada a una heredera muy por encima de su posición había muerto en un accidente en una plataforma petrolífera cuando tenía poco más de veinte años. Había tenido que irse a trabajar a una plataforma petrolífera porque no había podido seguir sus estudios en Europa después de que se hubiese descubierto su relación con Alexandrina.

Luego, cuando había averiguado todo sobre los Combe y los San Giacomo con muy poco esfuerzo, lo cual significaba que ellos habrían podido hacer lo mismo, no había querido saber nada de ellos porque no quería nada de ellos, solo había que ver lo que le habían hecho al muchacho que había sido su padre. Se habían deshecho de los dos, de distintas maneras, y él había dejado muy atrás el montón de basura donde lo habían abandonado. El otro hijo y la hija de su madre, a quienes habían mimado y consentido durante todo ese tiempo en vez de a él, no eran nada, ¿qué sentido tenía reunirse con ellos para hablar de los pecados de Alexandrina?

Estaba más que satisfecho por haber sobresalido por sus medios, sin ninguna relación con esas grandes familias que podría haberlo ayudado a salir del arroyo y que no lo hicieron, probablemente, porque fueron quienes lo arrojaron allí.

Sin embargo, no se le había ocurrido prepararse para mirar la cara de otro hombre y ver... la suya misma. Era desconcertante, por decirlo suavemente.

Era evidente que tenían padres distintos, pero no podía pasarse por alto que Matteo Combe y él compartían parte de la sangre. Frunció el ceño porque era algo que le pesaba mucho.

Entonces, dirigió el ceño fruncido hacia la pantalla en el despacho de Lauren, donde Matteo, mayor que de tamaño natural, y Lauren, que estaba delante de él, discutían.

No hacía falta que oyera lo que ella estaba diciendo para saber que estaba discutiendo. Ya sabía algunos de sus secretos, ya sabía las distintas formas que le daba a la boca y la arruga que se le formaba entre las cejas y que transmitía su irritación. Sabía con certeza el aspecto que tenía cuando estaba alterada... y se dio cuenta de que no le importaba gran cosa lo que ella sentía por su jefe, lo llamara como lo llamase. El jefe de ella... Su hermano...

–¿Es uno de esos con los que experimentaste? –le preguntó él cuando ella salió de su despacho con la pantalla en blanco.

Tenía el ceño más fruncido que antes y era algo que no debería haberle parecido divertido, sobre todo, cuando él no había tenido el placer de ser el causante.

Se dejó caer sobre el respaldo de la butaca como si estuviese hecha a su medida y la miró fijamente hasta que ella parpadeó con lo que pareció incompreensión.

–Ya he rechazado honrar esa pregunta con una respuesta.

–Como aquí, con tu jefe, lo que más importa es la honra –se negó a llamarlo señor Combe, como hacía ella, porque habría parecido que tenían alguna relación personal–, quiero saber si él fue uno de tus experimentos con los besos.

Lauren se mantuvo inexpresiva un instante, hasta que, para inmenso placer de él, se sonrojó y él no pudo evitar imaginarse todas las maneras que había, mucho más apasionantes, de sonrojarla así.

–Claro que no –contestó ella con frialdad, aunque él sabía que el hielo que había detrás era mentira–. Ya le he dicho que lo admiro, que me gusta al trabajo que hacemos juntos. Nunca he besado...

Ella no siguió y se puso muy recta, pero él tuvo que preguntarse qué habría dicho si no se hubiese callado.

–Usted y yo tenemos que hablar de cosas mucho más serias que unos experimentos con besos, señor James.

–A mí siempre me ha parecido que los besos son un asunto muy serio, ¿quieres que te lo demuestre?

Ella se sonrojó más y él quiso saber hasta dónde llegaría, si el rubor cambiaba cuando bajaba a los pechos y de qué color eran los pezones, si llegaba hasta las caderas y los muslos y a esa dulzura entre ellos. Quería quitarle la suave blusa de seda que llevaba y hacer sus propios experimentos, a fondo...

Además, se daba cuenta perfectamente de que prefería pensar en el cuerpo desnudo de Lauren Clarke que en que hubiese conocido, más o menos, a su hermano. No se engañaba a sí mismo.

Sin embargo, no tenía ninguna necesidad, ni ganas, de abrirse en canal y buscar al huérfano solitario que llevaba dentro.

–El señor Combe cree que lo mejor es que vayamos a la mansión de los Combe. Es su residencia en Yorkshire, donde la familia de su padre alcanzó prestigio. Entiende que usted no es un Combe, pero cree que, en este momento, llevarlo a alguna de las posesiones de los San Giacomo podría dar mucho que hablar.

Dominik entendió que lo más importante de lo que había dicho Lauren era «en este momento». Eso y cómo lo había dicho; desde la puerta de su despacho, rígida y con la voz casi temblorosa. La observó con detenimiento y vio que se alteraba más todavía, aunque intentó disimularlo... y pensó que lo que más le alegraba de todo era, precisamente, que quisiera disimularlo.

–No sé quiénes creéis que están prestándome tanta atención –comentó Dominik al cabo de un rato–. Hasta ahora, en toda mi vida, nadie se ha fijado en que me parezco mucho a alguien de la familia San Giacomo. No sé por qué eso iba a cambiar de repente.

–Cambiará en cuanto lo vean en una de las residencias de los San Giacomo, como si fuese el mismísimo espectro del pasado de los San Giacomo.

–Se me da muy bien vivir al margen de las miradas indiscretas, Caperucita –él inclinó ligeramente la cabeza–. Podrías haberte dado cuenta...

–Esos días han terminado –ella se puso más recta todavía y él se dio cuenta de que

estaba preparándose para decir algo más-. Es posible que usted no tenga sensación de urgencia, pero le aseguro que el tiempo apremia. Es cuestión de tiempo que se filtre el testamento de Alexandrina porque esas cosas se filtran siempre. Una vez filtrado, los paparazis lo buscarán debajo de las piedras. Tenemos que estar preparados para cuando eso ocurra.

-Yo ya estoy más que preparado, en el sentido de que me da igual.

-Hay toda una serie de cosas que deberíamos hacer antes de que todo salte por los aires.

-Qué divertido... -murmuró él para su propio placer.

Sobre todo, para que los ojos color caramelo de Lauren dejaran escapar un destello de ira, lo que a él le parecía que era lo más sincero de ella.

-Primero, tenemos que conseguir que su aspecto exterior esté a la altura de la sangre San Giacomo que corre por sus venas.

-¿Propone una transformación completa? -preguntó él esbozando una sonrisa-. ¿Al final he acabado en un cuento de hadas?

-Yo no diría tanto. Una visita al sastre y un guardarropa nuevo. Alguna lección de comportamiento sobre algunos asuntos que pueden surgir y, desde luego, un corte de pelo.

-Vaya, Lauren -él sonrió más todavía-, ¿soy la Cenicienta de este cuento? Eso te convierte en mi princesa azul...

-No existe ninguna princesa azul y, si acaso, creo que mi papel aquí es el de hada madrina.

-No recuerdo que Cenicienta y el hada madrina se besaran en la boca -replicó él en tono aterciopelado-, pero es posible que tus cuentos sean más apasionantes que los míos.

-Me espantan los cuentos de hadas -le espetó ella-. Son historias raras para que los niños sean dóciles y obedientes y para responsabilizarlos por todo lo que les pasa si no lo son. Además, también tenemos que casarnos.

Eso se quedó flotando entre ellos. Dominik tenía la mirada clavada en la de ella y, con toda certeza, el rubor se oscureció.

-¿Cómo has dicho? Todo este tumulto urbano debe de estar afectándome -Dominik miró ostentosamente alrededor porque siempre había sabido ser teatral cuando le convenía-. ¿Me has pedido que me case contigo?

-No lo he pedido yo personalmente. Digo que el señor Combe cree que es lo mejor. Primero, contendrá el aluvión de cazafortunas que acudirán como moscas en cuanto se enteren de que usted existe. Segundo, hará que parezca más afable y civilizado porque todo el mundo cree que los hombres casados son menos peligrosos, en cierto sentido, que los solteros. Tercero, y lo más importante, solo será auténtico a efectos legales y nos divorciaremos en cuanto todo se haya sosegado.

Dominik se limitó a mirarla en silencio y con curiosidad durante un momento.

-Vamos, Lauren. Un hombre necesita un poco de romanticismo, no una lista de tres

puntos. Lo mínimo que podrías hacer era doblar una rodilla y decirme alguna cosa bonita.

–¡No estoy pidiéndole que se case conmigo! –Lauren se puso roja–. El señor Combe cree...

–¿Voy a casarme con mi propio hermano? –él se llevó la mano al corazón fingiendo asombro–. ¿Qué familia es esta?

Dominik creyó que a ella iba a estallarle la cabeza, y vio que cerraba los puños a los costados del cuerpo como si esa fuese la única manera de dominarse.

–Aceptó hacer todo lo que se le pidiera –le recordó ella con rabia–. No iré a decirte que va a incumplir el trato ahora, después...

Él supo que había querido decir «después de haberlo besado repetidamente», pero se había callado.

Cuanto más la miraba fijamente sin decir una palabra, más nerviosa se ponía ella y más disfrutaba él, aunque también era posible que eso lo convirtiera en un hombre peor de lo que se había imaginado... y, gracias en parte a las monjas que le habían enseñado la vergüenza y cómo detestarse mejor por existir, se había pasado mucho tiempo afrontando sus peores defectos. El ejército se había ocupado del resto.

En ese momento, conocía muy bien sus debilidades, pero, una vez más, Lauren lo convertía en... algo distinto. Sin embargo, esa era otra cosa en la que no quería concentrarse.

–¿De qué serviría un matrimonio que no es auténtico? –preguntó él como si no le diera importancia–. Para que merezca la pena, la gente necesitará un motivo para creer que es auténtico, ¿no?

La verdad era que jamás había pensado en el matrimonio. No había visto el modelo de las relaciones familiares tradicionales ni en el orfanato ni en las calles de España. No tenía ninguna opinión personal sobre el matrimonio, salvo que le parecía una costumbre desconcertante, que le parecía una idea muy rara que dos personas compartieran sus vidas. Peor aún, que se compartieran ellos mismos y, además, lo llamaran amor.

Lo que él sabía del amor era lo poco que le habían contado las monjas y siempre cargado de decepción y de novenas. El amor iba siempre acompañado de consecuencias desagradables y él se había quedado mucho más contento cuando había dejado atrás todos esos líos y fracasos.

Había llegado a considerarse un ser solitario que estaba solo por elección, no por las circunstancias. La gustaba su propia compañía, le gustaba eludir a los demás y le gustaba la tranquilidad que le daba llevar sus asuntos a su manera, sin la opinión de nadie y según sus deseos o sus caprichos. No daba explicaciones a nadie ni se ataba a nada.

La mera idea de casarse con alguien debería haberle espantado... pero no lo hacía cuando estaba mirando a la mujer que tenía enfrente...

Eso le fastidió, pero no tanto como para marcharse, que era lo que ya tendría que haber

hecho.

Intentó convencerse de que se quedaba porque eso era un juego, una diversión ¿Qué le importaba a él la reputación de los San Giacomo o la opinión pública? Nada.

Sin embargo, le gustaba el sabor de Lauren Clarke cuando se derretía contra él y también le gustaba jugar con ella cuando no se derretía.

–Estamos hablando de una argucia publicitaria y nada más –contestó ella con el ceño fruncido–. Entiende lo que significa eso, ¿verdad? No hay nada de verdad. En realidad, todo es provisional y cuando termine, cada uno seguirá su camino y fingiremos que no ha pasado nunca.

–Pareces desasosegada, Caperucita –murmuró él.

Ella, mientras estaba delante de él, se ponía cada vez más roja, más rígida y más nerviosa, a juzgar por cómo se retorcía las manos.

Él creía que ella no tenía ni la más remota idea de lo que estaba haciendo, algo que le parecía normal porque, evidentemente, él tampoco la tenía. Seguía allí sentado en esa oficina tan elegante, como la que tenía él antes de que vendiera su empresa. Parecía obediente cuando no lo era, como si estuviese prestándose a esa farsa, como si participara sin reservas o nunca la hubiera invitado a entrar en su cabaña y no se hubiese marchado con ella para ir a la triste y lluviosa Inglaterra.

–No diría que estoy desasosegada –la voz de ella, sin embargo, indicaba lo contrario–. Normalmente, los asuntos de trabajo no me parecen desasosegantes, aunque algunas veces sean espinosos, claro.

–Sin embargo, no me convences del todo –él miró cómo se mordía el labio inferior y los gestos de las manos, que indicaban que sentía lo que ella afirmaba no sentir–. A lo mejor tu señor Combe, ese modelo de todas las virtudes que tiene que tener un jefe, se ha excedido un poco, ¿no?

–Claro que no.

Ella pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo con las manos porque volvió a dejarlas a sus costados y subió la barbilla para mirarlo desafiantemente a los ojos y muy recta, algo que, en realidad, no debería parecerle tan divertido como le parecía. ¿Qué tenía esa mujer? ¿Por qué le resultaba tan irresistible a él, que había sobrevivido porque había resistido a todo?

–A lo mejor se ha olvidado, pero prometió que haría todo lo que se le pidiera.

Él dejó de intentar contener la sonrisa.

–Recuerdo muy bien mis promesas, gracias. Me impresiona y me horroriza que tengas un concepto tan bajo de la institución del matrimonio que propongas casarte conmigo en un intento frío y premeditado de engañar a todo el mundo, que, según tú, no va a quitarnos los ojos de encima.

Él sacudió la cabeza como si le hubiese decepcionado completamente, y sintió un placer

incontenible cuando vio que ella apretaba los dientes.

–Me cuesta creer que a usted le importe lo más mínimo engañar a alguien por el motivo que sea, como, por ejemplo, sobre el matrimonio.

–A mí no me importa –Dominik ladeó la cabeza–, pero creo que a ti, sí.

Le pareció que se había apuntado un tanto. Ella se puso más rígida, pero volvió a relajarse inmediatamente como si no quisiera que él lo notara. Sin embargo, las mejillas tomaron ese color delator que le confirmaba que sí le importaba. Aunque la pregunta más interesante era por qué le importaba a él.

–No siento nada en absoluto por el matrimonio –aseguró ella en un tono estridente que a él le costó creerse–. Nunca he aspirado a casarme, pero tampoco me opongo. Si soy sincera, no pienso casi nunca en ese asunto. ¿Está contándome, señor James, que se queda en vela por las noches imaginándose su boda?

–Claro.

En algún momento tendría que pararse a pensar por qué disfrutaba tanto fingiendo ser quien no era. ¿Lo hacía por placer o por sacar de quicio a Lauren?

–¿Quién no ha soñado alguna vez en recorrer el pasillo de una iglesia vestida de tul y encaje para que se diviertan unos conocidos? –añadió él con una sonrisa empalagosa.

–Yo –contestó ella al instante y con cierto tono triunfal.

–Claro, porque no tienes ni el más mínimo sentimiento, como te has cansado de repetirme.

–No soy sentimental, y lo siento si le cuesta aceptarlo.

–No tienes sentimientos sobre el matrimonio, el sexo e, incluso, los besos, independientemente de cómo reacciones cuando los das. Eres un ente vacío capaz de hacer lo que te pida el jefe elegido. Lo entiendo perfectamente, Lauren.

Era evidente que esa descripción no le había gustado, porque entrecerró los ojos y apretó los labios. Dominik sonrió más y más empalagosamente.

–Tu señor Combe es muy afortunado por haber encontrado tanta entrega y carente del inconveniente de los sentimientos por tu parte. Podrías ser un robot montado con trasplantes y con el único objetivo de satisfacer sus necesidades.

Si su mirada hubiese podido matarlo, Dominik habría caído fulminado... y él no entendía por qué se negaba a imaginársela de otro hombre, en ningún sentido.

–Lo que recuerdo del matrimonio de mis padres es mejor no comentarlo entre personas educadas –ella lo dijo en un tono tenso y él se preguntó si se daría cuenta de cómo la delataba eso–. Se divorciaron cuando yo tenía siete años y los dos volvieron a casarse ese mismo año, lo que yo tardé en comprender que significaba que habían pasado página mucho antes de que se hubiese secado la tinta de su divorcio. La verdad era que aguantaron lo que aguantaron porque ninguno de los dos quería quedarse conmigo –ella sacudió la cabeza como si quisiera desprenderse de algo–. Le aseguro que sé mejor que

nadie que la mayoría de los matrimonios solo son una farsa, por mucho tul y boato que conllevan. Eso no me convierte en un robot, me convierte en realista.

Lo dijo de una manera que le llegó muy dentro, aunque no supo por qué, o no quiso saberlo, y lo dejó a un lado.

-¡Fantástico! -exclamó él en cambio-. Así podrás disfrutar mucho más de la farsa de nuestro matrimonio, en toda su cruda realidad.

-Entonces, ¿eso quiere decir que... se casará?

Él no entendía por qué quería tanto que su tono no fuese quebradizo, por qué quería tocarla de una manera que no tenía nada que ver con el fuego que sentía por dentro, que tenía que ver con esa vulnerabilidad que ella no sabía que transmitía con la sombra de sus ojos y la delicadeza de su boca.

-Me casaré... por ti -se oyó decir a sí mismo.

Todas las alarmas saltaron a pleno volumen. Él no hacía nada por los demás. No había nadie tan unido a él como para pedirle un favor así o esperar que se lo hiciera. Nadie se unía a él. Había mantenido la distancia con los demás a cambio de lo que él consideraba tranquilidad. No tenía obligaciones ni generaba expectativas.

Sin embargo, Lauren tenía algo, y le conmovía el esfuerzo que hacía para parecer imperturbable ante la disparatada propuesta de su jefe, como si fuese normal que le ordenara que se casara con su medio hermano desconocido.

Una vocecilla le recordó que si acababa de aceptarlo, ¿qué importaba si era normal o no?

Entonces, al cabo de un rato, ya fue demasiado tarde para retirar lo que había dicho, para matizarlo, para dejar claro que, independientemente de lo que hubiese dicho, no había querido que se tomara como una atadura con esa mujer a la que no conocía casi... y mucho menos con ese jefe de ella que tenía parte de su sangre.

-¿Por mí...?

Fue como si, de repente, ella también hubiese caído en ese sitio extraño y silencioso del que él no podía salir. No quería llamarlo sagrado, pero tampoco se le ocurría otra palabra cuando los ojos color caramelo de ella brillaban como el oro y él sentía una opresión en el pecho.

-Por ti.

Él tuvo la sensación de que estaba cavando su propia tumba, pero eso no lo detuvo. Se dejó caer contra el respaldo y estiró las piernas un poco más con media sonrisa.

-Sin embargo, si quieres que me case contigo, Caperucita, me temo que voy a exigir una petición romántica y en toda la regla.

Ella parpadeó y tragó saliva.

-No puede decirlo en serio...

-No pienso tomar por costumbre casarme. Esto tiene que ser perfecto, lo mejor con lo que vivir el resto de mis días -Dominik señaló con la cabeza la brillante madera que tenía a

los pies-. Adelante, de rodillas, por favor.

Solo era un hombre, y no muy bueno, como ya se había reconocido a sí mismo antes. Era imposible dar esa orden sin imaginarse todas las cosas que podría hacer ella cuando estuviese arrodillada. Tuvo que cambiar de postura para colocar mejor la parte más... ávida de su anatomía.

-Usted estuvo de acuerdo en que este matrimonio será una farsa -replicó ella con la voz ronca-. Usted empleó esa misma palabra. Solo será una argucia publicitaria, como dije yo.

-Sea lo que sea este matrimonio, empieza justo aquí, donde no hay nadie, ni paparazis ni un jefe despótico que no puede acercarse a saludar en persona a su hermano tanto tiempo perdido.

Ella fue a discutirlo, pero desistió cuando él sacudió la cabeza.

-Solo hay dos personas que sabrán cómo ha empezado este matrimonio, Lauren, y estamos aquí, solos, en una oficina solitaria donde nadie notaría la diferencia.

Ella puso los ojos en blanco.

-Podemos decirles que me arrodillé si eso es lo que necesita.

-Podemos decirles lo que quieras, pero yo necesito ver algún esfuerzo, un poco de interés, una petición bonita y de corazón. Vamos, Lauren -él le sonrió como si la retara-, a los hombres les gusta que los seduzcan.

Ella se había quedado pálida, pero, en ese momento, sus mejillas recuperaron un color resplandeciente.

-No quiere que lo seduzcan, quiere humillarme, señor James.

-Llámalo como quieras -él volvió a señalar el suelo con la barbilla-. Tienes que demostrar tu compromiso. Si no, ¿cómo voy a saber que mi corazón está a salvo entre tus manos?

El color de sus mejillas se oscureció y sus ojos dejaron escapar un destello de ira. A él, eso le gustaba infinitamente más que su faceta de robot.

-Nadie habla de corazones, señor James. Estamos hablando de tener controladas las repercusiones, de relaciones públicas.

-Es posible que tu señor Combe y tú estéis hablando de esas cosas -él se encogió de hombros-, pero yo solo soy un ermitaño sacado de una choza en Hungría y con el pelo demasiado largo como para entender ese complicado mundo empresarial. ¿Qué puedo saber yo de esas cosas? Soy un hombre sencillo con necesidades sencillas -se llevó teatralmente una mano al pecho sin dejar de mirarla-. Si quieres que me case, tienes que convencerme. De rodillas, Caperucita.

Ella hizo un ruido de impotencia absoluta que estuvo a punto de hacerle reír, sobre todo, cuando se puso mucho más roja. La miró mientras tomaba aire, lo soltaba y daba un paso muy despacio, como si le doliera.

Sin embargo, se le quitaron las ganas de reírse cuando se quedó justo donde él quería

que estuviera, entre las piernas estiradas, y se arrodilló delante de él, como se la había imaginado con todo lujo de detalles.

Se arrodilló con elegancia, como lo hacía todo, y se le subió a la cabeza como su aguardiente húngaro favorito. No podía apartar la mirada de ella y de esos ojos color caramelo que lo miraban desde entre sus propias piernas. Verla casi lo desarbolaba y más tarde no llegaría a comprender cómo había conseguido contener las manos.

–Dominik James, ¿me harías el honor de ser mi marido... un tiempo?

Él no entendió por qué, pero hubo algo que le repateó por esa coetilla, pero no le hizo caso y prefirió deleitarse mientras alargaba una mano y la posaba en la curva de su mejilla. Esperó así hasta que ella separó los labios porque sabía que también sentía ese calor abrasador que se había adueñado de él, que estaba devorándolo vivo.

–Naturalmente –él había querido resultar sarcástico y burlón, pero no le había salido bien y no sabía cómo corregirlo–. No se me ocurre nada mejor que casarme con una mujer que no conozco casi para satisfacer el capricho de un hermano al que no he visto en carne y hueso y así salvar la reputación de una familia que me dejó tirado como a un trozo de basura.

La mirada de ella tenía un brillo que él quiso creer que estaba relacionado con eso tan curiosamente serio que había en él, que no era nada burlón. Además los labios le temblaron ligeramente, pero bastante como para que el sabor de ella volviera a obsesionarlo.

–Yo... Yo no sé si eso es un sí o un no.

–Es un sí, Caperucita.

Lo era aunque no había ni el más mínimo motivo para que tuviera que aceptar algo así. Ni siquiera había un solo motivo para que estuviera allí, tan lejos de la vida que se había hecho a su medida, la vida que se había ganado con tanto esfuerzo.

Sin embargo, Lauren había entrado en su cabaña, había encajado perfectamente en la butaca que no debería haber estado allí, como si la esperara a ella, y él ya no podía dejar de intentar averiguar si también encajaba en todos los demás sitios.

Una idea tan opuesta a todo lo que él era y todo lo que siempre había creído cierto sobre sí mismo que no conseguía entender por qué no se olvidaba de ella y se largaba en ese preciso momento, pero no lo hizo.... o lo que era peor, no quería hacerlo.

–Es un sí –repitió él con la voz ronca por traicionarse sin motivo alguno–, pero me temo que, como pasa siempre, habrá un precio, y tú serás la que va a pagarlo.

Capítulo 7

LAUREN NO entendía nada de lo que estaba pasando.

Se había quedado pasmada cuando Matteo le había propuesto que se casara como si fuese normal casarse con un desconocido solo porque a él le parecía que quedaría mejor en una hipotética revista sensacionalista.

–Cásate con él –le había dicho con toda tranquilidad desde la otra punta del mundo–. Eres íntegra y trabajadora y has estado relacionada con la familia desde hace años.

–Creo que se refiere a que he sido empleada de la familia y profesional.

–Puedes hacerte con él, cerciorarte de que está a la altura y para cuando haya pasado la impresión por el pasado escandaloso de mi madre, lo habrás convertido en lo que hay que ser para que ocupe su puesto entre los San Giacomo.

–¿Este papel nuevo tendrá un sobresueldo por destino peligroso? –ella lo había preguntado con más acaloramiento del que solía emplear con su jefe–. ¿Acaso espera que renuncie a mi vida durante el futuro inmediato y siga cobrando lo mismo sin hacer preguntas?

Nunca hablaba así a Matteo, pero él tampoco solía reaccionar así, quedándose en silencio y con una expresión de tristeza en la cara, lo que hizo que a ella le hubiese gustado haberse quedado callada.

No era la primera vez que se preguntaba qué habría pasado exactamente entre Matteo y la analista de comportamientos que había contratado el consejo de administración de Industrias Combe para intentar destituir a Matteo sin ningún disimulo. Se había ido con ella a Yorkshire, había estado especialmente ilocalizable y luego se había embarcado en una gira por todo el mundo para visitar las sucursales de Industrias Combe.

Una persona menos caritativa podría haberse preguntado si sería una gira geográfica.

–Puedes decir una cantidad –había contestado él después de lo que había parecido un rato interminable–. Solo te pido que encarriles a mi hermano antes de que lo soltemos al mundo. Al consejo no le gustaría nada que hubiese otro escándalo relacionado con el nombre Combe, y lo mínimo que podemos hacer es aplacarlos un poco.

Ella había aceptado pedírselo a Dominik porque ¿qué podía hacer si no? A pesar de los comentarios desdeñosos de Dominik, la verdad era que admiraba a Matteo. No era como su

padre, al que le gustaba hacer las cosas de la manera más turbia, y así solía hacerlas. Matteo era recto y ella lo sabía porque nunca la había... visto por mucho que a ella le hubiese encantado. La trataba como a su secretaria personal, no como a una mujer. Por eso se sentía segura cuando llevaba esos disparatados zapatos de tacón, por eso se sentía feliz dedicándose a él.

Si la hubiese mirado como la miraba Dominik, aunque hubiese sido una vez, no habría podido trabajar para él, no habría podido distinguir entre lo que era una petición aceptable y la que no lo era y se habría perdido por el camino.

Se había quedado dándole vueltas en la cabeza a eso que acababa de comprender cuando salió para plantear la idea del matrimonio con el convencimiento pleno de que Dominik se reiría de la idea, pero no se había reído.

Había querido plantearlo todo como una especie de oferta empresarial ardua e insulsa, como una especie de fusión sin más, pero en vez de una reunión de trabajo, estaba arrodillada entre sus piernas y lo miraba desde una posición que hacía que se estremeciera de los pies a la cabeza.

Además, si no se equivocaba, él había aceptado casarse con ella a cambio de un precio. Siempre había un precio con ese hombre.

Una vocecilla le susurró por dentro que, afortunadamente, estaba deseando pagarlo fuera cual fuese.

-¿Qué precio? Ya he aceptado besarlo cuando quisiera, ¿qué más puede querer?

Lauren frunció el ceño como si así fuesen a olvidarse de que estaba arrodillada delante de él como una suplicante... o una amante, y que él estaba tocándola como si al menos una de esas dos cosas fuese inevitable.

Notaba su mano ardiente en la cara y por todos lados y sabía que ese contacto era el responsable de la llamarada que sentía por dentro y la derretía en...

-¿Crees que hay límites para lo que puede llegar a querer un hombre?

Él lo preguntó con una voz tan grave que fue como un seísmo en lo más profundo de su ser, donde ya estaba derretida y temía hacerse mil pedazos.

-Otra vez está hablando de sexo -Lauren lo dijo en un tono serio que intentaba ser desalentador, pero no podía contener ese ardor insoportable-. Ya no sé cómo decirle que...

-Que no tienes impulsos sexuales, lo sé.

Le pasó el pulgar por el labio inferior y torció la boca cuando ella tomó aire entrecortadamente y se le puso la carne de gallina. Volvió a hablar con la voz más parecida a un gruñido que a otra cosa.

-Ni el más mínimo...

Ella frunció más el ceño aunque ya sabía que no servía para nada... que solo conseguía que el brillo tan elocuente de sus ojos grises fuese más intenso y que sintiese más calor todavía por dentro, donde no sabía todavía si le espantaba o le encantaba.

–¿Qué... quieres de mí? –preguntó ella con un hilo de voz.

Entonces pensó que, pasara lo que pasase, siempre recordaría cómo había sonreído él en ese momento, como si fuese mitad lobo y mitad hombre, que lo llevaba tatuado por dentro, marcado a fuego en la piel, y siempre sería una parte de sí misma le gustara o no.

–Lo que quiero de ti, Caperucita, es una noche de bodas.

Fue otra marca, otra cicatriz, y mucho más peligrosa que la anterior. Tenía la garganta tan seca que no sabía si podría hablar.

–¿Quieres decir...?

–Sí, en el sentido tradicional, con todo lo que supone.

Él se movió y ella jamás se había sentido tan pequeña en el sentido de delicada. La vocecilla le susurró que era valiosa, aunque ella sabía que eso era estrambótico y, peor todavía, una sandez.

Dominik le pasó la mano que tenía libre por el pelo y la dejó en su nuca. Su forma de agarrarle la cara hizo que algo se le derritiera más por dentro, realmente, estaba empapada.

–Te llevaré en brazos –siguió él con un destello posesivo en los ojos–, te tumbaré en la cama y te besaré. Lo único que te pido es que me prometas que no me dirás lo que te gusta y lo que no hasta que lo hayas probado. Eso es todo, Lauren. ¿Qué tienes que perder?

No podría haber enumerado todas las cosas que podía perder porque se resumían en una, en ella, y estaba segura de que él las habría tomado en cualquier caso.

Él tomaría todo.

Era posible que lo hubiese sabido desde el preciso instante en que las sombras se convirtieron en un hombre en aquel claro del bosque tan alejado del resto del mundo, en aquel bosque que la había provocado desde el principio, que le había susurrado de mil maneras que ella no había querido oír.

Era posible que siempre la hubiese llevado directamente a donde estaba.

Sin embargo, entre la calidez de sus manos y el estremecimiento que sentía por dentro, no podía importarle tanto como debería, tanto como se temía que fuera a importarle cuando hubiese sobrevivido a eso... si sobrevivía.

Debería levantarse en ese instante, debería alejarse del peligro, debería decirle a Dominik que le daba igual lo que hiciera con su nuevo nombre y su fortuna porque ella iba a llamar otra vez a Matteo para decirle que no pensaba casarse con un desconocido solo porque se lo dijera él.

Sabía que debería hacer todo eso y quería hacerlo, pero se estremeció y entonces, a sus pies y con él prestándole toda su atención, se rindió.

Si la rendición era un precipicio, ella se arrojó al vacío. No había hecho algo tan increíblemente tonto desde que, a los nueve años, creyó que podría conseguir que sus padres le hiciesen caso si se portaba mal. En cambio, pasó un verano espantoso en un

internado.

Sin embargo, rendirse a Dominik no le parecía lo mismo, no le parecía como tirarse de cabeza contra las rocas, le parecía, más bien, como echarse a volar.

–Te daré una noche de bodas, pero nada más.

Ella se oyó decirlo en un tono serio y pragmático, como si así pudiese disimular que estaba capitulando, como si así pudiese conseguir que él no se fijara en el precipicio por el que acababa de tirarse.

–Creo que dejaremos esa negociación tan íntima hasta después de la noche en cuestión –replicó Dominik en ese tono ligeramente burlón tan típico de él–. A lo mejor resulta que quieres pasar la luna de miel, Caperucita, nunca se sabe... Incluso, es posible que quieras alargarla. Quizá te extrañe, pero hay algunas mujeres que desearían tener la oportunidad de pasar un rato en mi cama.

Noches de boda, lunas de miel, ratos en la cama... Todo eso tenía que ser una farsa.

Sin embargo, estaba de rodillas en las oficinas de Industrias Combe y le había pedido que se casara con ella a un hombre que había conocido esa mañana. Quizá «farsa» no fuese la palabra más indicada para describir lo que estaba pasando.

Había algo traicionero dentro de ella que quería acercarse más y eso la aterraba, así que lo tomó como una oportunidad de apartarse, pero él no la dejó.

La mano que tenía en la nuca la agarró enseguida y eso... la iluminó. Fue como si ya no supiera lo que estaba haciendo, pero quizá sí lo supiera.

De repente, estaba más erguida, con las manos sobre sus muslos y la cabeza inclinada hacia atrás, hacia él, de una manera que habría podido llamar de mil maneras y todas impropias de ella, de la persona que era o había sido siempre.

Sin embargo, era posible que estuviese cansada de Lauren Isadora Clarke y de todo lo que había llegado a ser mientras estaba tan ocupada y no sentía nada... como eso, como él.

–La petición no es de verdad hasta que no hay un beso, Lauren. Hasta tú tienes que saberlo...

–¿No basta con que te haya prometido... una noche de bodas?

Debería haberle aterrado cómo se le había quebrado la voz, pero ya tenía que sortear demasiados terrores y parecía como si todos ellos ardieran con más fuerza mientras estaba arrodillada entre sus piernas sin saber muy bien si se sentía impotente o viva, lo que era mucho más preocupante. Completamente viva, lo que dejaba claro que no lo había estado antes.

–Bésame, Caperucita –él se lo ordenó casi con indiferencia, pero se notaba el tono imperativo–. Mantén tu promesa.

Su voz parecía delicada, pero era implacable, y sus ojos grises eran despiadados. Además, le dio igual que ella lo mirara con el ceño fruncido porque era lo único que sabía hacer.

–Ahora, por favor –murmuró él en el mismo tono apremiante–. Antes de que me hieras

los sentimientos.

Ella no se creía, ni mucho menos, que sus sentimientos tuvieran algo que ver con eso, pero no lo dijo. No quería darle la oportunidad para que hablara de los sentimientos de ella o de que volviera a llamarle robot.

-No entiendo por qué quieres besar a alguien que no quiere besarte a ti.

-No querría -sus ojos grises se rieron de ella-, pero eso es algo que no se aplica a ninguno de nosotros, ¿no?

-Uno de nosotros está coaccionado.

-Uno de nosotros es un mentiroso, Lauren.

Notó un calor en las mejillas que le indicó que se había sonrojado y tuvo la espantosa sensación de que eso quería decir que él tenía razón... y lo que era peor, que él podía verlo todo en su cara.

Presa del pánico, lo imitó, le rodeó el cuello con una mano y bajó su boca hasta la de ella.

Era el hombre que había aceptado casarse con ella, o fingirlo al menos, y no había ningún motivo para que tuviera ese efecto en ella, como si fuese una bomba de relojería a punto de estallar, como un nudo de anhelo y pérdida que la atenazaba por dentro, y estaba casi acostumbrada a eso, al abandono que la extasiaba, al fuego que la cautivaba, a sus bocas juntas...

Él dejó que le besara, que decidiera el ángulo y la profundidad. Se estremecía mientras se abría paso en su boca con la lengua, y todo mientras se decía a sí misma que eso no le gustaba, que no lo quería, mientras sabía, cada vez que él acometía con su lengua, que él había tenido razón desde el principio: era una mentirosa.

Quizá por eso gimió cuando él le bajó las manos por la espalda. Quizá por eso no se resistiera e hiciera un sonido más profundo todavía cuando le sacó la blusa de la cinturilla de los pantalones y se dejaba arrastrar por el placer de su boca y de cómo la besaba embriagadoramente.

Entonces, sintió su mano sobre la piel hasta que por fin, como si lo hubiese anhelado cuando jamás se le había pasado por la cabeza algo así, le tomó toda la plenitud de un pecho y todo se desbordó.

Parecía como si el pecho creciera y le llenara la mano con el pezón duro y erguido. Cada vez que movía la palma de la mano era como si sintiera otro lengüetazo... pero en el rincón más ardiente y derretido, entre las piernas.

Notaba su otra mano entre el pelo, agarrándola de la nuca y sujetándole la boca donde él la quería, sin disimular que él llevaba las riendas, y era apasionante.

Arqueó la espalda para entregarle más de sí misma, pero seguía sin ser suficiente. Era un beso desenfrenado y enloquecedor y no sabía qué hacer para estar más cerca, para encontrar algo que no sabía cómo llamarlo, algo fuera de su alcance...

Cuando él se apartó, con una risita sombría, ella creyó que iba a morir. Luego, cuando

vio la cruda realidad, pensó que la muerte sería una escapatoria fantástica.

Era un batiburrillo desarbolado que miraba al hombre que la había dejado así, muy cerca de pedir cosas que ni siquiera podía decir con palabras.

Esperó que él volviera a provocarla, que le dijera otra vez que era una mentirosa y le recordara todas las veces que se lo había demostrado, pero Dominik se quedó donde estaba, con esos ojos grises que la miraban fijamente con hermetismo.

Sabía que hacerlo era reconocer a gritos una debilidad, pero se llevó los dedos a los labios, no sabía cómo había pasado todos esos años sobre la faz de la tierra sin darse cuenta de que se podía utilizar su propia carne contra ella... y luego sentir un hormigueo como si no fuese suficiente, como si, al fin y al cabo, sí tuviese impulsos sexuales.

–Le empresa tiene algunos pisos para su uso en este edificio –consiguió decir ella cuando se había repuesto un poco.

Sin embargo, no había sonado como ella misma, había sonado como si fuese una versión grabada de la mujer que había sido antes de que volara a Hungría. No sabía si volvería a parecerse a aquella mujer, no sabía qué había sido de ella, pero estaba completamente segura de que ese ser que era en ese momento, el que estaba a los pies de él, iba a ser su perdición, siempre que ya no fuese demasiado tarde.

Se levantó del suelo con toda la dignidad que pudo reunir y, por primera vez en su vida, maldijo que llevara esos zapatos ridículos que no la sujetaban ni cuando estaba de pie.

Claro, le murmuró la vocecilla por dentro, la culpa era de los zapatos...

–Unos pisos para su uso... –repitió él al cabo de un rato y sin dejar de mirarla–. Qué... aséptico.

Sin embargo, él no discutió cuando ella llamó al control de seguridad para que mandaran a un guardia y lo acompañaran.

Lauren se dijo que le gustaba el espacio que quedaba detrás de él, que no era un vacío, que era espacio para que ella pudiera respirar.

Una vez sola, no quedó nadie para que la viera dejarse caer en la silla que había detrás de la mesa, donde siempre se había sentido más competente. No había nadie para que la viera esconder la cara entre las manos y, por fin, derramar por las mejillas todos esos sentimientos que se negaba a reconocer y que no sabía cómo se llamaban.

Capítulo 8

POR LA mañana se había recompuesto y le parecía que las lágrimas de la noche anterior las había derramado otra persona, alguien mucho más frágil de lo que había sido siempre Lauren, sobre todo, a la luz del día. Se duchó en el cuarto de baño de la suite para ejecutivos, se lavó todos los residuos emocionales y los interminables días anteriores y se puso la vestimenta que tenía en la oficina precisamente para mañanas como esa.

Bueno, no precisamente como esa. No planeaba su boda todos los días. Se pondría los zapatos de tacón más altos y menos prácticos como una especie de homenaje y no pensaría en absoluto sobre los tratos, más que discutibles, que había hecho con el desconocido que se había encontrado en el bosque.

A las nueve en punto, llamó con energía a la puerta de uno de los pisos que tenía la empresa en ese edificio, aunque no esperaba que él fuese a abrir. Lo más probable era que un hombre tan asilvestrado como Dominik hubiese desaparecido en medio de la noche como un gato callejero...

Sin embargo, la puerta se abrió de par en par y Dominik apareció vestido solo con un pantalón informal que le colgaba de las caderas y que le permitía ver miles de metros cuadrados de... él.

No pudo hacer otra cosa que mirarlo boquiabierto.

–¿Creías que iba a escaparme durante la noche? –le preguntó él leyéndole el pensamiento otra vez.

Aunque, por una vez, no era el pensamiento más embarazoso. Intentó tragar saliva aunque tenía la garganta seca e intentó dejar de mirar esa impresionante exhibición de torso masculino.

–Naturalmente, podría haberlo hecho –añadió él–, pero había algún inconveniente.

Lo siguió dentro del piso hasta la funcional cocina iluminada por la resplandeciente luz de una mañana de verano.

–¿Te refieres al servicio de seguridad?

Él rodeó la pequeña encimera y la miró por encima de la taza de café, que era tan negro como un pecado y tan fuerte que ella podía oler el aroma.

–Me refiero, Lauren, a que te di mi palabra.

Ella había permitido que las sensaciones, las emociones y todas esas sandeces la alteraran la noche anterior, pero eso ya había pasado, tenía que haber pasado por muy fija que fuese la mirada de él o por mucho que sintiera llamaradas en las entrañas que le llegaban hasta las mejillas. Se aclaró la garganta y mostró la tableta electrónica que llevaba en la mano sin hacer caso de algo parecido al bochorno que la atenazaba por dentro esa mañana.

–He organizado todo –ella se dio cuenta de que le había salido una voz tan tensa como se sentía–. Nos casaremos dentro de una hora.

Dominik no cambió de expresión y, aun así, Lauren tuvo la sensación de que estaba riéndose de ella.

–El sacerdote es amigo de la familia Combe –siguió ella–. Me he tomado la libertad de alegar que nuestro amor es muy profundo y apremiante y que necesitamos un permiso especial y mucha premura, y será mejor que no discutas eso.

–No pienso discutir nada –aseguró Dominik en ese tono sarcástico que hacía que se sintiera chamuscada–. Al fin y al cabo, solo soy un sencillo ermitaño que solo puede obedecer las órdenes de unos adinerados aristócratas que ni siquiera se molestan en asistir a la boda falsa que ellos mismo han forzado. No quepo en mí de gozo solo de pensar en que puedo servir a tu jefe en todo lo que se le antoje. Sinceramente, es la familia en la que soñaba cuando estaba en el orfanato.

Torció muy levemente la boca para expresar ese gozo y a ella le fastidió sentirlo como un puñetazo en el estómago.

–El corazón se me acelera por lo romántico que es todo, Caperucita –siguió Dominik, quien parecía casi contento si ella no se fijaba en el brillo acerado de sus ojos–. Si escuchas, estoy seguro de que podrás oírlo.

Lauren dejó la tableta en la encimera de mármol de una manera que podría llamarse enérgica, por no llamarla agresiva, pero no dejó de mirarlo a los ojos como si fuese un lobo, como si apartar la mirada, aunque fuese un segundo, pudiera costarle la vida.

Además, lo que podía oír que retumbaba no era el corazón de él, era el corazón de ella.

–¿Podrías tomártelo en serio? –le preguntó ella–. ¿Podrías al menos intentarlo?

Él siguió mirándola mientras se llevaba el café a la boca y daba un sorbo.

–No me escapé anoche como podría haber hecho si hubiese querido y el sacerdote se acerca a pasos agigantados mientras hablamos. ¿Cómo de en serio quieres que me lo tome?

–Aceptaste esto repetidamente, pero no estoy segura de que yo aceptara someterme a... tu comentario.

Ella no se había esperado la sonrisa resplandeciente e implacable de él.

–Lauren, te aseguro que hoy, a lo largo del día, puedes llegar a encontrarte sometida a un montón de cosas distintas, no te infravalores.

No soportaba que él hiciese eso, que dijera algo con esa voz que tenía y se quedara dando

vueltas dentro de ella cuando sabía muy bien que se refería a todas esas cosas sombrías y espinosas que ella no entendía... que no quería entender, se corrigió con firmeza.

–Ya he aceptado –le recordó ella con una vehemencia innecesaria.

Siempre se había dominado tanto que no había aprendido a dominarse. No sabía qué había que hacer para mantener la compostura, pero tampoco podía reprochárselo a Dominik.

–Esas insinuaciones sobran –añadió Lauren.

–¿Has aceptado? Creía que era yo el que había aceptado todo, como si fuera un animal de compañía atado a una cadena.

Le voz de él era apacible, pero la mirada... no.

–Me pediste una noche de bodas y sabes que cumplo lo que prometo –le recordó ella con el corazón acelerado todavía–. Te he dejado que me besaras siempre que has querido.

–Incluso, podría decirse que te has entregado con un entusiasmo notable... una vez que has empezado.

–Lo que quiero decir es que no hace falta que sigas con esas referencias veladas o insinuaciones –Lauren no consiguió saber por qué sentía esa rabia repentina–. Me pediste tener relaciones sexuales a cambio de casarte conmigo y yo acepté. Punto final.

A ella le pareció que solo había constatado un hecho, que no había ningún motivo para que la mirara como si estuviese dejando el piso sin aire.

–No lo hagas si es tan desagradable para ti, Lauren.

Él lo dijo con una delicadeza excesiva y ella solo pudo oír lo que insinuaba, el estruendo de esa llamada impenetrable que sentía por dentro.

–¿Que no lo haga? –consiguió repetir ella–. ¿Existe esa posibilidad?

–Mientras te regodeas con lo injusto que es todo para ti, acuérdate que yo no fui a buscarte a un bosque y que no te traje a Inglaterra. Si estoy dispuesto a celebrar la farsa de un matrimonio por el mero placer de la noche de bodas que me ofreces como señuelo, es asunto mío –Dominik ladeó ligeramente la cabeza–. Quizá deberías preguntarte qué estas dispuesta a hacer tú a cambio de una nómina, y por qué.

–Es algo más complicado que eso.

–¿De verdad? A lo mejor deberías preguntarte qué no harías si el señor Combe te lo pidiera. Es posible que la respuesta te parezca reveladora.

–A ti, evidentemente, te gusta ir a tu aire, pero algunas personas prefieren formar parte de un equipo.

Lauren no conseguía saber por qué se sentía dominada por esa furia incontenible y por qué quería arrojársela a él con todas sus ganas, solo le gustaría saber cuál era su objetivo.

–¿El equipo que está de vacaciones en la pintoresca Australia o el que se quedó aquí con una lista de instrucciones y un medio hermano desconocido al que hay que civilizar mediante la sagrada institución del matrimonio? –él esbozó una sonrisa sarcástica–.

¡Ánimo, equipo!

Lauren notó que le dolía la mandíbula y se dio cuenta, un poco tarde, de que estaba apretando los dientes.

–Aceptaste...

–Acepté –él solo estaba al otro lado del la encimera de mármol y no había ningún motivo para que ella sintiera... vértigo–, pero, una vez más, tú también. ¿Se trata de eso, Caperucita? ¿Estás aterrada de todo lo que me has prometido?

Ella se quedó sin respiración, como si se hubiese caído de bruces.

–¿Qué importa que esté aterrada o no? –Lauren se dio cuenta, después de haberlo dicho, de que eso era lo mismo que reconocerlo–. ¿Ibas a cambiar tú de opinión?

–Podría cambiar mi... enfoque –su mirada volvió a dejar escapar un destello oscuro–. Aunque, claro, también podría no cambiarlo.

–En cualquier caso, hay que felicitarte –consiguió decir ella, aunque se sentía apaleada sin ningún motivo–. Dentro de poco tendrás una esposa y poco después un sacrificio en el altar del lecho nupcial, como algo sacado de un libro de historia.

Él se rio con ganas, y con más ganas todavía cuando ella frunció el ceño.

–¿Crees que vas a abochornarme, Lauren? Es posible que haya algunos hombres que puedan tirarse de los pelos por lo poco que les gusta la idea de un martirio en sus camas, pero no yo.

–Vaya, no sé por qué, pero no me sorprende...

Dominik no se movió y, aun así, Lauren volvió a sentirse como si la hubiese rodeado, como si tuviera sus poderosas manos encima.

–No estás aterrada de mí –él lo afirmó con una certeza sin estridencias que la estremeció–. Estás aterrada de ti misma y de todas esas cosas que, como te has contado a ti misma, no sabes sentir –la risa seguía reflejada en su rostro, pero tenía la mirada gris clavada en el suelo–. Te aterra que mañana puedas levantarte tan viva por las sensaciones que no sepas quién eres.

–Eso o que esté más aburrida todavía que ahora mismo.

–Sí, aburridísima...

Él se rio y se inclinó hacia delante con los codos apoyados en la encimera que había entre ellos para que ella no pudiera decir que no había visto la tensión de sus músculos debajo de los miles de metros cuadrados de esa piel de su torso que, evidentemente, exponía al sol del bosque de Hungría.

–Sin embargo, dime una cosa, Lauren, ¿ese aburrimiento te humedece?

Por un instante, no entendió la pregunta, hasta que la entendió y una oleada de rubor se adueñó de ella, desde la coronilla hasta la punta de los dedos de los pies. Nadie le había preguntado algo así. No había sabido, hasta ese momento, que las personas hablaban de esas cosas a lo largo de un día más o menos normal. Se dijo a sí misma que estaba

espantada y asqueada. Se dijo a sí misma que ni siquiera sabía qué quería decir, que solo sabía que era una perversión, que él era un perverso.

Sin embargo, claro que sabía lo que quería decir y estaba derretida, al rojo vivo y nada aburrida.

-Tienes veinte minutos -le advirtió ella cuando estuvo segura de que podría hablar con firmeza otra vez-. ¿Estarás preparado?

-Lo tomaré como un «sí» -murmuró él con un derroche de virilidad y de seguridad en sí mismo-. Estás tan húmeda que no puedes quedarte quieta. No te preocupes, Caperucita, es posible que tú no sepas qué hacer con eso, pero yo sí lo sé.

Él se incorporó y rodeó la encimera. Lauren se puso rígida como si él estuviese preparando un ataque, pero se dijo que era un alivio cuando pasó de largo y fue al dormitorio del piso.

-Puedes acompañarme en la ducha -le propuso él por encima del hombro, y Lauren supo que estaba riéndose de ella aunque no le vio la cara-. Si te atreves...

Ella oyó el agua de la ducha y seguía donde se había quedado. Estaba petrificada junto a la encimera y con los puños cerrados con tanta fuerza que tenía las uñas clavadas en las palmas de las manos.

Fue desplegando los dedos uno a uno, tomó aire y sofocó la furia hasta que pudo ver lo que había debajo, hasta que vio que, una vez más, él tenía razón, que era miedo, pero que no era miedo de él, era miedo de sí misma... y de lo mucho que quería ver, por fin, qué era lo que había estado echando de menos todo ese tiempo.

Eso fue lo que se le quedó rondando en la cabeza a lo largo de toda la noche interminable.

No durmió casi en ese sofá de la oficina donde pasaba más tiempo que en el piso que compartía con Mary. Siempre se había enorgullecido de no sentir lo que sentían los demás, se había felicitado por no caer en esos lodazales sentimentales donde caían los demás. Así hacía mejor su trabajo y le resultaba más fácil moverse por el mundo empresarial.

Sin embargo, Dominik le había obligado a reconocerse que podía sentir el tipo de cosas que... que no había sentido. Se había pasado mucho tiempo asegurándose que no quería las cosas que no sentía o no podía alcanzar. El amor de sus padres, las familias felices que formaban sin ella, las relaciones sentimentales y sexuales en las que entraban y salían sus amigos y colegas sin darle gran importancia... Siempre decía, a quien se lo preguntara, que ella no estaba hecha para ese tipo de embrollos. Por dentro, siempre había creído que estaba por encima de ellos, que era mejor que todo ese lío y esas lamentaciones.

Sin embargo, después de pasarse un día besando a Dominik James cuando él quería, se sentía obligada a preguntarse no si era mejor o peor, sino dónde quedaba ella después de haber conocido a alguien que hacía que sintiera cosas que había creído que no podía sentir. Resultaba lamentablemente inexperta, como fosilizada en ámbar en un estante que se había hecho ella misma.

No le gustaba nada esa idea. Se alisó el traje de repuesto, el que solía ponerse en la oficina, e intentó fingir que no estaba temblando.

La vocecilla le susurró que qué pasaba si de derretía, que qué pasaba si dejaba a Dominik que la derritiera como quisiera.

Soltó un aire que no sabía que estaba conteniendo y se tambaleó, aunque sabía muy bien que no era por los tacones de vértigo que llevaba.

Entonces, se le ocurrió algo revolucionario. Si tenía que hacer eso, si iba a casarse con ese hombre hasta que la gente dejara de interesarse por otro posible escándalo familiar, ¿no debería tomárselo como una oportunidad?

Ya sabía que Dominik podía hacer que sintiera cosas que no había sentido antes y, efectivamente, eso era abrumador. Como un torbellino desatado que no sabía controlar. Sobre todo, cuando toda su vida había estado segura de que no era capaz de... esas cosas.

Quizá no supiera desear, pero jamás se le había pasado por la cabeza que no hubiese nacido así, que quizá, solo quizá, fuese porque nadie la había deseado, sobre todo, las personas que más deberían haberla deseado.

No sabía por qué quería jugar Dominik a eso con ella, pero lo quería. Eso era evidente porque si no, no estaría allí. Ella era persuasiva, pero sabía perfectamente que no habría conseguido que ese hombre hubiese hecho una sola cosa que no quería hacer.

Entonces, ¿por qué no iba a aprovecharse también?

Había dedicado mucho tiempo y energía a intentar convencerse de que le daba igual que fuese completamente distinta a todo el mundo que conocía, de que, en cierto sentido, estaba al margen de la raza humana, que era inalterable por sus pasiones o sus necesidades más elementales.

Sin embargo, ¿qué pasaría si no lo fuera, si, después de todo, no fuese un bicho raro?

Eso fue lo que le llamó, entre otras cosas, uno de sus experimentos con besos cuando ella no quiso pasar a una dirección más horizontal.

Como Dominik le había llamado robot.

¿Y si no lo fuera? ¿Y si, después de todo, se derretía?

Esperó a que él saliera de su dormitorio con un traje oscuro tan bien cortado que se quedó perpleja. Tenía el pelo peinado hacia atrás e, incluso, se había afeitado. Parecía justo lo que era, el hijo mayor de la generación actual de San Giacomo. Sin embargo, no pudo concentrarse en esa sorprendente belleza viril y sofisticada que irradiaba a raudales porque si no decía en ese momento lo que quería decir, no lo diría nunca.

–Te daré una noche de bodas.

–Eso habíamos acordado –comentó él en ese tono aterciopelado que le convertía todo el cuerpo en gelatina–. ¿Acaso es una renegociación de las condiciones?

–Si se necesita más de una noche, no pasa nada –siguió ella en tono atolondrado–. Quiero aprender.

-¿Qué quieres aprender?

Quizá su voz no hubiese sido inquietantemente sosegada, quizá se lo hubiese imaginado ella.

-Todo el mundo tiene relaciones sexuales -lo soltó como si no pudiera tenerlo ni un segundo más dentro de ella-. Es algo que arrastra a la gente y quiero saber por qué. No me refiero solo a que quiera que tú me arrebatas la virginidad, aunque tú quieras hacerlo y me parece bien.

-Me encanta saberlo. A nadie le gusta una desfloración desganada. Metáforas de jardinería aparte, no tiene nada de divertido, y si alguien te dice lo contrario, solo puedo suponer que no ha tenido el placer, si ha tenido algún placer. Aun así, no sé qué buscas.

Él pareció más desconcertado y ella se acercó a él, aunque se detuvo como si acercarse demasiado fuera a acabar mal, aunque era su objetivo.

-Quiero entender por qué anhela la gente -siguió Lauren-. Quiero entender qué es todo este jaleo, por qué la gente, tú entre ellos, me mira como si me pasara algo cuando digo que no me interesa. ¿Puedes hacerlo, Dominik?

Quizá fuese la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila. No estaba segura, pero se lo parecía, y él la miraba como si ese hecho le hubiese impresionado.

-Me he pasado la vida sin acabar de entender a las personas que me rodeaban -Lauren supo que más tarde le espantaría haberle contado más de lo que había querido contarle-. Nunca he entendido el chiste o lo que la gente presupone por esos sentimientos que acarrearán allá adonde van. Tampoco lo he sentido nunca. Por una vez, quiero conocer el gran secreto, quiero saber de qué tratan las canciones, quiero saber de qué protegen muchos padres a sus hijos. Quiero saber.

-Lauren...

Ella no reconoció la expresión de su rostro. Sus ojos no tenían un brillo burlón, no era amenazante, desafiante o teatral. Mucho se temía que lo que estaba viendo era lástima... y que eso la mataría.

-Ya sé que todo esto es un juego para ti.

Lauren siguió precipitadamente, antes de que él pudiera machacarla y de que volviera a tener la sensación de que se veía a sí misma desde la distancia y no pudiera hacer nada para contener las palabras que le brotaban de la boca.

-Es posible que tengas tus motivos ocultos para hacer lo que el señor Combe quiere que hagas, y no te lo reprocho. Los asuntos familiares ya son bastante complicados cuando has conocido a los miembros toda la vida, pero dijiste que podría haber algunas cosas que quedaran entre nosotros dos, y quiero que esta sea una de ellas -Lauren tenía en el corazón en la garganta y solo esperaba que no se ahogara-. Quiero saber por qué.

Él se puso recto y ella no pudo interpretar su expresión, inmóvil, pasivo, pero sus ojos casi plateados tenían una luz distinta. Él le tendió la mano, sin dejar de mirarla a los ojos,

como si le diera fuerza solo con eso...

Y ella lo creía.

Estuvo tentada de creer que la miraba con cariño y no supo por qué eso iba a darle ganas de llorar, ni cómo consiguió no llorar cuando tenía la vista nublada.

-Vamos, Caperucita, cástate conmigo y te lo enseñaré.

Dominik lo dijo con firmeza, como si ya estuviera diciendo los votos y, asombrosamente, esos votos significaran algo para él.

Capítulo 9

CUANDO REPASARA ese episodio y reconociera todos los errores que había cometido, algo que Dominik sabía con certeza que acabaría haciendo, se remontaría a la fatídica decisión de salir de su cabaña para esperar a la inglesa que, según le había contado el posadero, se dirigía hacia allí.

Entonces, le había parecido muy inofensivo. Nadie había visitado esa cabaña, con o sin invitación, y no había sabido lo que podría llegar a pasar por satisfacer el capricho de una mujer que se había atrevido a buscarlo. Había sentido curiosidad. Sobre todo, cuando la había visto con ese pelo dorado y esa capa roja que flotaba alrededor de ella como una premonición.

¿Cómo iba a haberlo sabido?

En ese momento, se encontraba en una de esas mansiones mortecinas y enormes que despreciaba con toda su alma, pero él era el único responsable. La residencia Combe estaba en un alto, sobre un pueblo de Yorkshire que tuvo unas fábricas textiles que sacaron de la penuria a los hombres que habían vivido en esa casa. Ellos habían construido esa mansión y habían fundado Industrias Combe. Él también había prosperado desde un comienzo arduo y desagradable, pero había decidido acumular su fortuna y vivir solo en medio del bosque.

Se sentía un impostor porque era un impostor.

Era posible que compartiera parte de la sangre con aquel aristócrata distante que había visto en una pantalla en unas oficinas de Londres, pero no compartía... eso. Casas antiguas llenas de antigüedades y obras de arte que indicaban que la fortuna iba más allá del banco. Habían sido dos siglos de tenerlo todo, generaciones de hombres que, como él en ese momento, habían mirado desde las ventanas de una biblioteca llena del tipo de libros que solo leían los hombres con una educación exquisita, que miraban ese pueblo donde, en otros tiempos, los hombres iban de un lado a otro y engrosaban las arcas de los Combe. Aunque sabía que los Combe eran unos recién llegados al mundo de los muy ricos si se comparaban con los San Giacomo.

Era posible que compartiera parte de la sangre, pero él era huérfano, un chico de la calle que había hecho de todo para alimentarse, vestirse y buscarse un techo. Un soldado que

había cumplido con su deber, que había obedecido órdenes y que se había encontrado en situaciones que nunca comentaba cuando había civiles cerca.

La sangre no se parecía nada a la vida que había vivido y le sorprendía que esa casa tan ostentosa no se cayera a su alrededor.

Sin embargo, cuando oyó el ruido de unos tacones detrás de él, se dio la vuelta casi como si no pudiera evitarlo.

La casa seguía en pie aunque él estuviese allí contaminándola y, lo que era más sorprendente todavía, la mujer que se acercaba, con un pelo rubio resplandeciente y una mirada cautelosa, era su esposa.

Su esposa...

La ceremonia en sí había transcurrido sin incidentes. El sacerdote había sido puntual y habían dicho sus votos en una especie de sala de reuniones del edificio en Londres que era la sede social de la empresa multinacional de su medio hermano. Lauren había sacado unos anillos, demostrando que pensaba en todo, se los habían intercambiado y habían acabado.

No era un hombre impulsivo, pero, aun así, se había casado con una mujer porque sí, por diversión. Sin embargo, no podía acordarse de cuál era la diversión porque solo podía pensar en Lauren, más concretamente, en quitarle esos zapatos disparatados, en librarle las curvas de ese vestido y, por fin, hacer algo para saciar esa avidez irracional que lo había dominado desde el momento que la vio, desde que salió de las sombras de su propio porche y puso todo eso en marcha.

No había habido recepción. Lauren había pasado por su despacho, y había trabajado algunas horas, lo había llevado a otro elegante coche negro, lo había montado en el mismo avión y habían volado un rato hasta el norte de Inglaterra. Después de otro paseo en coche desde el aeródromo, habían llegado a ese mausoleo vetusto erigido para adular a un tipo de hombres que él había odiado siempre.

Jamás se le había pasado por la cabeza que pudiera ser uno de ellos, jamás había querido ser uno de ellos.

Que hubiese averiguado que era lo que más detestaba no cambiaba nada. No podía borrar la vida que había vivido hasta ese momento, no podía fingir que había vivido otra vida solo porque su adinerada madre le ofrecía su remordimiento en forma de una identidad que no significaba nada para él. Sin embargo, era difícil acordarse de lo rígido que pensaba ser cuando esa mujer, su esposa para añadir un disparate más al montón, estaba delante de él.

–Acabo de hablar con el señor Combe.

Ella, naturalmente, había desaparecido en cuanto pusieron un pie en esa casa. Él había aprovechado la ocasión para preguntarse qué estaba haciendo allí mientras ella se ocupaba de llamadas, correos electrónicos y tareas que, al parecer, había que solucionar en ese instante.

Él ya había cometido unos cuantos errores que tendría que recordar cuando todo eso hubiese pasado. El primero fue hablar con ella, pero fue complicándolo cada vez más. No debería haberla tocado y, desde luego, no debería haberla besado. No debería haber dejado que lo llevara a Londres y, con toda certeza, no debería haberse casado con ella.

La situación podría ser casi divertida si no fuese... ridícula.

Sin embargo, había una cosa que sabía sin la más mínima duda. Esa noche no quería volver a oír hablar de su hermano.

–Hazme un favor –gruñó él–. Es nuestra noche de bodas y tú y yo tenemos que hacer muchas cosas. ¿Por qué no dejamos a tu señor Combe donde tiene que estar, en la otra punta del mundo haciendo lo que haga y que exija que tú trabajes cinco veces más de la cuenta?

Esperó que ella discutiera, vio que se le cambiaba el gesto y que los hombros se le ponían rígidos, pero le sorprendió. Le aguantó la mirada, cruzó las manos por delante de ella e inclinó la cabeza.

El mismo demonio que lo había espoleado desde el principio, el que lo incitó para que saliera del porche y empezara todo eso, se abrió paso dentro de él.

–¿Qué pasa? –preguntó él en voz baja–. ¿Eso basta para amansarte, Caperucita? ¿Basta un anillo y un par de votos ante un sacerdote? ¿Eso es lo que se necesita para ablandarte, para doblegarte y que seas obediente?

Ella dejó escapar un sonido que podría haber sido una tos o una risa.

–No estoy segura de ser nada de todo eso por muchas joyas que lleve en los dedos, pero acepté la noche de bodas y... lo que sea y pienso pasar por ello.

–Haces que suene muy atractivo –Dominik la miró como si estuviese buscando las zonas que podían ser más sensibles–. Podrías ablandarte un poco, aunque sería mejor para los dos que te doblegaras y también fueses obediente...

Él sonrió cuando las imágenes se le amontonaron en la cabeza.

–Me temo que eso tampoco se me ha dado bien nunca.

Ella lo dijo con seguridad, levantando la barbilla con orgullo.

–Si esperas obediencia, me temo que vas a decepcionarte.

–No puedes creerte sinceramente que no eres obediente –él se apartó de la ventana y se acercó a ella–. Obedeces a un hombre porque te paga. Me pregunto qué se necesitará para que obedezcas a tu marido con la mínima parte de dedicación.

Tuvo el inmenso placer de ver cómo se estremecía ella y se le ponía la carne de gallina, cómo le desvelaba sus secretos. Se... endureció tanto que casi le dolía.

Cruzó toda la biblioteca hasta que se quedó delante de ella. Luego, la rodeó despacio como si fuese a subastarse y él fuese el comprador.

–Te pedí que me enseñaras –él oyó que la voz se le quebraba por los nervios–. ¿Eso tiene que ir acompañado de una dosis de humillación extra o es solo un suplemento?

-Yo doy la clase, Lauren. ¿Por qué no dejas de intentar rebelarte?

Dio la vuelta completa y se quedó delante de ella otra vez... y se deleitó con lo que vio en su cara. Cautela y expectación, el delicioso rubor sonrosado y cierta agitación en sus ojos color caramelo.

Sin duda, era la mujer más hermosa que había visto en su vida, y era suya. Ella se había entregado a él.

-¿Qué quieres que haga? -le preguntó ella con la voz más dulce que había oído en su vida.

Dominik le acarició el pelo rubio que todavía llevaba recogido en una coleta. Esa coleta le parecía parte de su coraza y no quería corazas esa noche.

-Es el momento de jugar a Rapunzel -Lauren se limitó a mirarlo fijamente y él la agarró de la coleta con tanta fuerza que ella contuvo la respiración-. Suéltate el pelo, Caperucita.

Él vio que se le aceleraba el pulso del cuello y que se sonrojaba más. Sin embargo, obedeció y se quitó el elástico. Cuando quedó suelto, se pasó la mano libre entre los mechones tupidos, dorados y que olían a manzanas para que cayeran por donde quisieran.

Ella seguía diciéndose que no creía en cuentos de hadas, pero Dominik estaba seguro de que había caído en medio de uno y sabía cuál era el precio de complacerse con un manjar como Lauren, una princesa de pelo dorado tan inocente como dulce, pero le daba igual que lo convirtieran en piedra o que hicieran un pastel con él, estaba dispuesto a poseer a esa mujer.

Dejó escapar un sonido grave de admiración porque ella, con el pelo suelto, parecía distinta, menos definida, menos pulida, más accesible. El pelo le caía sobre los hombros y hacía que pareciera... casi romántica.

Recordó todas las cosas que le había prometido a ella y el anhelo se hizo más intenso e insistente. Se inclinó y la tomó en brazos.

Lauren soltó el aire que había estado conteniendo, pero él ya estaba moviéndose. La estrechó contra el pecho, era delicada y liviana, y ella, después de un ligero desconcierto, le rodeó el cuello con los brazos. Eso estuvo a punto de desarbolarlo.

Una escalera enorme y teatral de las que él nunca había apreciado dominaba el vestíbulo, y empezó a subirla por el lado izquierdo.

-Bueno, las suites de los invitados están... -empezó a decir ella con ese ceño fruncido que tanto le gustaba a él.

-¿Hay alguien más? -le interrumpió él, aunque ya sabía la respuesta.

Cuando aterrizaron en Yorkshire, ella le contó que la casa estaba vacía, le dio mucha información sobre la casa, la finca, el pueblo, los lejanos páramos y montañas... Como si creyera que él quería una charla sobre viajes y la familia Combe.

-Ya sabes que el señor Combe está en Australia y Pia, su hermana... -ella lo miró a los ojos-. Bueno, también es tu hermana, claro, y está en el reino de Atilia.

-La isla.

-En realidad, son varias islas en el mar Jónico...

-Me da igual -le daban igual Matteo Combe, Pia Combe y todo lo que no fuese la mujer que tenía en brazos-. ¿Cuántas camas hay en una casa como esta?

-Quince -contestó ella sin pensárselo.

-No te preocupes, Lauren, pienso... bautizarlas todas.

Abrió la primera puerta que se encontró y entraron en una amplia sala que acababa conectando con un dormitorio. La cama era descomunal, como si hubiesen hecho los cuatro postes con árboles que habrían servido para mástiles de barco, pero Dominik notó que se le desvanecía el rechazo que le producían esos prejuicios de clase social ante las fantásticas posibilidades que se abrían ante él.

Un hombre imaginativo y una mujer dispuesta podían hacer muchas cosas con los postes de una cama.

La dejó al lado de la cama y sonrió cuando ella tuvo que sujetarse.

-Esos zapatos pueden ser tu sentencia de muerte. Porque son los zapatos, ¿verdad? ¿No será otra cosa lo que te... desequilibra de esa manera?

Ella lo miró fijamente, pero no dijo nada. Se agachó un poco, se desató la cinta que le rodeaba el delicado tobillo y se quitó el zapato de una patada. Repitió la maniobra con el otro pie, y cuando terminó, era casi treinta centímetros más baja. Inclino la cabeza hacia atrás y le sonrió con una mirada tan desafiante como cautelosa.

-No sabía que las gracias iban en el lote. Creía que sería, ya sabes, directo al grano, sin charla.

-Eso podrías haberlo conseguido con el mínimo esfuerzo en cualquier bar en el que hubieses puesto un pie.

Dominik se quitó la chaqueta del traje que había llevado todo el día como el mono de feria en el que había consentido convertirse y también vio cómo tragaba saliva Lauren mientras le miraba los hombros como si no pudiera despegar la mirada de él... y eso le gustó un poco demasiado.

-¿Por qué no lo hiciste? -añadió él.

-¿Cómo dices?

-Si tenías curiosidad y querías experimentar con tu falta de impulsos sexuales, Lauren, ¿por qué no te fuiste con un desconocido después de unas copas? Es un método de prueba y error que emplea mucha gente en todos lados.

-Aunque parezca muy tentador, no tenía curiosidad, no había tenido curiosidad hasta...

Se quedó pasmada en cuanto dijo las palabras, y la que había estado a punto de decir se quedó flotando en el aire como si la hubiese dicho a gritos. «Ti». «No había tenido curiosidad hasta ti». Él se sintió... enmudecido, como si le hubiese dado una lección de humildad.

-No te preocupes -a él le salió la voz ronca aunque había querido parecer que mantenía

el dominio de sí mismo—. Te prometo que vas a disfrutarlo mucho más que un revolcón ebrio en un cuarto de baño después de mucho estímulo líquido con el primero que estaba a mano.

Ella parpadeó como si intentara imaginárselo, pero él no quería que pensara en nada que no fuese él.

Se quitó la camisa y le hizo un gesto con la cabeza.

–El vestido, esposa... Quítatelo.

Lauren soltó el aire poco a poco y las manos le temblaron cuando agarró el dobladillo del vestido. Tuvo que contonearse un poco para levantárselo y mientras se desvelaba a él centímetro a centímetro.

«Por fin», pensó él mientras ella dejaba caer el vestido y se quedaba con un delicado sujetador de encaje que le envolvía los pechos perfectos y unas bragas rosas que resplandecían un poco por los últimos rayos de luz de la tarde de verano.

Se le hizo la boca agua y el anhelo se adueñó de él.

Por fin la tocó, le pasó el pelo por encima de los hombros y bajó las manos a lo largo de sus brazos hasta tomarle los dedos, sobre todo, el que llevaba el anillo. Volvió a subir las manos por el mismo camino hasta el pulso que le latía en el cuello a un ritmo que podía notar en la parte más dura de su anatomía y hasta cada uno de los pechos cubiertos por la tela que los mantenía en alto.

Parecía como si tuviera una capa de nata, era tan suave al tacto que tuvo que contener un gruñido. Le recorrió la tentadora curva del abdomen y las caderas, que estaban hechas para sus manos, y siguió hasta el trasero respingón.

Estaba cálida, pero se calentó con sus manos y le encantó comprobar que cuando se sonrojaba, se ponía roja hasta el ombligo, algo mucho mejor que lo que se había imaginado.

Se arrodilló, la rodeó con los brazos, posó la boca en un punto justo debajo del ombligo y sonrió cuando ella dio un respingo.

Tocarla no era suficiente, quería paladearla, saborearla.

Primero, volvió sobre sus pasos, llevó la boca a todos los sitios donde pudo llegar y se deleitó con todos los sonidos de avidez y asombro que ella dejaba escapar... hasta que se dejó caer sobre la cama como si las rodillas no la sujetaran ya más. Ella introdujo las manos entre su pelo, pero o bien no sabía guiarlo o no quería, y por eso él siguió su camino.

Cuando ya parecía ciega de anhelo, le soltó el cierre del sujetador y se lo quitó con cuidado para verle los pechos.

Eran perfectos, era perfecta, se inclinó, le tomó un pezón con la boca y lo succionó hasta que gritó. A él le pareció el sonido más maravilloso que había oído en su vida.

Cuando terminó con los dos pezones, estaban más duros y se erguían con orgullo. Ella se agarraba a las sábanas por encima de la cabeza y tenía el pelo dorado extendido como un halo.

Dominik la levantó un poco para quitarle las bragas y volvió a dejarla en la cama. Ella jadeó mientras las bajaba por las sedosas piernas y, si no se equivocaba, emitía unos sonidos ligeramente agudos que le brotaban de lo más profundo de la garganta, y que subieron de volumen cuando le levantó las piernas y se las apoyó en los hombros para poder acceder sin barreras a esa dulzura húmeda que veía entre sus muslos.

El aroma de su excitación fue como una oleada dentro de él, y lo enloqueció, nunca había estado tan cerca del descontrol.

Levantó la mirada y sonrió cuando vio que ella estaba mirándolo con una expresión de fascinación en la cara y algo parecido a un brillo de incredulidad en los ojos.

-Tú... Mis piernas... -susurró ella, aunque no parecía ella.

-Para comerte mejor... -murmuró él en tono sombrío y ávido.

Le tomó toda la esencia de sí misma con la boca y le mostró con precisión lo reales que eran los cuentos de hadas después de todo.

Capítulo 10

FUE COMO una descarga que la estremeció, que la dejó rígida primero y que luego la dejó temblando, pero eso no detuvo a Dominik.

Su esposo.

Le lamía como si no pensara acabar nunca. Utilizaba la punta de los dientes, la perversa lengua y la aspereza de la barbilla. Los hombros le separaban los muslos y a ella no parecía importarle que tuviera las manos entre su pelo, como si lo sujetara ahí.

Después de la primera descarga, llegó una llamarada que ella no sabía cómo nombrar y que dejó paso a algo devastador que le hizo mil pedazos, como si hubiese mil maneras de arder y Dominik estuviese dispuesto a enseñarle todas.

Cuando explotó la tercera vez, él apartó la boca y le besó el interior de muslo, por eso supo ella que estaba sonriendo.

Se incorporó y la arrastró el centro de una cama inmensa en una de las suites de la familia donde nunca se había atrevido a entrar durante los anteriores viajes a la mansión de los Combe.

Se puso encima de ella y se dio cuenta de que tenía que haberse perdido algo porque también estaba desnudo y ella no recordaba haber visto que se quitara los pantalones, aunque tampoco le importaba, porque podía notar sus piernas musculosas entre las de ella y el calor de su piel. Notaba su peso fibroso y el vello que cubría ese cuerpo viril. Sus ojos eran como la plata, ardientes e indulgentes a la vez, y le recorrió hasta el más mínimo rincón de su hermoso pecho, como había soñado hacer desde que él había abierto la puerta esa mañana.

Por fin le había llegado el turno de tocarlo y pensaba tocarlo entero, con toda la fascinación que no había sabido que atesoraba dentro y que ya no podía negar.

–No entiendo que un hombre pueda ser tan hermoso –susurró ella como si se traicionara a sí misma, aunque le daba igual.

Él, entonces, la beso con una fuerza posesiva que la ilusionó. Se arqueó como si no pudiera estar lo bastante pegada a él, como si no pudiera asimilar todas las sensaciones que se arremolinaban dentro de ella... hasta que lo notó, notó la parte más dura de su cuerpo entre ellos. Era acero y terciopelo sobre la suave piel de su abdomen.

Volvió a estremecerse.

Le devoró la boca y sus manos empezaron a hacer magia entre ellos. Oyó el sonido remoto de un envoltorio al rasgarse y se colocó entre sus piernas como si toda su vida hubiese estado hecha para tenerlo así.

Dominik le había dicho una vez que estaba húmeda y, en ese momento, sabía plenamente lo que quería decir.

Él gruñó de satisfacción cuando sus dedos maniobraron con la parte más anhelante de ella, que volvió a arquearse con la cabeza hundida en el colchón.

Entonces, le levantó las rodillas y se colocó más dentro, hasta que estuvo completamente pegado a ella.

–Dímelo si no sientes nada –le susurró él con una voz casi irreconocible.

–Si no...

Entonces, lo sintió allí, en el centro. Empujó contra la resistencia que se encontró y ella puso una mueca de dolor, pero pasó... o, mejor dicho, todo empezó.

Él siguió entrando cada vez más y ella no sabía cómo llamar a lo que sentía, casi no podía sentirlo mientras sucedía...

–Recuerda –él volvió a gruñir–, no tienes impulso sexuales, Caperucita, no sientes lo que sienten los demás. ¿Qué es lo que sientes?

Ella no podía contestar, no podía hacer nada aparte de hundir los dedos en sus hombros mientras se abría paso dentro de ella.

Hasta que, demasiado pronto, se paró.

Por un instante, la miró apoyado en los codos, con ese brillo plateado en los ojos y un gesto casi serio en los labios... y completamente metido dentro de ella.

Volvió a hacerse añicos solo de saberlo y de sentir algo tan pleno y profundo. Esa vez no fue una descarga, se pareció más a un oleaje que se adueñó de ella hasta dejarla en la orilla.

Cuando consiguió abrir los ojos otra vez, vio que Dominik tenía los dientes apretados y algo más duro en la mirada.

–Estás matándome –murmuró él.

–¿Estoy haciéndolo mal? –preguntó ella aguantando la respiración.

Él dejó escapar un suspiro, aunque quizá fuera un gruñido, y la abrazó con fuerza.

–No, Caperucita, no estás haciéndolo mal.

Sin embargo, a ella le pareció que lo había dicho en un tono atormentado, pero tampoco pudo preocuparse por eso porque él empezó a moverse.

Fue todo lo que nunca había sabido que deseaba, que nunca había sabido que podía desear. Era la diferencia entre un cielo oscuro y nublado y otro rebosante de estrellas.

No podía respirar, no podía pensar, solo podía sentir.

Ella era todo sensaciones, avidez y pasión, y todo estaba centrado en el hombre que se movía dentro de ella, que le enseñaba con cada acometida, que le enseñaba lo que era el

anhelo, todo lo que se había perdido durante esos años solitarios.

Le enseñaba lo que era la esperanza y el asombro.

Lección tras lección, acometida tras acometida, todo empeoraba... mejoraba. Él hacía que fuese innegablemente humana, la pasión carnal hecha realidad, como cualquier beso en un cuento de hadas.

Hasta que lo único que quedó entre ellos fue fuego. Las llamas que los consumían, que los fundían hasta ser uno y que lo cambiaban todo.

Esa vez, cuando explotó, él la acompañó.

No debería haber salido de aquel porche. Dominik lo pensó mucho después, cuando el cielo se teñía de un azul oscuro muy misterioso y Lauren estaba tumbada sobre su pecho con la respiración apaciguada y los ojos cerrados.

Debería haberse quedado en Hungría, debería haberse reído de la idea de que fuese heredero de algo y jamás debería haber propuesto que consumaran ese matrimonio.

Se sentía... arruinado y, sin embargo, no podía quitársela de encima. Sería fácil, bastaría con que se diera media vuelta y se marchara. Podía largarse de esa mansión y de su detestable historia, podía fingir que le daba igual esa mujer que lo había mantenido a raya y que luego había elegido eso, pero había prometido participar en toda la farsa, ¿no? No solo había prometido casarse con ella, también había prometido someterse al resto y ella había hablado de comportamiento y de la prensa.

Él tenía la culpa por haber acabado así, lo reconocía, pero también podía decir, sinceramente, que jamás se le había pasado por la cabeza que tener relaciones sexuales con Lauren pudiera ser tan devastador. No se había imaginado que algo pudiera alterarlo, nada lo había alterado desde hacía muchos años y ninguna mujer había estado cerca siquiera.

Jamás había sentido esa sensación abrumadora de estar desnudo en todos los sentidos, no por no llevar ropa puesta, de ser transparente y de que cualquiera pudiera ver todo lo que había aprendido a ocultar. Primero, como un huérfano que tenía que parecer perfecto para unos hipotéticos padres. Luego, como un chico de la calle que tenía que ser lo bastante duro como para apañárselas solo. Para terminar, como un soldado que tenía que actuar como si no le impresionara nada de lo que le ordenaban.

Tenía que levantarse de esa cama y ponerse a correr durante un buen rato para aclararse la cabeza. Tenía que hacer ejercicio físico hasta que aplacara todas las cosas que le daban vueltas por dentro y que parecía como si le hubiese derribado hasta la última de sus barreras, algo que no podía permitir y...

Entonces, ella se movió, cambió de posición esa calidez tersa y aterciopelada, y otra oleada abrasadora se adueñó de él. Dejó escapar un suspiro que le sonó como su nombre y

¿qué podía hacer con eso?

La abrazó a pesar de sí mismo. Sobre todo, cuando ella levantó la cabeza, se llevó las manos a la barbilla y lo miró parpadeando. Se quedó espantado de lo que quiso haberle dicho, pero se aclaró la garganta.

-¿Te encuentras lo bastante aleccionada en el juego?

Él no reconoció casi su propia voz... o ese tono que era, sin duda, pícaro. Posó las manos en sus curvas como si tuviera que cerciorarse de que eran de verdad, de que ella lo era.

-¿Es un juego? Yo creía que era, más bien, una costumbre, casi un vicio -Lauren lo pensó y él supuso que le pasaba algo porque le gustaba mirar a una mujer que estaba pensando-. Supongo que para algunos es una adicción...

-Siempre hay aficionados, Caperucita -replicó él con una calidez en la voz de la que no sabía cómo desprenderse-, pero yo nunca me he considerado uno de ellos.

Quería largarse, pero le acarició la espalda hasta tomarle el trasero entre las manos. Sabía que tenía que alejarse de ella y cerciorarse de que eso no volviera a pasar, pero ella estaba sonriéndole. Además, podía decirse que no la conocía. Había desaparecido toda su acritud y había dejado paso a una expresión afable, casi soñadora, que le dolía en el pecho como si fuese ella la que estaba enseñándole una lección.

-Te pido perdón, no sabía que estaba dirigiéndome a una famosa estrella de la cama - comentó ella con un precioso brillo burlón en los ojos.

Eso solo sirvió para recordarle a él que ella no se reía casi nunca.

-Te perdonaré, pero solo por esta vez.

Tenía que poner tierra por medio en ese momento. Lo sabía como lo sabía todo sobre su existencia, como cada recuerdo que tenía de las monjas, de las calles y de todas las misiones que había tenido que cumplir en el ejército.

No estaba hecho para las relaciones, no quería ser uno de esos hombres que se relacionaban con las personas porque las personas eran el inconveniente del mundo, las personas habían construido esa casa y una persona se había desprendido de él. No quería saber nada de las personas y, precisamente por eso, se había ido al bosque.

Sin embargo, esa preciosa persona estaba mirándolo como si él lo fuese todo en el mundo, y no podía dejar de acariciarle las mejillas sonrojadas.

-Sigue siendo nuestra noche de bodas...

-Lo es -reconoció él.

Lauren bajó la mirada y le recorrió el pecho con la yema de un dedo.

-No sé cómo funciona esto o si tú puedes... Físicamente, me refiero. Sin embargo, me preguntaba... Quiero decir, esperaba... -Lauren resopló-. ¿Ya ha terminado la lección?

Él, al fin y al cabo, solo era un hombre, por mucho que hubiera intentado convertirse en un monstruo en el bosque y una parte de él, una parte que conservaba la misma avidez desde la primera vez que la vio, no podía conformarse con una... degustación tan ligera.

Una vocecilla le preguntó si se conformaría alguna vez o si siempre querría más.

Eso debería haber bastado para que hubiese salido corriendo, pero, en cambio, la levantó, la puso de rodillas, la puso a horcajadas sobre él y la observó mientras ella miraba entre los dos, parpadeaba y sonreía con malicia.

Que Dios se apiadara de él.

-Ni mucho menos -contestó Dominik con las manos en sus caderas-. Te enseñaré algo más que, naturalmente, no sentirás, porque estas cosas no te interesan nada.

Entonces, ella vio que se agarraba la expresión más pétrea de su anhelo y que la dirigía hacia el centro de su ardor como si ella hubiese nacido para eso, para él.

-Efectivamente -murmuró ella con la respiración entrecortada mientras él entraba en ella como una mano en un guante-, no creo... que vaya a sentir absolutamente nada.

No había posibilidad de echarse atrás y Dominik se entregó a su destino fatídico.

Capítulo 11

LA SITUACIÓN no mejoró a medida que los días iban convirtiéndose en semanas.

Tenía que acabar con esa locura y eso era indiscutible. La necesidad de abandonar el lío que había organizado allí, de largarse de Inglaterra y de alejarse de esa mujer con la que no debería haberse casado era apremiante, era lo primero que pensaba cuando se despertaba, lo acosaba en los interminables días de verano e, incluso, se metía en sus sueños.

Sin embargo, los días iban pasando uno detrás de otro y él no hacía nada, ni siquiera intentaba marcharse, como si hubiese sido él quien había llegado al bosque equivocado y hubiese caído en un hechizo que no podía romper.

Entretanto, los dos se intercambiaban lecciones.

–Sé usar los cubiertos, Caperucita.

Había vuelto de una demoledora carrera, aunque no tanto como para que no hubiese vuelto a la mansión de los Combe, se había duchado, se había cambiado y se había encontrado la mesa del comedor con cientos de cubiertos de plata a cada lado de los platos. Había copas y platos allá donde mirara.

Lauren estaba sentada con el pelo recogido en una coleta, que él se tomó como algo personal, y una expresión remilgada en la cara, esa expresión remilgada que lo excitaba con avidez al instante.

–No será una lección sobre el uso elemental del tenedor, algo que supongo que aprendiste hace tiempo.

Ella lo miró de arriba abajo e hizo que se sintiera como si todavía fuese aquel huérfano mugriento que nunca estaba a la altura. Apretó los dientes porque era lo que le faltaba, bastante complicado era el presente como para remover el pasado.

–Será sobre los modales en cenas de etiqueta –añadió ella.

–Podría cocinar y comer con los dedos si quisiera y seguiría teniendo la misma sangre que he tenido siempre y que no le ha importado lo más mínimo a nadie. Esto es irrelevante.

Esperó que ella replicara ingeniosa y punzantemente, pero no lo hizo. Lo miró un instante y él no supo cómo encajar su forma de mirarlo, era más delicada, más cariñosa, demasiado peligrosa, lo dejaba en carne viva y, aun así, nunca se cansaba de ella.

–Depende del punto de vista. Naturalmente, no es ciencia aeroespacial, el destino del

mundo no depende de ello y no se escribirán libros de historia sobre el tenedor que se ha usado en un banquete, pero lo curioso de los modales es que muchas veces pueden suplir nuestras carencias.

-¿Qué carencias tengo? Sé concreta, por favor.

-Estoy hablando de mí, Dominik, no de ti.

El mundo se paró cuando ella sonrió. Él pensó que era una señal más de que debería alejarse de ella, pero, en cambio, se sentó enfrente como si estuviese hechizado de verdad. ¿Por qué no podía romperlo?

-A los nueve años, mis padres ya llevaban dos divorciados y ambos estaban casados otra vez. Mi madrastra estaba embarazada y mi madre también, aunque no lo supe en ese momento. Yo creía que debían pasar mucho más tiempo conmigo y un día decidí que iba a escaparme para que se preocuparan por mí y actuaran como padres de verdad.

Lauren sonrió al recordarlo, pero a él le pareció una sonrisa triste. Más tarde, tendría que reflexionar sobre cómo y por qué conocía la diferencia entre sus sonrisas, como si las hubiese estudiado contra su voluntad, cuando no estaba prestando toda la atención.

-Estuve dando vueltas en autobuses hasta última hora de la tarde -siguió ella con la misma sonrisa-. Ellos se reunieron, como yo había esperado, pero solo para reprocharse el uno al otro el desastre que yo era. No tardaron ni una hora en acordar que me mandarían a un internado durante el verano para que otros se ocuparan de mí y no tuvieran que hacerlo ellos.

-Entiendo que no todos los padres son buenos -comentó Dominik en voz baja-, pero yo que tú no me quejaría de unos padres desapegados, aunque presentes, cuando estás con un hombre que no ha tenido padres, ni siquiera desapegados.

-No me quejo -replicó Lauren sin alterarse-. Son como son. Solo estoy contándote cómo acabé pasando el verano en un colegio muy... refinado y lleno de niños que no quería nadie.

-De niños mimados, entonces. Te aseguro que no hay un orfanato refinado.

-Efectivamente, alguien pagaba un dineral para que fuésemos a ese colegio, pero no podría decirse que una niña de nueve años que sabía que estaba en ese colegio porque sus padres no querían saber nada de ella fuera una niña mimada. Sobre todo, tenía miedo, estaba asustada.

Dominik la miró fijamente e intentó convencerse de que no sentía nada porque no debería haber sentido nada. Le había enseñado a ella que las sensaciones existían y que ella podía sentir las, pero él no quería nada de eso. Ni sensaciones ni sentimientos, no quería eso que llevaba dentro y que podía reventarle las costillas en cualquier momento.

-Nos enseñaron modales -siguió Lauren en el mismo tono delicado e insistente-. Comportamiento, baile... Todo ello me parecía tan ridículo como estoy segura de que te parece a ti ahora, pero te diré una cosa. Tengo que asistir a muchos actos protocolarios donde represento a Industrias Combe y me mezclo con todo el mundo a la vez. ¿Sabes por

qué puedo hacerlo? Porque sé que puedo salir airosa en cualquier situación social. La gente sufre porque no sabe qué tenedor elegir o cuál es su plato de pan mientras yo, tranquilamente, escucho conversaciones que no debería oír y puedo hacer mi trabajo.

-¡Que nada te impida hacer tu trabajo!

-Me gusta mi trabajo.

-¿De verdad? ¿Te gusta o te gusta creer que tu señor Combe no puede vivir sin ti? -él se encogió de hombros cuando ella lo miró con rabia-. En el fondo, todos somos seres sombríos, Caperucita. La próxima vez, imagínate el cuento desde el punto de vista del lobo. Caperucita Roja no sale muy bien parada, ¿no?

A él le pareció que ella tenía algunas cosas que decir al respecto, pero se limitó a señalarle los cubiertos con la cabeza.

-Iremos de fuera a dentro y mientras comentaremos cuáles son las conversaciones más apropiadas en actos protocolarios, y las referencias obsesivas a los cuentos infantiles no es una de ellas.

Dominik no fue capaz de decirle que ya sabía perfectamente cómo comportarse en una cena de etiqueta, y menos cuando ella creía que estaba ofreciéndole una herramienta que podría utilizar para salvarse a sí mismo, ni más ni menos.

Como tampoco fue capaz de decirle todas las cosas que lo agitaban por dentro al imaginársela como una asustada niña de nueve años abandonada por sus padres y que había convertido los modales en su espada y su escudo.

En cambio, la sentó sobre sus rodillas y le dio una de sus lecciones hasta que la respiración se les entrecortó y les dio igual si estaban usando el tenedor adecuado, sobre todo, cuando él tenía unos dedos tan diestros.

Pensó marcharse al día siguiente, pero hubo clase de baile y tuvo que abrazar a Lauren... hasta que la subió en brazos para enseñarle la utilidad de los postes de la cama. Decidió que se marcharía al día siguiente, pero ella quería enseñarle unos vídeos con las posesiones de los San Giacomo.

Todos los días había algo. Charlas sobre todo tipo de temas, lecciones sobre comportamiento y conversación, citas con los empalagosos y serviciales sastres, a los que odiaba hasta que aparecían con unas telas que hasta él tenía que reconocer que le hacían parecer el aristócrata que no era. Algo que tendría que haberle espantado, pero que no podía espantarlo cuando Lauren lo miraba como si fuese una especie de rey.

Tenía que salir de allí, pero se había pasado toda la infancia inventándose historias sobre su familia imaginaria y no era capaz alejarse de la primera persona que podía contarle historias nuevas y, esa vez, historias de verdad.

Lauren también se pasaba buena parte del día enseñándole la historia de los San Giacomo, ocupándose de que aprendiera todo lo que había que saber sobre su ascenso al poder hacía siglos, sobre su fortuna e influencia a lo largo del tiempo, y cómo había podido

pasar que una heredera de dieciséis años se viera obligada a desprenderse de su hijo ilegítimo quisiera o no.

Eso fue lo que más le costó que le entrara en la cabeza, seguramente, porque estaba deseando creérselo.

–Tú la conocerías... –comentó él un día mientras la lluvia de verano caía por el cristal de las ventanas.

Estaban otra vez en la biblioteca, rodeados por esos resplandecientes libros de tomos dorados que no estaban destinados a alguien como él, independientemente de la sangre que corriera por sus venas. Lauren se sentó en el sofá con la tableta, un montón de álbumes de fotos y carpetas con recortes de periódicos sobre la familia San Giacomo desperdigados por la mesa. Eran historias de una familia que ya era la suya también... y Dominik no podía acabar de creérselo.

Se había pasado la infancia ansioso por tener algo, por mínimo que fuera, que contar sobre su familia, sobre sí mismo. Luego, se había pasado la vida adulta decidido a que todo eso le diese igual porque estaba creando su propia historia.

No podía evitar pensar que todo eso llegaba demasiado tarde, que lo que podría haberle salvado la vida cuando era un niño solo era un cuento para dormir en ese momento.

–Alexandrina –siguió él cuando ella frunció el ceño–. Conocerías a mi madre cuando vivía...

Él no sabía cómo explicarle lo raro que le parecía decir esas palabras. «Mi madre». Era agridulce, raro, irreal. «Mi madre» era un sueño con el que se había atormentado cuando era un niño, no una persona de verdad, no una mujer de verdad con esperanzas, sueños... y motivos.

No se le había ocurrido pensar que su rabia había sido una bendición. Si no, no le habría quedado nada aparte de la necesidad de buscar compasión... y ¿cómo iba a haberse forjado una vida solo con eso?

–La conocí un poco.

–¿Era...?

No sabía qué preguntar y tampoco estaba muy seguro de que quisiera saber las respuestas.

–No podría ser imparcial. Trabajaba para su hijo y mantuvimos una cortesía distante las pocas veces que nos vimos. No creo que las impresiones que saqué de ella sean dignas de consideración.

–Es mejor que no tener impresiones, que es lo que me pasa a mí.

–Era muy hermosa.

–Eso, como sabrás, me dice muy poco de su forma de ser.

–Podía ser impaciente y podía ser graciosa –Lauren lo pensó un instante–. Creo que sabía muy bien cuál era su posición.

-Vamos, que era una esnob espantosa.

-No, no lo creo, no como tú das a entender. Jamás vi que tratara mal a nadie, pero tenía ciertos criterios que esperaba que se cumplieran -Lauren sonrió-. Si hubiese sido un hombre, la gente habría dicho que sabía lo que quería, eso es todo.

-He leído sobre ella. Parecía completamente delimitada por sus aventuras amorosas y sus escándalos.

Efectivamente, había leído sobre ella y le había resultado imposible encontrar algo suyo en esa persona increíblemente glamurosa que se reía y hacía muecas a las cámaras y que inspiraba tantos artículos sobre su estilo, algo que suponía que era una forma de referirse, sin ofender, al aspecto de una mujer de clase alta.

-A mí me parecía que había aprendido a ser guapa y a utilizar esa belleza para estar a la altura de las dos destacadas familias a las que pertenecía, pero creo que jamás creyó que pudiese ser feliz.

-¿Podía serlo? -preguntó Dominik sin disimular el sarcasmo-. No sabía que estuviera al alcance de la mano.

-Siempre debería estar al alcance de la mano -replicó Lauren con una convicción que impresionó a Dominik aunque no fuese a reconocerlo-. ¿No se trata de eso?

-¿De qué...?

-De todo, Dominik.

-Pareces un anuncio americano. A nadie se le debe la felicidad y solo unos pocos la encuentran.

No había tenido intención de apartarse de la ventana, pero lo hizo y se encontró delante del sofá, mirando a Lauren desde arriba, quien también lo miró con esa delicadeza en la cara que se relacionaba directamente con el nudo que lo atenazaba por dentro desde hacía semanas, con ese anhelo, con ese clamor infernal que le exigía que se marchara, y que no le dejaba marcharse.

-Es posible que si previésemos la felicidad, encontraríamos alguna por el camino. ¿Por qué no intentarlo?

Su voz era como la miel y él sabía que no presagiaba nada bueno porque no tenía defensas contra esa dulzura. Unos ojos color caramelo y una voz como la miel... y era hombre muerto.

-No sabía que nuestro chapucero matrimonio de conveniencia se convertiría tan pronto en una terapia de grupo -gruñó él antes de seguir cuando ella no dijo nada-. La llamada felicidad es el refugio y último recurso de los cortos de luces y de quienes no saben lo que hacen, aunque me imagino que es lo mismo. Creo que te darás cuenta de que el mundo real es demasiado complicado para tópicos y coser y cantar.

Lauren levantó un hombro y lo dejó caer otra vez.

-No lo creo.

Su forma de decirlo fue como otra descarga en el pecho. No levantó la barbilla desafiantemente y sus preciosos ojos no tenían un destello de furia, fue una declaración muy sencilla y poderosa precisamente por la delicadeza, no por un intento de mostrar fuerza, pero no había ningún motivo para que él sintiera que lo sacudía como una tormenta.

-¿No crees que el mundo es un sitio espantoso, tan complicado como hostil, con gente que pasa de la codicia al egoísmo una y otra vez y que no hacen caso de sus hijos o los abandonan en un orfanato según les venga mejor?

-Que la gente pueda ser espantosa solo significa que deberíamos aferrarnos a la felicidad cuando nos topamos con ella.

-A ver si lo he entendido. Crees que debería estar más agradecido a esa mujer que sabía dónde estaba, pero que solo lo dijo después de muerta para que me contaran historias muy tristes sobre que quizá se deshizo de mí contra su voluntad. ¿Quieres que llegue a la conclusión de que, al fin y al cabo, he acabado aquí y que no tengo por qué quedarme con lo que he perdido por el camino? Tendrás que perdonarme si todo esto no me parece una suerte, como a ti.

-El mundo no se acabará si dejas que entre un atisbo de optimismo en tu vida -replicó Lauren con la misma convicción delicada que lo alteraba de una manera que prefería no analizar-. Además, ¿quién sabe? A lo mejor, incluso podrías permitirte cierta esperanza por algo. La esperanza no tiene nada que ver con ser corto de luces o con no ver el mundo como es -ella lo miró a los ojos-. La esperanza exige fuerza, Dominik. La felicidad exige trabajo y yo prefiero creer que compensa.

-¿Qué sabes tú? -le preguntó él-. Tú, que te has aislado del mundo y te has convencido a ti misma de que no te gustan las necesidades humanas más elementales. ¿Eres el mejor ejemplo de la felicidad?

-Lo sé por ti.

Fueron cuatro palabras muy sencillas, pero lo devastaron como un tornado.

-Yo... -Dominik sacudió la cabeza como si no entendiera nada-. Si yo te hago feliz, Caperucita, me temo que te has metido en un bosque muy profundo y oscuro del que nunca saldrás.

Ella se levantó y él sintió la necesidad de detenerla, como si supiera lo que iba a decir cuando, naturalmente, no podía saberlo porque no quería saberlo.

Debería haberse marchado antes de que ocurriera eso.

Debería haberse marchado.

La miró de arriba abajo y se dio cuenta de que si bien le había prestado mucha atención, no la había mirado de verdad durante las semanas que llevaban allí. Al menos, cuando estaba vestida. Ya no llevaba esa ropa pulcra y profesional y él no podía recordar cuándo fue la última vez que la llevó. Llevaba unos pantalones muy suaves y que podían quitarse

fácilmente y una especie de camiseta amplia que se le caía por un hombro, y que a él le había encantado porque le permitía llegar a la... carnalidad que había debajo.

Las dos prendas era unas insinuaciones, pero él las pasó por alto. Lo que no podía fingir que no había cambiado era el pelo. Había desaparecido la coleta que constreñía la melena dorada y la llevaba suelta por encima de los hombros porque a él le gustaba introducir las manos entre la seda de sus mechones. ¿No había mirado bien o no había querido ver?

–Sí, tú –ella contestó la pregunta que le había hecho él y todas las que no le había hecho–. Me haces feliz y me das esperanza. Lo siento si no es lo que quieres oír.

Mantuvo la mirada clavada en la de él y no supo qué lo desconcertó más. Si que dijera esas cosas espantosas e imposibles o que pareciera tan temeraria, a pesar del color de sus mejillas.

Quería decirle que no siguiera, pero no podía moverse y ella siguió.

–Creía que me conocía, pero no era verdad. Creía que sabía lo que necesitaba, pero no tenía ni idea. Te pedí que me enseñaras y me refería muy concretamente al sexo. Efectivamente, me enseñaste, pero me enseñaste muchas cosas más. Me enseñaste todo – ella esbozó una sonrisa temblorosa y llena de esperanza, una sonrisa que él no había visto nunca y que le dolió–. Creo que hiciste que fuese plena, Dominik, y no sabía que no lo era.

Si le hubiese clavado una espada en el centro del pecho, no se habría sentido más traicionado por ella.

–Yo no he hecho nada de todo eso –consiguió replicar él entre dientes–. El sexo no es ni felicidad ni esperanza, y, desde luego, no es una manera de buscarte a ti misma, Lauren.

–Sin embargo, es lo que encontré –ella seguía sonriéndole aunque no sabía que estaba matándolo–. Si sigues las migas de pan, aunque te lleven a un bosque lleno de seres aterradores y lobos como hombres, no sabes lo que te encontrarás al final.

–Yo sí sé lo que te encontrarás al final. Nada. No hay brujas en casas de mazapán ni lobos feroces. Un hombre que estaba llevando a cabo una tarea te mandó para que me buscaras y yo vine...

–¿Por qué? –una vez más, esa delicadeza y esa certeza fueron como una descarga–. No tenías por qué invitarme a entrar en tu cabaña, pero lo hiciste.

–Me imagino que seguiré preguntándomelo durante mucho tiempo –Dominik sacudió una mano aunque no supo a quién iba dirigida–, pero se ha acabado, Lauren. Has vivido tu experiencia y ya se ha terminado.

–¿Porque me gusta demasiado? –ella tuvo la audacia de reírse–. Seguro que no es la primera vez que lo haces, Dominik, seguro que sabías el riesgo que tenía. Si destapas a alguien, existe la posibilidad de que le guste. ¿No era eso lo que querías? ¿No querías que me enamorara locamente de ti como el tópico de la virgen? Si no, ¿por qué te has entregado de esa manera a mi experimento?

Entonces, retrocedió de verdad, se alejó de ella como si sus palabras fuesen una bomba.

Se sentía como si lo hubiesen cegado.

–No existe el más mínimo riesgo de que nadie se enamore de mí –replicó él con aspereza.

–Creo que sabes que eso no es verdad –lo miró como si la hubiese decepcionado, como si estuviese defraudándola entre todos esos libros que él no había leído ni leería–. Supuse que por eso te habías quedado todo este tiempo.

–Me quedé todo este tiempo porque fue el trato que hicimos.

–El trato fue una noche de bodas, Dominik, o, quizá, un par de días más. Han pasado casi dos meses.

–Da igual el tiempo y el motivo. Me alegro de que hayas decidido que puedes sentir todas esas cosas –sin embargo, no estaba alegre ni mucho menos–, pero yo no las siento ni las sentiré.

–Sí las sientes. Creo que las sientes.

Eso fue peor todavía. Otra traición, otra espada, porque era irrefutable, porque lo miraba directamente como si supiera cosas de él que él no sabía y eso era insoportable. Nunca lo habían conocido y no quería saber nada de eso.

No llegó a saber qué habría hecho, qué habría bramado o, más atterradoramente todavía, cómo se habría callado, porque se abrieron las puertas de la biblioteca y apareció una de las empleadas de la mansión.

–Siento interrumpir –dijo mirándolos con el ceño fruncido–, pero me temo que ha sucedido algo –ella hizo un gesto hacia el exterior–. Hay periodistas por todos lados, hay cámaras, micrófonos y gritos...

La doncella miró a Dominik y a él le pareció como si lo compadeciera, cuando él solo podía sentir ese vacío que había sentido siempre y seguiría sintiendo aunque en ese momento, gracias a Lauren, le doliera.

La doncella se aclaró la garganta.

–Están llamándolo, señor, por su nombre...

Capítulo 12

LAUREN TUVO que acabar llamando a la policía de Yorkshire para que los paparazis se alejaran de la puerta de la casa y se quedaran en el camino que llevaba al pueblo.

Sin embargo, el daño ya estaba hecho. Se había filtrado el testamento, como ella había sabido que sucedería antes o después, habían identificado a Dominik y todo el mundo hablaba de que se hubiese casado discretamente con la secretaria personal de su medio hermano.

Ella supo enseguida que solo era una cazafortunas sin escrúpulos y también se decía que Matteo la había utilizado para acorralar a Dominik, para que se casara con él con artimañas y así utilizarlo en su propio beneficio.

Se parecía a la verdad y, a la vez, era completamente distinto, pero se le quitaron las ganas de reírse ante la reacción de Dominik, que fue desaparecer.

Primero, desapareció sin irse a ningún lado. Había tenido una conversación con él, que no había sido la más agradable precisamente, y, acto seguido, el Dominik que había llegado a conocer desapareció y un desconocido ocupó su lugar. Un desconocido sombrío y reconcentrado que la miraba con un desinterés gélido y, que ella supiera, que veía a los paparazis de la misma manera. Ya no la llamaba Caperucita y aunque a ella no le gustaba el apodo, le gustaba menos todavía que no lo usara.

El móvil no dejó de sonar, pero no contestó las llamadas. Eran de números desconocidos y dio por supuesto que serían periodistas, de Pia, que se habría enterado por la prensa de que tenía otro hermano, y de distintos integrantes del consejo de administración de Industrias Combe, que mandaba al contestador encantada de la vida.

–Es el señor Combe –comentó ella cuando sonó otra llamada–. Por fin.

–Naturalmente, tendrás que contestar –Dominik estaba mirando por la ventana con el ceño fruncido–. Qué raro que no te pongas firme cuando te llama...

A Lauren no le gustó cómo lo dijo, pero tampoco supo qué hacer al respecto.

–Siempre supimos que esto pasaría –replicó ella después de una breve charla con Matteo–. Lo raro es que no haya pasado antes.

–Llevamos semanas rizando el rizo –gruñó Dominik–. Ya no pintamos nada aquí.

–¿Adónde te gustaría ir?

Lauren había abierto el aparador, había encendido la televisión y podían ver y oír lo que estaban diciendo... de ella.

-Supongo que deberíamos planear algún acto para presentarte...

-No -le interrumpió él.

-¿No quieres presentarte en sociedad o no quieres...?

-Has representado perfectamente tu papel, Lauren -por su forma de decirlo no era un halago, era una amenaza-. Estoy seguro de que tu señor Combe estará muy orgulloso. Has sido mi carcelera y mi niñera y me has mantenido escondido durante casi dos meses, seguramente, más tiempo del que os imaginabais que podríais conseguirlo. Te felicito. Casi me había olvidado de cuál era tu objetivo.

Él no cambió el tono ni le dio una bofetada, pero ella sintió como si se la hubiese dado.

-La verdad es que creí que pasaría antes -consiguió decir Lauren aturdida por el golpe que no había recibido-. Mi cometido era pulirte un poco y enseñarte mucha historia, Dominik. Nada más. Me encontré un ermitaño en una choza y el señor Combe me pidió que te convirtiera en un San Giacomo.

-Y ahora soy tan inútil como todos ellos. Has hecho muy bien tu trabajo y, evidentemente, te mereces hasta el último penique que te paga.

Le costaba mantener la calma porque ya sabía demasiadas cosas. Él actuaba como un desconocido, pero su cuerpo lo deseaba como siempre. Esa mañana la había despertado entrando en ella y la había arrastrado desde los sueños hasta la realidad más deslumbrante.

No sabía cómo sobrellevar esa distancia entre ellos, la furia de su mirada, el tono áspero de todo lo que decía, que la mirara como si siempre hubiese sido su enemiga...

Debería haber sabido que el precio por conocer la felicidad, o imaginársela, sería el dolor de no tenerla. Más que dolerle, mirarlo y ver a un desconocido hacía que se sintiera devastada. No debería haber... llegado a sentir.

-Sé que te parece un ataque personal -Lauren lo dijo con cuidado aunque creía que la que había atacado personalmente a ella-, pero así es como se perciben a las familias Combe y San Giacomo. Más aún, como ha retratado la prensa a Matteo y a su hermana después de la muerte de su padre. Nadie quería que te vieses metido en eso.

-Pero aquí estoy.

-Dominik, por favor, esto solo es... controlar las repercusiones. Por eso no quiso el señor Combe anunciar a los cuatro vientos tu existencia en cuanto se enteró de ella.

Él desvió la mirada hacia ella, una mirada implacable que fue como otro golpe y que hizo que quisiera gritar, pero supo que eso solo empeoraría las cosas.

-Lauren, no se pueden controlar las repercusiones y creía que tú, precisamente, deberías saberlo. Solo se puede hacer lo posible para sobrevivir.

Ella no tuvo tiempo para reponerse de eso porque, en ese momento, el presentador de la

televisión empezó a hablar sobre quién era en realidad Dominik James.

–Acabamos de saber que Dominik James no es solo el heredero perdido de dos de las familias más prominentes de Europa. Según nuestras fuentes, también es un multimillonario que empezó de cero, que dirigió su empresa de seguridad hasta que la vendió hace poco por una pequeña fortuna. Dominik fue muy solicitado por reyes, celebridades y distintos gobiernos.

Entonces, por si Lauren no hubiese captado lo que implicaba, pusieron fotos de Dominik con trajes oscuros, con el pelo muy corto, estrechando la mano de hombres poderosos y muy conocidos o entrando y saliendo de bailes, actos benéficos y salas de reuniones... no como el ermitaño asilvestrado.

–Vaya –comentó Dominik en un tono sombrío cuando el programa se cortó para dejar paso a un anuncio–, los cubiertos y la cristalería ya no servirán de nada, Lauren. Todo ha sido una mentira. No soy quien creías que era, ni mucho menos. ¿Por qué no me hablas más de lo feliz que eres?

Lauren se acordó perfectamente de por qué había decidido que los sentimientos no eran para ella. A los nueve años la habían mandado a un edificio aterrador lleno de desconocidos y se había pasado la primera noche llorando con la cabeza tapada por la almohada para que su compañera de habitación no la oyera.

Desde entonces, se había olvidado de que esos sentimientos terribles podían afectar así a una persona, podían aplastarla con su peso, podían asfixiarla sin llegar a matarla.

–No me necesitabas para nada...

Ella consiguió decirlo mientras se desmoronaba por dentro como si unos terremotos se hubiesen encadenado hasta formar una sola catástrofe. No sabía si sobreviviría, pero tampoco quería que él lo viera.

–No, no te necesitaba.

Dominik lo dijo con algo espantoso en sus ojos grises, algo que hizo que ella quisiera tranquilizarlo, pero su voz era gélida, despiadada, y no se atrevió.

–Entonces, todo fue un juego.

Lauren no sabía cómo podía estar hablando, cuando no sentía ni su propia cara. Estaba entumecida por fuera, pero esa parálisis no se extendía por dentro, al contrario, no sabía qué hacer con ese desgarró antes de que la deshiciera de verdad.

–Estabas jugando –siguió ella–. Puedo entender que quisieras averiguar quién era de verdad tu familia, pero estabas jugando conmigo.

Quizá más tarde se pararía a pensar en cómo se quedó él, tan recto y lívido que a ella le dolió, con una expresión en la cara que le dieron ganas de gritar, pero, en ese momento, solo pudo hacer el esfuerzo de mantenerse de pie sin que él notara el daño que estaba haciéndole, era crucial que lo disimulara aunque la destrozara.

–La vida es dolor, Lauren –replicó él en el mismo tono frío y sombrío–. No es felicidad ni

esperanza, eso solo son cuentos que se cuentan los necios para engañarse, el verdadero opio del pueblo. La verdad es que la gente miente, te engaña, te abandona cuando puede y, si puede, te utiliza en su provecho. En ningún momento necesité que me... pulieras, pero te lo agradezco igual. Algún día, tú me agradecerás que te haya quitado de la cabeza esas ideas tan dañinas.

El móvil de Lauren volvió a sonar y vio el nombre de Matteo en la pantalla. Por primera vez en su vida, no quiso contestar, quiso tirar el teléfono contra la pared y hacerlo añicos. Por otro lado, quería tirarlo contra Dominik para ver si derribaba esa pared.

Sin embargo, no hizo ninguna de las dos cosas. Miró el teléfono, dejó que sus pensamientos fuesen violentos y cuando volvió a levantar la mirada, Dominik no estaba.

Se sentó durante mucho tiempo en un sofá de la familia Combe y viendo una televisión que repetía mentiras sobre ella, hasta que estuvo tentada de creérselas.

Sonó el teléfono una y otra vez y dejó que sonara.

El interminable día de verano fue dejando paso a la noche y Lauren seguía sentada en el mismo sitio. Se sentía vaciada e hinchada a la vez, como si esos sentimientos abrumadores que había conseguido encerrar desde que era niña hubiesen vuelto de golpe y amenazaran con abrirla en canal.

Era la primera vez que no tenía ni idea de qué hacer, de cómo arreglar eso... o de si quería arreglarlo. Solo sabía que incluso en ese momento, después de que Dominik la hubiese mirado como la había mirado y le hubiese dicho lo que le había dicho, quería acudir a él, que añoraba sus brazos, su calidez y su fuerza.

¿Cómo podía querer que la consolara cuando había sido quien le había hecho daño?

No iba a contestar esa pregunta porque cuando fue a buscarlo para esclarecer al menos parte de todo eso, comprobó que Dominik no solo había desaparecido cuando estaba delante de ella, se había marchado.

Había hecho el equipaje y no quedaba ni rastro de que hubiese estado allí. Luego, se habría marchado mientras ella seguía sentada en la biblioteca, donde la había dejado él, e intentaba por todos los medios no venirse abajo. Además, no tenía que buscarlo para saber que no tenía intención de volver. Ella se había enamorado como una loca de él, pero él solo había estado jugando y ella también tendría que aprender a vivir con eso.

Lauren volvió a sumergirse en su vida, en su vida de verdad, donde no había hombres misteriosos con fortunas ocultas que vivían en un bosque de Hungría, la vida que se había hecho ella misma sin ayuda de nadie, la vida que le encantaba hacía solo unas semanas.

–Todavía te encanta –se aseguró a sí misma una mañana antes de marcharse de casa para ir a trabajar–. Te encanta toda ella.

–Cuando empiezas a hablar sola, es que el estrés ha ganado –comentó Mary sin

inmutarse mientras se servía lo que quedaba de leche en el té.

Lauren miró a su compañera de piso y a la jarra de leche vacía.

–¿Ese teléfono que suena no es el tuyo?

Mary salió corriendo y ella se dijo que estaba bien, contenta y esperanzada, para ser más exactos, porque nada de todo eso tenía nada que ver con el hombre malhumorado y arisco que había hecho exactamente lo que ella le había pedido que hiciera y luego se había marchado, después de haberse quedado mucho más tiempo del que ella había esperado que se quedara.

Había conseguido lo que había querido. Sabía lo que sentían las demás personas. Entendía por qué hacían lo que hacían para tener relaciones sexuales siempre que podían. Ya podía salir... de pesca, podía hacer lo que Dominik le propuso una vez que hiciera, podía ir a un bar para seguir llevando a cabo su maravilloso experimento sobre su despertar sexual y hacerlo sola.

Él no la necesitaba y ella, desde luego, no lo necesitaba a él.

Decidió que se pondría manos a la obra, y no era un juego de palabras, esa misma noche.

Estuvo pensándolo todo el día. Hizo los sonidos de comprensión y apoyo que hacía siempre durante la videoconferencia con Matteo, estuviera donde estuviese, pero la verdad era que estaba pensando en el desmadre que le esperaba. En realidad, Dominik solo había sido un medio para llegar a un fin, un peldaño para un deslumbrante festín sensual.

Salió pronto del trabajo, a la hora que le correspondía por una vez, y entró en el primer bar que vio, donde se quedó los cinco minutos que tardó en mirar alrededor, en comprobar que ninguno de los hombres era Dominik y en querer llorar.

Resultó que el único despertar que quería era con él. Solo con él, añadió una vocecilla por dentro en un tono categórico.

Quizá por eso reaccionó como reaccionó seis semanas después de que la prensa sensacionalista descubriera a Dominik, cuando Matteo le pidió algo que debería haber sido muy sencillo.

–Aterrizaré en San Francisco dentro de poco –le anunció él desde su avión.

–Y supongo que se irá a casa a atender su imperio.

–Sí, claro –contestó él en ese tono que ella sabía que quería decir que a lo mejor no–, pero necesito que te ocupes de ese matrimonio.

Lauren lo tenía en el monitor del ordenador para así poder trabajar con su portátil mientras él le daba las instrucciones de rigor. Sin embargo, dejó de hacer lo que estaba haciendo, giró la silla y lo miró directamente.

–¿A qué matrimonio se refiere? –le preguntó ella en un tono que tuvo que reconocerse que le salió adusto–. ¿El de su hermana? Sabrá que el príncipe y ella están jugando al ratón y al gato...

Matteo estaba repasando unos papeles y fruncía el ceño a algo que no se veía en pantalla.

Ella sabía que la vida sentimental de su hermana era un asunto que le escocía. ¿Se lo había sacado por eso cuando sabía que no se refería a ese matrimonio?

–Me refiero a tu matrimonio, Lauren –contestó él en ese tono distraído tan típico de él.

Ella también sabía lo que quería decir eso; que su jefe tenía cosas más importantes en la cabeza. Eso era algo que siempre había aceptado, porque su trabajo era ocuparse de que él pudiera centrarse en lo que quisiera, pero estaba hablando de ella, del matrimonio que había propuesto y que ella había celebrado para obedecerlo.

–La semana que viene hay una gala en Roma. ¿Crees que tu marido está lo bastante aleccionado y que puede aparecer en público?

–Bueno, la verdad es que no es un oso domesticado –contestó ella en un tono excesivamente cortante–. Además, ya aparecía en público, y lo hacía muy bien, antes de que accediera a ir a la mansión Combe. Creo que no tiene que temer que rompa la cadena y se coma a los invitados.

–Puedes sortear las inevitables preguntas de los periodistas...

Matteo estaba mirando su teléfono con el ceño fruncido como hacía muchas veces y, por lo tanto, no había ningún motivo para que le irritara tanto. Dominik había dicho que quizá tuviera que preguntarse a sí misma qué no haría si se lo pidiera su señor Combe. Sin embargo, ¿qué no haría Matteo por ella? ¿Le prestaría atención como a la persona que era y no una máquina?

–Ya sabes el procedimiento –añadió él.

–Claro, sé todos los procedimientos.

Ella había creado los procedimientos y quiso recordárselo a Matteo, aunque no supo por qué.

–Ocúpate de que salga bien –Matteo la miró en ese momento–. Ya sabes lo que quiero decir. Quiero una aparición sin sobresaltos que deje claro que el escándalo San Giacomo está encauzado, quiero que el consejo de administración esté contento.

–Y, naturalmente, que ese hermano que no ha conocido todavía esté contento o no con todo lo que se ha revelado sobre la familia que no conoció nunca tiene una importancia relativa, si es que tiene alguna importancia.

Estaba segura de que había querido decir eso, pero quedó flotando entre ellos como si le hubiese dado una bofetada a su jefe. Matteo parpadeó y a Lauren le pareció que tardó un siglo en enfocar la mirada en ella.

–¿Mi hermano está descontento? –preguntó él por fin.

–Tendrá que preguntárselo usted mismo. Es su hermano, no el mío –añadió ella sin poder evitarlo.

–Es tu marido, Lauren.

–¿Cree que el papel de una esposa es informar a su jefe sobre su marido? Empiezo a entender por qué sigue soltero.

Algo se iluminó en el rostro de él y ella no entendió por qué no estaba disculpándose, por qué no estaba arreglando las cosas.

–Conocías tu función cuando lo aceptaste –le recordó Matteo con el ceño fruncido–. ¿Me he perdido algo?

–Soy su secretaria personal, señor Combe –le espetó ella–. Eso implica cosas como ordenarle el guardarropa, organizarle los viajes o mezclarme en su vida personal más de lo que quisiera, pero no debería haber implicado que me pidiera que me casara con alguien en su nombre.

–Entonces, si tienes objeciones, deberías haberlas planteado antes de casarte con él. Ya es un poco tarde, ¿no te parece?

–¿Cuándo he podido plantear objeciones en mi trabajo? –Lauren sacudió la cabeza al recordar la mirada gélida de Dominik–. ¿Cuándo le he negado algo?

Matteo frunció más el ceño, pero ella sabía que lo hacía porque estaba desconcertado, no por algún motivo emocional.

–Lauren, te valoro y lo sabes. Lo digo por si todo esto se trata de eso.

Sin embargo, no era la misma persona que había sido y lo que le importaba ya no era que Matteo la valorase por su capacidad para hacer bien su trabajo.

Podía mirar atrás y ver cómo había pasado todo eso, cómo ella, a quien nunca había deseado nadie, había querido ser indispensable a cambio. Había sabido que estaba haciendo eso, se había entregado en cuerpo y alma y Matteo la había contratado nada más salir de la universidad. Ocuparse no solo de satisfacer sus necesidades sino también de anticiparlas había sido una especie de cura para todas las cosas que la afligían.

Había creído que formaban un equipo y lo habían formado todos esos años, mientras él estuvo trabajando con su padre y en ese momento, cuando estaba al mando.

Sin embargo, Dominik le había enseñado algo muy distinto a ser indispensable para el hombre que la pagaba, le había enseñado a valorarse a sí misma. Le había enseñado a querer y a ser querida.

Ese era el inconveniente de querer algo cuando había pasado tanto tiempo sin hacerlo. No se contentaba con medias tintas ni pasándose la vida dándole todo a un hombre que no podía devolvérselo y, además, de quien no quería nada.

No quería sacrificarse. Resultaba que no era una mártir, a pesar de la profesión que había elegido, o no quería seguir siéndolo.

Sabía lo que quería porque sabía lo que se sentía cuando también la querían con toda el alma, lo sabía aunque Dominik no lo hubiese reconocido. Se había quedado en la mansión Combe durante mucho tiempo, le había enseñado cosas que ella no había soñado jamás y la había tomado, una y otra vez, como un poseso, como un hombre que temía perderla tanto como ella temía perderlo a él. También sabía que si le hubiese dado igual, se habría largado antes.

Miró alrededor de la oficina, que era más su casa que su propio piso. El sofá donde había dormido más de una noche, entre ellas, la previa a su boda. Las ventanas que daban a la ciudad que había amado tanto no porque ella necesitase el hormigón y los edificios, porque, como comprendía en ese momento, había sido su constante, la especie de padre que nunca le daría la espalda.

Sin embargo, ya no necesitaba nada de todo eso, ya tenía todo lo que necesitaba. Quizá lo hubiese tenido siempre, pero lo sabía en ese momento y había llegado el momento de centrarse en lo que quería.

–Y yo he valorado todos estos años, señor Combe –Lauren levantó la cabeza y miró a Matteo a los ojos–. Más de lo que se imagina, pero ha llegado el momento de que pase página –ella sonrió cuando él fue a protestar–. Considérelo mi notificación de dimisión. No tema, formaré a mi sustituta y la buscaré yo misma para cerciorarme de que está a la altura.

–Lauren...

El tono de él fue amable, pero ella no quería amabilidad.

–Lo siento –replicó ella en voz baja–, pero ya no puedo seguir haciendo esto.

Esa noche se acostó en la cama del piso que pagaba y que no conocía casi. Miró el techo y fue a mirar por la ventana cuando se cansó. Había hormigón por todos lados. Los tejados de Londres, los cables telefónicos y el sonido del tráfico a lo lejos, ese era el hogar que se había hecho y el padre que había necesitado. Londres había sido todo eso para ella, pero, en definitiva, solo era una ciudad, su ciudad favorita, eso era verdad, pero ya no era lo que quería, no lo necesitaba, anhelaba otra cosa, algo distinto.

Algo desenfrenado, le susurró una vocecilla.

Pensó en querer, desear y necesitar, en las diferencias que había entre las tres cosas y en por qué había tardado tanto en comprenderlo.

A la mañana siguiente, volvió a salir hacia Hungría y ya era tarde cuando llegó al pueblo junto al bosque, pero no se detuvo por eso. Dejó el coche alquilado cerca de la posada donde pasó la última noche de su vida antes de que conociera a Dominik y todo cambiara y empezó a caminar.

No le importó que estuviera oscureciendo en el bosque. También estaba refrescando, pero tenía la capa roja y se envolvió con ella. El sendero seguía como lo recordaba, despejado y fácil de seguir, aunque duro para los tacones altos y delicados que, naturalmente, llevaba. Se sentía una mujer nueva, pero eso no quería decir que fuese a traicionarse con unos zapatos prácticos.

Caminó y pensó en cuentos de hadas, en chicas que se adentraban en el bosque y creían que estaban perdidas, pero que conseguían salir a pesar de lo que intentaba frenarlas, sobre todo, si eran ellas mismas.

Solo sería un bosque oscuro y frondoso si no supiera a dónde iba, pero sí lo sabía y todo

lo que la rodeaba eran árboles preciosos, aire puro y un sendero por donde caminar.

Nada de migas de pan, de lobos con dientes afilados, de brujas disfrazadas de amigas en casas encantadas con rosas monstruosas y tartas dudosas. Nada de presagios y hechizos. Estaba ella sola y sabía muy bien lo que quería.

Esa vez, cuando llegó al claro, lo cruzó sin titubear. No había nadie escondido entre las sombras del porche, pero tampoco lo había esperado. Llegó a la puerta y entró.

La cabaña seguía como la recordaba. Asombrosamente acogedora y muy bonita. Si se hubiese molestado en fijarse, habría sido una pista para saber que el hombre que había ido a buscar, su marido, no era el hombre de las montañas que ella había esperado que fuera.

Lo mejor de todo era que ese hombre estaba sentado delante de la chimenea y la miraba con los ojos grises...

–Date la vuelta, Lauren –dijo él con la voz ronca–. Si te marchas ahora, llegarás al pueblo antes de que sea noche cerrada. A mí no me gustaría deambular por el bosque de noche y con esos zapatos. Nunca se sabe lo que puedes encontrarte.

–Sé muy bien lo que voy a encontrarme en este bosque. ¿Ves? Ahí estás...

Le miró ese pelo negro azabache, y que no se había cortado siguiendo sus instrucciones, y esa boca seria que todavía sentía por cada centímetro del cuerpo.

–No deberías haber venido –replicó él sacudiendo la cabeza.

–Sin embargo, he venido, y sin tu permiso. Como te marchaste de la mansión Combe sin dejar siquiera una nota escrita de prisa y corriendo.

–Estoy seguro de que tu misión será igual de importante que la otra que te trajo a mi bosque –algo parecido a la rabia brilló en sus ojos–, pero me da igual lo que tu señor Combe...

–No me ha mandado él. Es más, ya no trabajo para él. Esto es algo entre tú y yo, Dominik. El aire se tensó.

–No hay un tú y yo.

–Es posible que te casaras conmigo por hacer una broma, pero te casaste conmigo y soy tu esposa.

–Necesito una esposa casi tanto como un hermano. No formo una familia, Lauren, ni hago bromas. No quiero saber nada de ninguna de las dos cosas.

–Es una pena –ella se cruzó de brazos y lo miró como si no la intimidara–, pero no te he preguntado si necesitabas una esposa, te he recordado que ya tienes una.

–Estás perdiendo el tiempo.

Ella sonrió y le agradó que él parpadeara como si fuese un arma que había tenido guardada todo ese tiempo. Esperaba que fuese un arma porque necesitaba todas las que pudiera encontrar y no tendría reparos en utilizarlas.

–Te lo explicaré, Dominik.

Quería tocarlo, quería apoyar la cabeza en su hombro, quería despertarse con él

entrelazado con ella, lo quería a él y quería la vida con él, fuera como fuese.

-Tú me enseñaste a querer y te quiero a ti, ¿no lo ves?

Capítulo 13

NO PUEDES tenerme –le gruñó Dominik, porque eso era lo que había decidido y lo lógico–. Nunca he sido un juguete que puedes tomar o dejar cuando te apetece, Lauren. Creía que estaba claro.

Sin embargo, solo pensaba en tocarla.

Sabía que no podía, aunque le costaba acordarse del motivo en ese momento, cuando la tenía delante de él como se la había imaginado más de mil veces cada noche desde que se marchó de Inglaterra.

Sin embargo, todo se había torcido desde el principio por tocarla, por dejarse arrastrar por esa dulzura rosa y dorada de ella.

–Te introduje en el sexo, nada más.

Dominik apretó los dientes porque no quería pensar en esa introducción, en cómo se había entregado completamente, con inocencia y avidez, con un ardor que él podía notar todavía como si la llevara dentro.

–Así son las cosas. Tú crees que significa más, pero yo, no.

–Puse a prueba esa teoría –él lo recibió como un puñetazo en la boca del estómago–. Me dijiste que podría entrar en cualquier bar de Inglaterra y acostarme con quien quisiera.

–Lauren –Dominik apretó tanto los dientes que le sorprendió que no se rompiera varios–, te aconsejo firmemente que no vengas a mi cabaña para alardear de tus hazañas sexuales.

–¿Qué te importa si no me quieres? –ella volvió a sonreír sin perder la calma–, pero no hace falta que me amenaces o me aconsejes. No quiero hazañas sexuales, Dominik. Ya te lo he dicho, te quiero a ti.

–No –gruñó él, aunque le dolió más en el pecho–. No es verdad.

–Te lo aseguré, sé lo que quiero.

–Es posible, pero no sabes cómo soy yo.

No esperó a que ella lo asimilara. Se puso de pie y se acercó porque tenía que entenderlo. Ella tenía que entenderlo y tenía que marcharse, y él tenía que seguir pasando el resto de su vida intentando juntar los trozos otra vez después de que lo hubiera dejado hecho mil pedazos.

Una voz que había intentado acallar desde que la conoció, y más todavía desde que la dejó, le recordó que él se lo había permitido.

–Al principio pensé que lo que te alteraba era la atención de la prensa, pero, evidentemente, eso no te importa, ya lo has vivido antes. ¿Por qué iba a ser distinto esta vez?

Ella no le recordó sus mentiras por omisión, se levantaban entre ellos como humo y calor, pero, aun así, solo podía verla a ella.

–Me da igual esa atención.

Él quería cosas que no podía conseguir. Quería hacer algo, pero cuando alargó una mano solo la posó sobre su mejilla cálida y delicada antes de dejarla caer otra vez a un costado, aunque eso no sirvió de nada porque la había sentido mejor de lo que recordaba.

–Dominik, sé que sientes...

–No sabes lo que siento –la interrumpió en un tono áspero, pero la mano le abrasaba y se sentía deformado–. Tus padres no son unos buenos padres, así que crees que lo sabes, pero no puedes saberlo. Sin duda, tus padres son el problema, no tú. Tienes que saberlo.

–Son personas... limitadas –ella pareció quedarse aturdida, pero siguió–. No puedo negar que todavía me parece doloroso, pero ya no soy una niña pequeña y, para serte sincero, creo que ellos se lo pierden.

–Eso es muy adulto, muy maduro, y te elogio, pero yo no soy tú... y esto es lo que estoy intentando decirte. Me pasa algo, Lauren.

Dijo lo que siempre había sabido, desde que era muy pequeño, lo que no había dicho nunca en voz alta, lo que jamás se había imaginado que tendría que decir con palabras por lo evidente que le parecía.

A ella le brillaron los ojos y cerró los puños a los costados.

–Dominik...

Él recordaría siempre cómo había dicho su nombre. Lo repetiría una y otra vez cuando ella se hubiese marchado, le daría calor cuando llegara el frío, se quedó dentro de él, brillante y ardiente, donde debería estar el corazón.

–No te pasa nada, nada –añadió ella.

–No es una opinión, es un hecho –ella alargó una mano y él sacudió la cabeza con vehemencia–. Tenía seis días cuando llegué al orfanato y los bebés recién nacidos nunca se quedan mucho tiempo porque son los más demandados. Los padres, si quieren, pueden llegar a fingir que ellos han tenido ese hijo. Sin embargo, nadie me quiso a mí.

–A lo mejor las que te querían eran las monjas –ella también empezó a negar con la cabeza–. ¿No lo habías pensado? A lo mejor no podían soportar la idea de entregarte.

Él se rio aunque fue un sonido vacío, y no solo porque lo que había dicho ella había revivido recuerdos que tenía olvidados. La cara sonriente de una monja que se llamaba hermana María Ana y que lo trató con cariño hasta que falleció de cáncer cuando él tenía

cinco años. ¿Cómo había podido olvidarse de eso?

Sin embargo, no quería pensar en eso en ese momento. Que alguien hubiese podido ser cariñoso con él no cambiaba el curso de su vida.

–Nadie me quiso jamás. Con un par de personas en tu vida, aunque sean tus padres, podría ser casualidad, pero no exagero cuando te digo que no hay ni una sola persona sobre la faz de la tierra que me haya querido alguna vez. Me pasa algo por dentro, Lauren, y si no lo ves ahora, lo verías al cabo del tiempo. No hay necesidad de que pasemos por eso.

Dominik sabía que si le dejaba quedarse, si le dejaba hacer eso, no la soltaría jamás.

–Dominik...

–Me enseñaste carpetas llenas de San Giacomas –le interrumpió él con un gruñido–. Siglos y siglos de personas obsesionadas consigo mismas y su linaje. Catalogaban a todos los San Giacomo que nacían, pero a mí me expulsaron. Ella me expulsó.

–Tenía dieciséis años –replicó Lauren con la cara roja y la emoción reflejada en las mejillas. Él no quería verla, pero tampoco podía apartar la mirada–. Era una chica asustada que hizo lo que su despótico padre le ordenó que hiciera. No quiero excusarla por no haber hecho nada después, cuando pudo, pero sabes que nunca te olvidó a pesar de todo lo que pasó. Sabía tu nombre y, seguramente, dónde vivías. No puedo hablar por una mujer muerta, Dominik, pero creo que eso demuestra que te quería.

–No puedes querer algo de lo que te desprendes como si fuese basura.

Lauren cambió la expresión, arrugó la cara, y él creyó que se le había roto el corazón.

–¿Como hiciste tú conmigo? –le preguntó ella.

–Te dejé antes de que quedara meridianamente claro, para ti y para todo el mundo, que ese no es mi sitio. Soy un huérfano, un chico de la calle. Me alisté en el ejército porque quería morir por algo, Lauren. Nunca pensé que fuese a salvarme.

–Quizás fueras todo eso –replicó ella con ese ímpetu que lo estremecía–, pero ahora eres un San Giacomo. Eres un hombre que partió de cero y alcanzó un poder considerable... y eres mi marido.

Dominik no entendió por qué se acercó a ella cuando quería alejarse, cuando quería, y necesitaba, poner distancia entre los dos. En cambio, sus manos fueron subiendo y la abrazó.

Notó lo bien que encajaban, fuera con esos zapatos absurdos que llevaba o cuando estaba descalza como notó que esos ojos color caramelo lo miraban a los ojos y veían demasiado.

–No tengo ni idea de cómo se es un marido.

–Claro, como mi experiencia como esposa fuera tan amplia...

–Y no...

–Dominik –él la sintió contra su pecho, con la cabeza hacia atrás–. O me amas o no me amas.

Él sabía lo que debería decir. Si pudiera escupir las palabras, podría romperle el corazón

y romperse el suyo, y librarla de todo eso. Podría volver a llevar una vida tranquila en el bosque, donde nadie podría decepcionarle y podría demostrar, una vez más, lo poco que lo querían.

Sabía perfectamente lo que debería decir, pero no lo dijo porque ella era cálida y él no había entendido nunca lo frío que estaba antes de que lo encontrara. Ella era como la luz del sol incluso allí, en la parte más oscura del bosque.

Además, no había ido con ella a Inglaterra porque fuese una emisaria de su pasado, no se había casado con ella porque pudiera contarle cosas de la familia que quería reclamarlo de repente, cosas que él podría haber averiguado por sus medios.

La última vez que hizo algo que no quería hacer, que lo hizo solo porque otra persona se lo había dicho, fue en el ejército.

Podía contarse las mentiras que quisiera, y cada día lo hacía mejor, pero se había casado con ella por un solo motivo, porque había querido.

-¿Y qué pasaría si te amara? -le preguntó él agarrándola con fuerza, aunque no sabía para qué-. ¿Qué sabemos nosotros dos precisamente del amor?

-No hace falta saber nada del amor.

Ella le rodeaba el cuello con los brazos como si fuese el único sitio donde tenía que estar, como si hubiesen sido, todo ese tiempo, piezas de un rompecabezas que tenían que encajar.

-Piensa en los cuentos de hadas -siguió Lauren-. Solo llegan a ser felices y a comer perdices por un solo motivo.

-¿La magia? -preguntó él aunque estaba quitándole el elástico de la melena rubia-. ¿Hechizos espantosos, brujas malvadas y monstruos debajo de la cama?

-Qué preocupaciones tan grandes tienes -murmuró ella sonriendo otra vez.

Él se dio cuenta de que también estaba sonriendo.

-Para salvarte mejor, Caperucita. Si me dejas...

-No -ella lo besó ligeramente en los labios-. ¿Por qué no nos salvamos el uno al otro?

-No sé cómo.

-Sí sabes -él frunció el ceño y ella lo abrazó con más fuerza-. Ser felices y comer perdices es salvarse el uno al otro... y solo se necesita un beso.

De eso era de lo que había estado hablando ella en aquella casa descomunal de Yorkshire. De esperanza, de la posibilidad de ser felices, de cosas en las que él no había creído nunca, pero que eran distintas con ella.

Todo era distinto con ella.

La abrazó y le dio el beso más fabuloso que pudo darle, allí, en la casa encantada del bosque frondoso y oscuro... y fueron felices y comieron perdices como en un cuento de hadas.

Doce años más tarde, Dominik estaba en un balcón que daba al Gran Canal de Venecia. Era un atardecer de finales de verano y la villa de los San Giacomo estaba silenciosa, aunque él sabía que era una tranquilidad que no podía durar mucho.

Esbozó una sonrisa al pensar en el caos que podía desatar en cualquier momento su hijo de diez años a pesar de las miradas de censura de todos los San Giacomo que aparecían retratados por las paredes.

Eso por no decir nada de las gemelas de cinco años, algo que al parecer era muy habitual en la familia y que ni Lauren ni él habían previsto cuando ella se quedó embarazada la segunda vez.

Sin embargo, en ese momento, no podía imaginarse la vida sin ellas, sin todos ellos, y se acordaba de que era el hombre que había pensado vivir solo en el bosque, como un ermitaño.

La verdad era que le gustaba su propia compañía, pero le entusiasmaba estar con la familia que habían formado Lauren y él, el caos, la disparatada vida familiar mezclada con el permanente cuento de hadas en el que no había creído al principio, aunque lo había querido con toda su alma y se había lanzado de cabeza con tal de que ella estuviese con él.

Ella era la única que lo había querido en su vida, y que seguía queriéndolo... y él también la quería todos y cada uno de los días.

Habían construido su felicidad ladrillo a ladrillo, piedra a piedra y con sus propias manos.

Había conocido a su hermana poco después de que Lauren hubiese ido a buscarlo al bosque. Pia había acudido a la suite de aquel hotel en Atenas y lo había saludado como si, en lo más profundo de su ser, lo hubiese conocido toda su vida, y él casi se lo había creído.

Algún tiempo después también conoció, por fin, a su hermano.

Después de una cena agradable en una de las residencias familiares de los Combe, en este caso en Nueva York, Matteo y él salieron a la terraza con vistas a Manhattan.

–No sé cómo ser un hermano –había reconocido Dominik.

–Mi hermana te dirá que yo tampoco –había replicado Matteo.

Se sonrieron y Dominik empezó a pensar que eso podía llegar a salir bien. Sus sentimientos hacia Matteo habían sido... complicados, pero se dio cuenta en seguida de que lo habían sido, sobre todo, porque Lauren lo admiraba muchísimo y desde hacía mucho tiempo. Algo que Matteo resolvió muy pronto. Primero, se casó con la psiquiatra a la que habían encargado que lo evaluara por su comportamiento furioso en el sepelio de su padre y que, casualmente, también estaba embarazada de gemelos. Luego, además, se había redimido del todo a sus ojos cuando le dijo a Lauren que Industrias Combe no podía vivir con ella y había vuelto a contratarla, pero no como secretaria, sino como vicepresidenta.

Él no había podido sentirse más orgulloso y mientras Lauren dedicaba gran parte de su

tiempo y energía a la empresa, él había asumido las tareas propias del primogénito de los San Giacomo, y tanto su hermano como su hermana habían recibido con los brazos abiertos la oportunidad de que fuera la cara visible de la ancestral familia, un papel que no sabía que tuviera que representar nadie, pero que, ante su asombro, lo representaba muy bien.

Oyó el taconeo sobre el suelo de mármol y notó que sonreía más.

Su maravillosa esposa apareció poco después. Había estado haciendo y contestando algunas llamadas en el cuarto que usaba como despacho, pero ya estaba soltándose la coleta que siempre se hacía cuando trabajaba. Ella también le sonrió mientras la brisa que llegaba del canal le acariciaba el pelo resplandeciente y dorado.

–Pareces muy contento contigo mismo –comentó ella–. Espero que eso signifique que has conseguido que los niños se vayan a dormir durante unas mil horas.

–Esa será mi próxima artimaña –él la abrazó y los dos suspiraron porque las piezas del rompecabezas encajaban mejor a medida que pasaba el tiempo–. Estaba pensando en la recepción de anoche y en que, evidentemente, si me gané a los mecenas de las artes que se reunieron, fue gracias a que utilicé con seguridad la cuchara indicada.

Lauren se rio y sacudió la cabeza.

–Nadie sabe lo difícil que fue civilizarte.

Él la besó porque cada beso era otro final con el «fueron felices y comieron perdices» que lo acompañaba. Mejor aún, otro principio que presentaba historias nuevas ante ellos.

Lo que más le apetecía era tomarla en brazos y llevarla a la cama, otra cama con cuatro postes, pero no podía todavía porque ya no estaban ellos dos solos y sabía que lo que más les gustaba a sus hijas era que su madre les leyera una historia antes de acostarse.

Le tomó la mano mientras recorrían los pasillos de ese palacio donde, para su asombro, se sentía como en su casa, y se imaginó lo que habría sido si se hubiese criado así, con dos padres que lo hubiesen querido y que hubiesen dejado de hacer lo que estaban haciendo para leerle un cuento en la cama.

No podía imaginarse en una familia así, pero se la había imaginado para sus hijos, la había formado y creía que era lo mejor, que era el futuro.

–Te amo –le susurró Lauren cuando llegaron al cuarto de las niñas.

Era como si ella pudiera leer todas las líneas agrídulces de su corazón y, efectivamente, él sabía que ella podía, que había podido siempre.

–Yo también te amo, Caperucita.

La amaba más que entonces, más que nunca. Se quedó en la puerta mientras ella entraba en el cuarto donde la esperaban sus hijas. Observó mientras sus dos maravillosas hijas se colocaban a los lados de su impresionante madre y supo que el corazón no iba a estallarle, aunque lo pareciera.

Entonces, cuando su hijo apareció a su lado con una sonrisa algo desdeñosa porque tenía

diez años y se consideraba un hombre de mundo, él le rodeó los estrechos hombros con un brazo.

-Voy a leeros un cuento de hadas -les anunció Lauren a sus hijas.

-Los cuentos de hadas no son de verdad -intervino su hijo, quien se encogió de hombros cuando sus hermanas protestaron-. No lo son.

Lauren levantó la mirada para mirarlo a los ojos. Cada vez que él creía que había llegado al límite, que ya no podía amarla más, que era imposible física y sentimentalmente, ella subía el listón y él estaba seguro de que seguiría haciéndolo hasta el día que se murieran, y pensó que, en definitiva, eso era ser felices y comer perdices.

La esperanza, la felicidad y los inevitables nubarrones, que hacían que apreciara la luz más todavía, y ninguna luz resplandecía tanto como su preciosa esposa, su Caperucita. El amor de su vida.

-Claro que son de verdad -corrigió Dominik a su hijo ante la sorpresa de sus hijas-. ¿No os he contado cómo nos conocimos vuestra madre y yo?

Le revolvió el pelo a su hijo sin dejar de mirar a lo mejor que se había adentrado en el bosque... y en su corazón.

-Érase una vez, en un país muy, muy lejano, una rubia muy guapa con una capa roja se adentró en el bosque...

-Y resultó que el lobo feroz que ella había estado esperando, no era tan malo -siguió Lauren.

Así fue como contaron su historia favorita, intercambiándose líneas y riéndose durante el resto de sus vidas.